

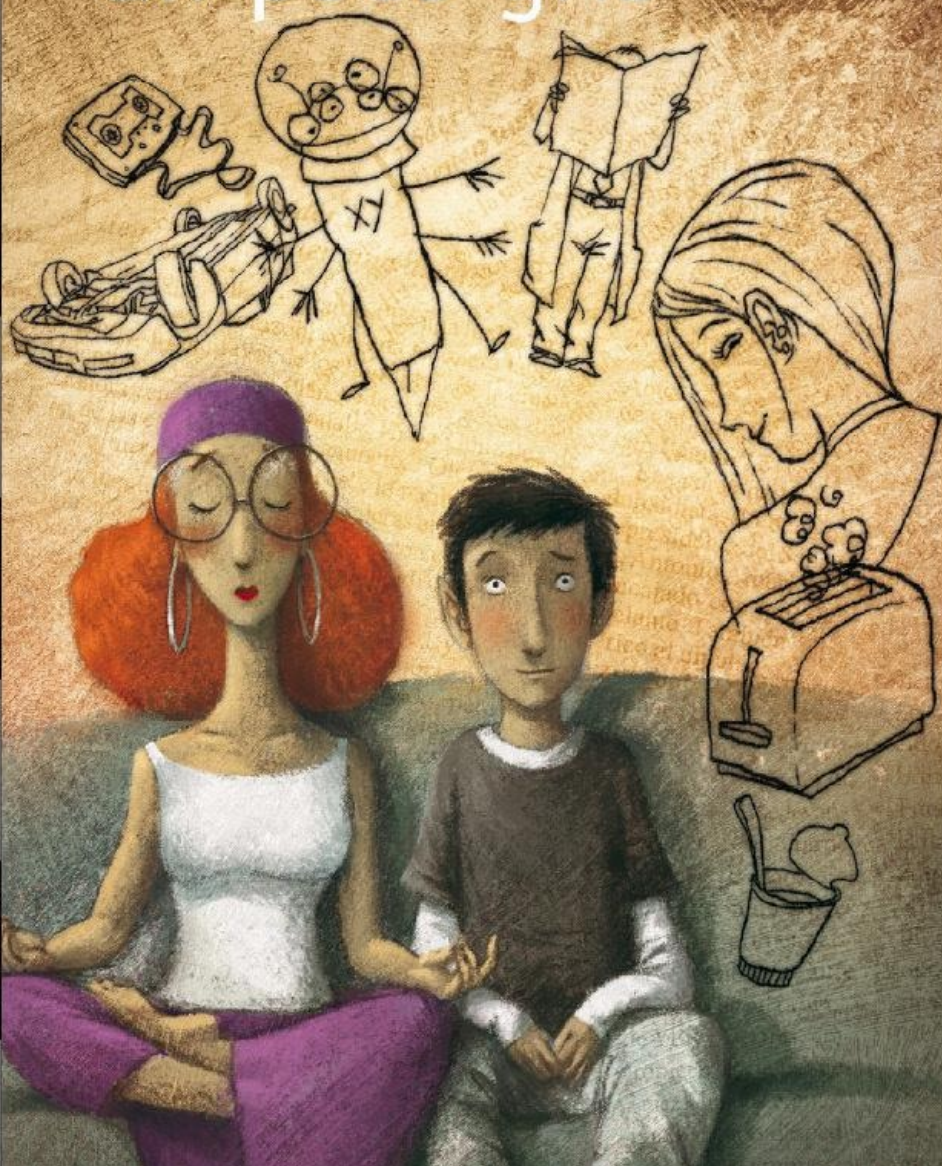
EL BARCO



DE VAPOR

Paloma Bordons

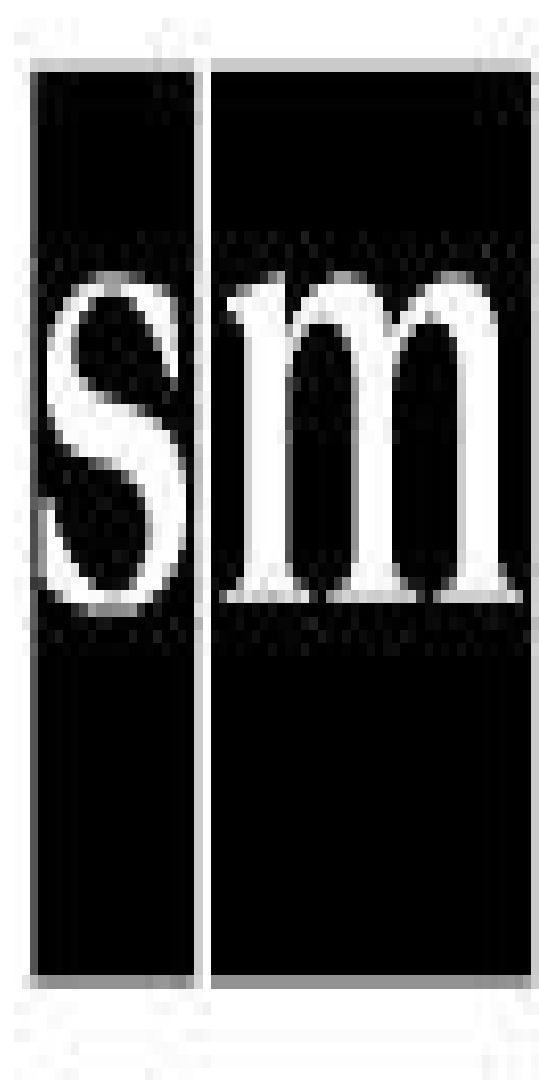
Tengo el aura un poco gris



sm

Tengo el aura un poco gris

Paloma Bordons



1

Por entonces las cosas nunca ocurrían como yo imaginaba. Y menos mal, porque yo tengo una imaginación catastrófica.

Por eso, por mi imaginación catastrófica, no me gustaba nada cuando llegábamos a ese tramo de curvas que hay yendo al pueblo de los abuelos. Mi madre tomaba la primera curva, siempre más rápido de lo que decía la señal, y ya estaba yo pensando en la catástrofe. El coche se saldría de la carretera y rodaría por el terraplén dando vueltas de campana. ¿Qué se sentiría al dar vueltas de campana? A lo mejor ya no sentía nada, porque estaría desmayado. O muerto. ¿Dolería morir? Claro que sería mucho peor no morirme y que se muriera mi madre. Que estuviera a mi lado desangrándose y yo no pudiera hacer nada por ayudarla...

—¿Puedo poner La Bamba? —pregunté.

—¿Otra vez? —mi madre hizo como que se tiraba de los pelos—. ¡La hemos oído ya veinte veces!

Veinte no, dos. Dos eran las veces que yo había tenido ideas catastróficas en ese viaje, y siempre las espantaba escuchando La Bamba. No es que me gustara la canción —ahora la odio—, pero es tan alegre y pegadiza que me parecía que protegía contra los accidentes. Era imposible que ocurriera algo malo mientras sonaba La Bamba. Tan imposible como que Tinky Winky se muriera en un episodio de los Teletubbies. Así que fui pasando las canciones de nuestra cinta «Especial viajes» (el nuestro debe de ser el único coche de España que todavía no tiene lector de CD), hasta que sonó:

Para bailar la Bamba,

para bailar la Bamba se necesita

una poca de gracia...

Bien. Superamos con La Bamba el trozo de curvas y, para cuando empezó a sonar Queen, estábamos en la recta larga. Menos mal, porque mi madre se pone un pelín eufórica cuando escucha We are the champions, y pisa a fondo el acelerador.

Paramos en la gasolinera en pleno estribillo. Mi madre quitó las llaves del contacto. Odio cuando una canción se interrumpe a la mitad. Me disgusta tanto que me duele, con un dolor parecido al que da quitarse un pelo de la nariz con unas pinzas (¿lo has probado?). Por eso, aun cuando estoy escuchando una canción que no me gusta, me espero hasta el final y, si tengo mucha mucha prisa o la canción es horrible, la apago cuando hay una pausa (cuando el cantante se para a tomar aire, o se callan un instante los violines, o cosas así). Mi madre dice que soy un maniático. Supongo que tiene razón.

—¿Qué pasa, Manolo? —saludó mi madre al de la gasolinera—. Llénamelo, anda.

El dependiente la miró un poco extrañado, con la manguera en la mano.

—Me debe de confundir con otro. Yo no me llamo Manolo.

—Ah, vaya, pues deberías. Tienes cara de llamarte Manolo... —mi madre empezó a hurgar en el bolso, pero enseguida cambió de idea y me lo tiró, toda impaciente—. Paga tú, Gen, que yo me estoy meando.

Salió escopetada hacia los servicios, mientras el gasolinero la seguía con una miradita desaprobadora, meneando la cabeza. A mi madre le lanzan muchas veces miraditas de esas, pero ella parece no enterarse. Yo sí me entero. La miradita del gasolinero decía que no le hacía gracia que le llamaran Manolo sin serlo, que no le gustaba que le tuteara alguien a quien él hablaba de usted, que no le parecía bien que mi madre dijera «me estoy meando» y dejara a un chico a cargo del dinero... Y no me extrañaría que la mirada tuviera también que ver con la falda, los collares y el nuevo pelo rojo de mi madre.

—¡Qué manía tienes de llamar Manolo a la gente! —gruñí yo cuando nos pusimos de nuevo en marcha.

«... no time for losers...», sonó otra vez la cinta: «No hay tiempo para los perdedores». Otra vez me dio rabia. Cuando las canciones comienzan a medias es como arrancarse otro pelo. Bajé el volumen.

–Solo llamo Manolo a los que tienen pinta de llamarse Manolo.

El Manolo que no era Manolo estaba parado junto al surtidor y nos miraba meneando otra vez la cabeza.

–Y podías decir «voy al servicio», como todo el mundo.

–¿De qué hablas? –preguntó mi madre.

–A ese le ha chocado que dijeras que te estabas meando.

–Es su problema. A las cosas yo las llamo por su nombre. Al pan, pan, y al vino, vino. Ya sabes que no me gustan las ñoñerías.

Al pan, pan, y al vino, vino. Ese es uno de los lemas de mi madre (mi madre tiene bastantes lemas, ya te irás dando cuenta). Por eso yo nunca, ni aun de bebé, he hecho pipí o he tenido pompis, ni siquiera culito. Desde que recuerdo he meado y he tenido culo y otras cosas que un niño o una señora bien educada no deben mencionar en público. A veces pienso que se pasa un pelo, y que le gusta escandalizar a cierta gente. Yo no soy así. No me resbala como a ella que la gente me lance miraditas de esas y menee la cabeza. Por eso hace tiempo que aprendí qué palabras usar en cada situación, y ahora es raro que meta la pata.

–¿Tienes ganas de ver a los abuelos? –preguntó mi madre.

–Supongo...

–¿Te molesta que te deje con ellos?

–No.

Ahí me salté otro de los lemas de mi madre, ese que dice: «La verdad por delante, aunque espante». A lo mejor se dio cuenta de que no estaba siendo del todo sincero porque, después de estar callada un par de kilómetros, empezó a balbucear:

—A mí me gustaría mucho que pasáramos estos días juntos, Gen, pero de vez en cuando necesito mi espacio... Estar con otra gente, respirar otro aire... ¿Lo entiendes? Además, siempre he querido conocer Lisboa y el billete estaba tirado de precio.

También mi madre desobedece sus propios lemas de vez en cuando. Ahora no estaba mintiendo exactamente, pero desde luego no estaba llamando a las cosas por su nombre. Llamando al pan, pan, y al vino, vino, debería decir que estaba hasta los pelos de pasar toda la vida atada a un chaval de trece años.

2

–¡Ya estáis aquí! ¡Déjame que te vea, Gen! ¡Madre del amor hermoso! ¡Cuánto has crecido! –la abuela me dio un achuchón con olor a ajo, y a mi madre dos besos de los que suenan–. Hija, casi no te conocía... Qué color de pelo tan... original. Te hace más... joven.

La abuela todavía no había visto a mi madre de pelirroja.

El abuelo apareció un rato más tarde, mientras poníamos la mesa en el comedor.

–¡Qué esmirriado está este crío! –me arreó un pescozón y luego miró a mi madre–. Y a ti, ¿qué te ha pasado en la cabeza? ¡Cada día eres más estrafalaria!

–Yo también me alegro de verte, padre –replicó ella muy seca.

–Si no lo digo por molestar, hija. Pero ya sabes que yo digo lo que pienso.

Mira que son distintos mi madre y el abuelo, aunque no tanto como ellos se creen. A los dos les encanta soltarse a la cara las verdades, sobre todo las que no hace ninguna falta mencionar. Por eso las visitas de mi madre al pueblo son siempre muy tormentosas. Y muy cortas.

Comimos cocido en la mesa del comedor, con la tele de fondo. En casa de los abuelos casi siempre se come cocido o lentejas, y el que más habla durante la comida es el presentador del telediario. Al menos cuando no está mi madre.

–¿Es obligatorio oír a ese hombre? –preguntó esa vez, y señaló con la barbilla la pantalla–. Si quitarais la tele, o al menos la bajarais un poco, podríamos charlar más tranquilos.

La abuela se levantó a bajar el volumen (y eso que le he explicado mil veces lo del mando a distancia).

–¿Hablar de qué? –gruñó el abuelo–. Tú nunca nos cuentas en qué andas, Sagrario... Aunque quizá es mejor no saberlo. Y tu madre y yo, después de

cuarenta y cinco años, ya nos lo tenemos todo dicho.

—¿Ni siquiera quieres hablar con tu nieto, que hace dos meses que no lo ves? — saltó mi madre.

—¿Tienes algo que decirme, rapaz? —preguntó el abuelo con ese tono suyo tan... desabrido, que diría la abuela. Borda, que diría yo.

—¿Yo?... No.

El abuelo hizo un gesto de triunfo, y yo sentí que acababa de traicionar a mi propia madre. Ella abrió la boca para replicar, pero no tuvo ocasión.

—¡Chist! —el abuelo se puso un dedo en los labios—. ¡El tiempo! Sube la tele, mujer.

La abuela corrió obediente a subir el volumen.

—¡El tiempo, el tiempo! ¡Qué obsesión con el tiempo! —gruñó mi madre, que ya se podía haber callado, cualquiera diría que era nueva en la casa.

—¿Te tengo que explicar a estas alturas lo que significa el tiempo para un agricultor? —refunfuñó, cómo no, el abuelo—. Me paso la vida en vilo, con un ojo en el campo y otro en el cielo. Una helada a destiempo, un granizo, y todo se va al garete. Yo no puedo vivir despreocupado como otra gente, que no piensa más que en divertirse e irse de vacaciones...

—Yo también trabajo, ¿sabes? —saltó mi madre—. Pero si te molesta que te deje a tu nieto y me tome unos días de descanso en Lisboa, me lo dices y nos vamos ahora mismo.

—No, hija, si tu padre está encantado...

No sé por qué la abuela se molesta en intentar poner paz entre esos dos si, cuando se enzarzan, ni la oyen.

—... Además —siguió mi madre—, tú podrías tomarte vacaciones si quisieras. Vacaciones para siempre. Vende esas malditas viñas, que te lo hemos dicho madre y yo mil veces, y descansa de una vez, que ya tienes setenta y dos años.

–Setenta y uno. ¿Vender las viñas, dices? ¡Ja! ¿Y de qué vamos a vivir tu madre y yo?

–Pues de lo que saques, más tus ahorros y la pensión, padre, que para eso has trabajado toda la vida. Además, siempre te quejas de que las viñas te cuestan más dinero del que te dan.

–Pero...

–Pero ¿qué?

–Yo soy agricultor. ¿Qué pito toco en este mundo si no tengo campos que cuidar?

De pronto, por debajo de la capa de enfado, noté como desánimo en la voz del abuelo, y digo yo que mi madre lo notó también, porque dejó de insistir.

–Aunque no vendas... –de pronto sonaba casi cariñosa– podíais iros unos días, hazlo por madre. ¡Con lo que le gustaría a ella dejar de cocinar y limpiar todo el día, e irse a divertir en unas vacaciones de esas organizadas! Hay viajes para mayores que salen muy bien de precio. Hasta más baratos que quedarse en casa.

–Sí, los del Imsero. Dicen que están muy bien –intervino la abuela–. Concha, la del estanco, ha ido ya dos veces...

–¿Ves como madre quiere ir?

El abuelo miró a la abuela. La abuela miró sus garbanzos.

–No, si por mí no te preocupes, hija... –murmuró–. A mis años, dónde va a estar una mejor que tranquilita en su casa...

Segunda mirada triunfante del abuelo.

–Como queráis. Es inútil –mi madre suspiró.

Claro que era inútil. Anda que no había oído yo veces la misma discusión. En la misma mesa, comiendo los mismos garbanzos, con las mismas palabras. Toda la escena me sonó tan vista y tan oída que, por un momento, pensé que había habido un cortocircuito en el transcurso del tiempo. Me dije que, en vez de

avanzar, había retrocedido de un salto a esa escena vieja, y a partir de ahí me tocaría revivir el trecho de vida ya vivida, hasta llegar de nuevo al presente. Claro que, al llegar allí, igual se producía otra vez el cortocircuito, y así una vez y otra, hasta el infinito, de forma que no lograra salir nunca de ese tramo de mi vida. ¡No veas qué mal rollo! Para romper el encanto, no se me ocurrió nada mejor que gritar:

—¡Madre del amor hermoso!

Yo nunca digo eso, tampoco soy tan raro. Por eso justamente lo grité entonces. Los tres me miraron alucinados y yo me quedé más tranquilo, porque ese trozo de la escena era nuevo, así que el cortocircuito estaba superado.

3

Vale, soy un tío raro. No te lo quería decir, pero igual supongo que te estás dando cuenta. Desde fuera no se me nota demasiado, pero te metes en mi cabeza y alucinas. Bueno, o no tanto. A lo mejor todos somos raros, no sé. A lo mejor tú también tienes ideas catastróficas y angustias vitales, y a veces te parece que el tiempo se ha rayado, como me pasa a mí. A lo mejor también te dan grima los botones y las etiquetas, sobre todo las autoadhesivas, y las tapas de yogur, y no soportas que interrumpan una canción cuando la estás escuchando o ver ropa tirada en el suelo y te da el yuyu cuando los imanes de la nevera están torcidos. O eres raro de otra manera. Dice mi abuela que cada uno tiene lo suyo y que en todas partes cuecen habas. Me gustaría ser lo bastante amigo de alguien como para que me dejara ver las habas de su cabeza, por aquello de comparar. A lo mejor así me quedaba más tranquilo. Pero yo, mis habas, hace tiempo que no se las enseño a nadie. Te las estoy enseñando a ti un poco porque no nos conocemos, que si no, de qué. Si algún día nos conociéramos, te diría que todo es mentira y que yo no soy así. Y a lo mejor no soy así, ¿quién te dice? Como dice mi abuela, en este mundo no debes fiarte ni de tu abuela.

Pero a lo que íbamos, que grité «madre del amor hermoso» y con eso se acabó la discusión, y mi madre y yo empezamos a quitar la mesa mientras el abuelo se iba a dormir la siesta. Pero la abuela no nos dejó pasar de la puerta de la cocina.

—Hale, ahora id a descansar un rato mientras yo recojo los cacharros.

—Descansa tú y los recogemos nosotros —propuso mi madre.

—Ya descansaré cuando me muera. Dejadme a mí, que me gusta hacer las cosas a mi manera.

Nos mandó de cabeza al salón y no nos resistimos, porque la abuela es una cabezota y porque ni a mi madre ni a mí nos gusta mucho fregar.

–«¡Madre del amor hermoso!» –mi madre me miró con cara de guasa–. ¿Desde cuándo hablas como la abuela?

Pensé explicarle lo del cortocircuito, pero era demasiado lío.

–Quería que os callarais, y me salió eso. Es que siempre os peleáis por lo mismo.

–Tienes razón... Recuérdame que no vuelva a discutir de esto con el abuelo. Supongo que quitarle sus viñas es quitarle su razón de vivir. Y la abuela no sabría qué hacer si no estuviera todo el día sirviendo a los demás. Cada uno se busca su objetivo en esta vida, ¿no?

Este rollo de mi madre sobre las razones para vivir tampoco era nuevo, no te creas. De vez en cuando le dan unos bajones tremendos y es, según ella, porque de pronto deja de ver claro el sentido de la vida. Una vez se tuvo que ir tres meses a la India para volver a verlo claro. En otra ocasión se fue a Perú. En otra, la mandaron a un sitio que la abuela llama «la casa de reposo». Siempre sola. He pasado muchas temporadas en el pueblo con los abuelos, sin saber cuándo volvería o si volvería. Luego, siempre vuelve, y con muchas razones de vivir, que dice ella. Pero igual nunca estoy tranquilo del todo, porque el ánimo le sube y le baja por temporadas como un yoyó. Cuando está abajo es como si estuviera en un hoyo del que no puede salir. Y cuando está arriba, como si estuviera en la cima del Everest dando botes. Últimamente estaba bastante arriba, porque se encontraba atravesando una fase «espiritual», que decía su amiga Cuca. Y cuando uno está «espiritual», por lo visto tiene muy claras sus razones de estar en el mundo.

Lo malo de las personas espirituales es que no suelen ocuparse mucho de las cosas materiales. Pero para ocuparse de ellas mi madre me tiene a mí, que soy bastante práctico. Si no fuera por mí, mi madre nunca se tomaría sus pastillas, y saldría de casa sin llaves, y nunca tendría batería ni saldo en el móvil, y nunca pagaría a tiempo las facturas ni recogería la ropa del tinte, y la nevera siempre apestaría a comida pasada. Si no fuera por mí, casi seguro que a estas alturas la casa se habría quemado. Suerte que me levanto por la noche para comprobar que ha apagado las velas que enciende en el salón tan cerca de la cortina, y que no se ha quedado dormida fumando en la cama, porque ella dice que ya no fuma, pero de vez en cuando se le olvida. Aunque lo más importante que hago es vigilar que no le dé el bajón, dejar que me achuche varias veces al día como si fuera un bebé y fingir que aún me gusta como entonces. Todo esto es a veces bastante pesado,

pero tiene su parte buena, y es que me da a mí una buena razón para estar en el mundo: cuidar de mi madre.

Antes pensaba que tenía una segunda misión en el planeta Tierra. Lo creía todavía ese día en casa de los abuelos. Bueno, lo creía y no lo creía. Un poco como lo de echarse un pellizco de sal por encima del hombro si se te vuelca el salero, o lo de la escalera, que dicen que trae mala suerte pasar por debajo y mucha gente no se lo cree del todo pero igual no pasa porque, total, qué le cuesta rodearla, por si acaso. Pues a mí, con mi segunda misión en la vida, me pasaba lo mismo: que me parecía una superstición tonta, pero la cumplía por si acaso. ¿Que cuál era mi segunda misión? Debía conjurar la desgracia, ahí queda eso. Te explico.

Ya te he dicho que tengo una imaginación catastrófica. Que cualquier detallito vale para que empiece a hacerme la película. La película de horror. Bueno, ahora me he curado un poco, pero antes era la pera. Te pongo un ejemplo: en la fachada de nuestra casa de Madrid hay una grieta que crece poco a poco; en cuanto la vi, decidí que una noche la casa se nos iba a caer encima. Otro ejemplo: una vez vi un documental sobre el deshielo de los polos, y me pasé semanas agobiado, venga a imaginar escenas espeluznantes de ciudades tragadas por las aguas. Otro: cada vez que mi madre se encerraba en su cuarto, me la imaginaba perdiendo las razones de vivir, y tenía que entrar inmediatamente con alguna excusa. Bueno, eso era en Toledo, porque cuando nos mudamos a Madrid, mi madre dejó de tener cuarto propio. Como dormía en el sofá cama del salón, podía vigilarla todo lo que quisiera, porque entre el salón y el pasillo no hay puerta, sino una cortina de esas hechas con cuentas de colores. También es verdad que en Madrid mi madre parecía tan contenta que no me hacía falta vigilarla. Por eso me parecía especialmente triste y poco oportuno que en cualquier momento se nos fuera a caer el techo en la cabeza.

Nunca pasó ninguna de esas tragedias, ni las que acabo de contarte ni todas las otras que se me ocurrían cada día. Las cosas no ocurrían nunca como yo las imaginaba, ni las buenas ni las malas. Eso me parecía un hecho científicamente comprobado; tanto, que había llegado a pensar que tener ideas catastróficas era una manera de evitar que sucedieran cosas terribles. Así que ahora las tenía por dos razones diferentes: porque no podía evitarlas y para conjurar la desgracia con ellas. Lo malo era que, siendo coherente con mi sistema de conjura, no me atrevía a pensar por adelantado en cosas buenas, para que no dejaran de suceder por mi culpa. «Tú siempre tan pesimista», decía mi madre. Y yo no me atrevía a

decirle que, con mi pesimismo, estaba poco menos que salvando al mundo.

4

—¡Pásalo bien! —mi madre me dio uno de sus temibles achuchones. Son temibles porque abraza muy fuerte y porque siempre lleva muchos collares que se te clavan por todas partes—. Me tengo que ir ya, que mi vuelo sale a las ocho. ¿Quieres algo de Lisboa? ¡Cuida de los abuelos!

«Cuida de los abuelos». Eso era una broma, claro, porque los abuelos saben cuidarse ellos solitos o, mejor dicho, la abuela cuida del abuelo y de mí, de modo que no tengo que preocuparme por nada ni por nadie cuando estoy en el pueblo.

—Para la merienda te voy a freír unos torreznos, que sé que te gustan.

Esa era la abuela.

—¡Y no andes descalzo en este suelo tan frío!

Solté un bufido. Para la abuela, lo más importante en este mundo es que sus familiares y amigos tengan la tripa llena y los pies calientes. A veces me cansa de tan servicial que es. En cambio, ella no parece cansarse nunca. Es como el conejito de Duracell, siempre yendo de un lado para otro y haciendo cosas: que si cocina, que si ve a la compra, que si haz las camas, que si da de comer a las gallinas, que si limpia la conejera, que si cose, que si pon derecho el tapetito de ganchillo de la butaca del abuelo, que si sube el volumen de la tele... Ahora que lo pienso, a lo mejor no conoces el anuncio de Duracell. Es uno en que salen un montón de conejos a pilas que tocan el tambor, y según se les acaban las pilas, dejan de tocar, hasta que solo el conejito de Duracell toca y toca y toca cuando los demás ya no pueden. Pero claro, hasta las pilas Duracell se acaban. Eso pensé de pronto, y me imaginé el día en que la abuela se apagara de pronto, yo siempre igual, y me dio mogollón de pena, porque esa catástrofe podía llegar más tarde o más temprano, pero desde luego era impepinable. Así que me puse unas zapatillas y le dije que sí, que me hacía cantidad de ilusión comer torreznos, y que además iba a ayudarla a hacer la cena.

—No hace falta, Genarín. ¿Por qué no te vas a la plaza, a ver si te encuentras con

algún amigo?

Si hubiera ido a la plaza, seguro que habría encontrado algún conocido, ya te he dicho que he pasado varias temporadas largas en el pueblo, durante los bajones de mi madre. Pero amigos, lo que se dice amigos... Nunca me he encontrado a gusto entre los chicos del pueblo. Me parece que me miran raro. Sé que a mis espaldas me llaman el hijo de la hippy.

Por eso me quedé en la cocina con la abuela y aprendí a hacer albóndigas. Cuando las cociné luego en Madrid, mi madre se quedó muy impresionada. Ella lleva toda la vida comiendo las albóndigas de la abuela y ni siquiera sabía que la salsa lleva pan frito y azafrán.

Al abuelo no le gusta un pelo verme en la cocina, ni que la abuela me llame Genarín (esto a mí tampoco). Yo creo que piensa que si hago cosas de las que él llama de mujeres y me llaman con nombres ñoños, igual acabo volviéndome como su hijo, mi tío Genaro, al que todo el mundo llamaba Genarín y que ha acabado viviendo en Ámsterdam con su novio holandés.

Por eso, cada vez que me encuentra ayudando a la abuela, el abuelo me lleva de la oreja al campo. Cuando se trata de la cosecha y de sus viñas, se vuelve casi hablador. Me cuenta lo que pasa si hiela a destiempo, si llueve demasiado en otoño o demasiado poco en primavera, cómo se adivina si una nube trae granizo... Siempre está mirando al cielo y diciendo «mal asunto, mal asunto», qué tío tan optimista, no sé a quién me recuerda.

—Abuelo, tú siempre estás preocupado, ¿no? —le pregunté una vez.

—Hay que estar preparado para lo peor, rapaz —y me dio una colleja que no me pilló nada preparado—. Así se afrontan mejor los reveses. Y cuando lo peor no sucede, es como si te hubieran hecho un regalo.

Otra colleja. Para esta sí estaba preparado, pero eso no hizo que me doliera menos.

—Pero ¿a ti te gusta esta vida? ¿Te gusta cuidar de las viñas? —pregunté.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —gruñó el abuelo.

—Quiero decir que si crees que habrías sido más feliz haciendo otra cosa...

—¿A qué va estar uno preguntándose qué habría pasado si las cosas fueran distintas? Esto es lo que me ha tocado, y basta. Y eso de la felicidad es una pamplina que te ha metido en la cabeza tu madre. La felicidad es ver que la helada no te ha echado a perder los brotes, y volver a casa y tomarse un buen cocido con un vaso de vino. Y que luego no te dé ardor de estómago.

Ahí aprendí a no hablar de «pamplinas» con el abuelo. Le pregunto cómo se presenta la cosecha, cuántos kilos espera, si ha tenido mildiú o araña roja. No porque me interesen esas cosas, sino porque al abuelo le gusta que le pregunte. Bueno, eso creo. Es difícil saber si algo le gusta de verdad, porque siempre parece enfadado. Durante mucho tiempo pensé que yo mismo no le gustaba demasiado. Luego aprendí a medir su cariño por la cantidad de pescozones, collejas y capones que me arreaba. A más golpes, más aprecio, esa es la relación matemática. Aunque, como señal de aprecio, me quedo mil veces con lo del tractor. Ocurrió ese mismo fin de semana del que te estoy hablando, cuando mi madre y yo estábamos ya viviendo en Madrid y ella me dejó en el pueblo para hacer una escapadita a Lisboa.

—Pero esto es un secreto entre nosotros. Ni una palabra a tu abuela o a tu madre. ¡Hale, sube! ¡No, hombre! Sube donde el conductor... A ver... Esta palanca son las marchas... Para cambiar de marcha pisas el pedal de la izquierda, el embrague. Este otro pedal es el freno. Y el que está un poco más afuera, el acelerador. Se empieza siempre en punto muerto... Pon la mano en la bola de la palanca. ¿Ves que está floja, como muerta? Eso es punto muerto. Ahora, embrague y... ¡primera!... ¡Pero tienes que acelerar, pasmao...! El pedal de más afuera... ¡Acelera con el pedal de afuera! A ver si con el ripio te acuerdas... ¡Acelera para afuera! ¡No tanto, animal!... Ya puedes soltar el embrague...

El tractor dio un salto y se caló.

—¡Pero tienes que acelerar al mismo tiempo, animal de bellota! —toma colleja—. Anda, otra vez. Punto muerto... Embrague y primera... Recuerda: «Acelera con el pedal de afuera»... ¡Frena! ¡Frena!

Pisé a fondo el pedal que tenía más a mano. Resultó ser el acelerador. Atropellé y planché un saco de fertilizante antes de que el tractor se calara de nuevo. Encogí el cuello esperando represalias, mientras meneaba la palanca de cambios en todas direcciones.

–Esto... Punto muerto... –murmuré al fin, mirando de reojo al abuelo. Para que viera que al menos esa parte de sus enseñanzas la había captado.

–¡Punto muerto! ¡Te voy a dar yo a ti punto muerto! –alzó su manaza, pero enseguida la dejó caer sobre su propio muslo–. ¡Otra vez! –bramó–. Aunque me cueste toda la cosecha, hoy me llevas en tractor hasta las viñas.

Y lo llevé hasta las viñas. Por la carretera. Y no hubo bajas. Y eso que estaba tan concentrado en hacerlo bien que no tuve tiempo de conjurar todos los posibles desastres imaginándome por adelantado mulas atropelladas, tractores volcados o abuelos aplastados por la torpeza de sus nietos.

Los pensamientos catastróficos me volvieron al llegar al pueblo. Mi madre había prometido llegar ese día a media mañana, pero no estaba, aunque eran ya las dos. Cuando dieron las tres sin que apareciera ni llamara, el abuelo se sentó a la mesa.

–Sirve, mujer. No vamos a esperarla todo el día –gruñó poniéndose la servilleta al cuello–. Tu hija sigue siendo tan viva la virgen como siempre... –sorbió la primera cucharada–. Y las lentejas se te han pasado.

Hablaba a la abuela como si ella tuviera la culpa de las dos cosas.

Viva la virgen. El abuelo llama así a mi madre muchas veces. Yo, de pequeño, cada vez que decía eso, me imaginaba a la virgen de la iglesia del pueblo arremangando sus faldas de escayola azul claro y haciendo un zapateado flamenco. También ese día se me apareció la imagen sin querer, pero esta vez no me hizo gracia. Mi madre llevaba más de tres horas de retraso y no era tiempo para divertirse sino para tener pensamientos catastróficos, como que su avión se había estrellado, o que su coche se había salido de la carretera. O que se encontraba tan a gusto en Lisboa que le había dado una de sus ventoleras y había decidido no volver.

Apareció a media tarde. Venía de un humor muy bueno, que se le esfumó con las primeras palabras de «bienvenida» del abuelo. Estaba tan aliviado de verla, que ni oírlos discutir me deprimió.

–Bueno, cuéntame, ¿qué has hecho estos días? –preguntó mi madre en cuanto

estuvimos en el coche, rumbo a Madrid.

–Pst, lo de siempre.

Estaba pensando si decirle lo del tractor. Si ponía «la verdad por delante», como decía el lema de mi madre, tenía que contárselo. Pero si hacía caso al abuelo, tenía que callarme. Es un follón cuando uno tiene que vivir según las reglas de los otros. Por suerte no tuve que decidir, porque ya mi madre parecía haber olvidado la pregunta. Se remangó para enseñarme un tatuaje que se había hecho en el brazo. Eran varios círculos entrelazados de una forma un poco enrevesada.

–Es la serpiente Shakti –dijo mi madre–. En ella reside la energía Kundalini. ¿Te gusta?

Fijándome mejor, vi que los círculos eran el cuerpo de una serpiente enroscada que se mordía la cola.

–Está chula –dije muy educado. La verdad es que no me gustan los tatuajes.

Mi madre se puso a explicarme que todos tenemos una serpiente como esa enroscada y adormecida en la base de nuestra columna vertebral.

–¿Una serpiente? ¡Anda ya!

–Es una alegoría, tonto, que no entiendes nada. La serpiente representa la energía Kundalini, un enorme potencial de energía psíquica contenida en cada uno de nosotros. La práctica del yoga ayuda a despertar a la serpiente...

–¿Es eso lo que has hecho en Lisboa? –la interrumpí–. ¿Despertar a la serpiente?

–Pues no me ha dado mucho tiempo –confesó mi madre–. Me han presentado a un montón de gente maja. He hecho un amiguete que va a venir a Madrid en un par de semanas...

Así llama ella a sus ligues: «amiguetes». Me habla de ellos como lo más normal del mundo, y a la primera de cambio los lleva a casa y me los presenta, aunque malditas las ganas que tengo yo de conocerlos.

–Mira, Gen, he traído a un amiguete. ¿Te importa que se quede a dormir?

Vaya pregunta. ¿Quién soy yo para decirle que no? Me encojo de hombros e intento escaquearme lo antes posible. Una vez que no me fui lo bastante rápido, se le ocurrió preguntarme:

–Bueno, ¿qué te parece mi amiguete?

Y eso delante del tipo. Es única poniéndolo a uno en situaciones embarazosas. A mí es raro que me gusten sus amiguetes, la verdad, y a ese, por mucho que lo miraba, no le veía nada bueno. Él también parecía cortado, no hacía más que retorcerse las manos, que las tenía enormes. Quizá por eso se me ocurrió decir:

–Tiene unas manos interesantes.

Y ahí los dejé, el amiguete todo contento mirándose las manos como si las viera por primera vez. Claro que mi madre no se dejó engañar, y en cuanto se marchó el de las manos me preguntó:

–¿Qué? No te ha gustado un pelo, ¿no?

–No.

Y ella suspiró y dijo que tenía razón y que la próxima vez intentaría encontrar algo mejor, y yo le dije que no tenía que buscar nada, que si acaso no estábamos bien así los dos, y ella dijo que sí, que claro, pero se veía a la legua que no estaba llamando al pan, pan.

5

Llegamos a Madrid a las tantas, porque todo el mundo volvía del puente y había atasco a la entrada. En Madrid siempre hay millones de personas haciendo lo mismo que hace uno, no me acostumbro.

El lunes en el colegio fue un día normal, o sea, tirando a malo. Estaba deseando que acabaran las clases para llegar a casa, hacerme un bocata y ponerme a jugar con el ordenador. Pero en cuanto abrí la puerta de la calle, supe que no iba a poder ser. Al instante noté el olor dulzón y vi que las cortinas del salón estaban echadas. Sonaba esa música que mi madre dice que es relajante pero que a mí me pone las neuronas de punta, y ella hablaba muy despacio y muy suave, como si estuviera tratando de hipnotizar a alguien. Cuando me acostumbré a la penumbra, conté los bultos que había en el suelo. Uno, dos, tres... Seis, ni más ni menos, y del tamaño de ballenas. Seis ballenas en el salón. Suspiré. Sí, debería estar contento de que a mi madre le estuvieran saliendo tantos alumnos, pero la verdad es que estaba fastidiado. No me gusta el olor a incienso, me pone nervioso la música relajante y me da un poco de vergüenza esa voz especial que pone mi madre en sus clases de yoga. Además no podía pasar a la cocina a comer algo ni al salón a usar el ordenador. Y seis ballenas son un peso excesivo para un edificio que amenaza derrumbarse en cualquier momento. Estuve por bajar de nuevo a la calle, pero la música y el ronroneo me dieron como flojera, así que me senté en el suelo con la espalda apoyada en la puerta de la calle.

—... Me visualizo... como un mar interior... lleno de líquido azul... Con cada respiración... se produce un oleaje... y este líquido se desplaza... rítmicamente... del abdomen a las piernas... de las piernas al abdomen... del abdomen a las piernas...

Me pareció oír unos ronquidos. Se ve que mi madre es muy buena enseñando métodos de relajación. Yo mismo estaba casi dormido cuando dio por terminada la clase y abrió las cortinas. Las ballenas que pudieron levantarse solas se levantaron y a las otras las izó mi madre, y entonces vi que eran mujeres embarazadas. La que dormía siguió roncando en la alfombra con pinta de estar muy a gusto, con los brazos arrojando su barriga. En vez de despertarla, mi

madre la tapó con una de esas telas indias de colorines que hay sembradas por toda la casa, e invitó al resto de las embarazadas a un té de hierbas. ¡Me dio una rabia! Es la pera mi madre. Un alumno de yoga es un alumno de yoga, y punto, digo yo. ¿A qué venía lo del té? Mi profesora de matemáticas no me invita a una coca-cola después de clase. Pero con mi madre las cosas no funcionan así. Siempre lo tiene que andar mezclando todo, con lo que a mí me fastidia el desorden: mezcla los alumnos con los amigos, las facturas con la propaganda de Pizza Hut, las llaves con las horquillas del pelo, la ropa sucia con la limpia, nuestros problemas con los de otra gente... Eso de los problemas también lo digo por las gordis –que así las llama mi madre, cariñosamente, y también yo, menos cariñosamente–. A partir de ese día empezaron a venir una vez por semana, y a tomar más y más tes, y no te puedes figurar la cantidad de problemas y miedos que traían para contar. ¡Si eran casi peores que yo! A una le daba miedo sufrir en el parto, la otra había soñado que, en vez de un niño, paría un cerdito. La tercera, desde que estaba embarazada, no hacía más que pelearse con su pareja, y cuando lo contaba acababa llorando. Porque esa era otra: ¡cómo lloraban las gordis!

–Durante el embarazo, las mujeres se vuelven muy sensibles –las justificaba mi madre–. Es porque tienen las hormonas descontroladas.

Las que no estaban de cháchara o llorando, estaban encerradas en el cuarto de baño.

–Además de lloronas, meonas –me quejaba yo.

–Es normal. El bebé que va creciendo les oprime la vejiga –mi madre siempre de su lado–. Y además, el té de hierbas es diurético.

Yo me metía en mi cuarto e intentaba olvidarme de ellas, pero igual me llegaba parte de la conversación, así que puedo darte un montón de detalles escabrosos sobre la manera en que venimos al mundo.

Pero bueno, aquel día yo no sabía todavía lo que se me venía encima porque era solo la primera clase, así que no se pasaron mucho ni con el té ni con sus neuras. Eso sí, la que roncaba siguió durmiendo en nuestro salón hasta la hora de la cena. Si se despertó al fin, para mí que fue por el olor de la lata de anchoas que estaba abriendo yo en la cocina.

–¡Ay, Dios! ¿Cuánto tiempo llevo dormida? –la oí preguntar.

–Una horita –dijo mi madre, tirando muy por lo bajo.

–¡Qué vergüenza! Es que esta noche no he pegado ojo...

–¿Y eso?

«No preguntes, que te la juegas, no preguntes», grité yo para mis adentros mientras abría el paquete de espaguetis.

Demasiado tarde. Mi madre había preguntado, y la dormilona estaba ya contando, con la voz cada vez más finita y temblona, que su pareja no quería el bebé que esperaba y habían roto por eso. Cuando la voz se le rompió del todo imaginé las lágrimas, oí el arrullo de mi madre, que es muy buena consolando gente, y finalmente el trompeteo con el que la gordi se sonaba la nariz.

–¡Ahora sé que es un indeseable, y no quiero volver a verlo! –dijo al fin–. Pero... ¡no sé cómo voy a sacar adelante a mi hijo yo sola!

–¡No seas tonta! La mejor forma de sacar un niño adelante es sola –contestó mi madre–. Las relaciones de pareja no duran, lo sé por experiencia. En cambio, la relación con un hijo es para siempre, y más fuerte que cualquier otra. ¿Que no tienes pareja? Mejor. Así tu hijo no tendrá que sufrir las tensiones entre los dos y podrás educarlo a tu manera. Mírame a mí. Mi hijo es solo hijo mío. Bueno, mío y de un espermatozoide rigurosamente seleccionado... –mi madre soltó una de esas carcajadas por las que es famosa mundialmente.

Eché todo el paquete de espaguetis en el agua, sin pensar en lo que hacía. Cien gramos por persona está bien, es lo que dice la abuela, y yo acababa de echar quinientos. Es que siempre que a mi madre le da por hablar del espermatozoide rigurosamente seleccionado, empiezo a descontrolar.

–¿Qué quieres decir? –preguntó la gordi–. ¿Fuiste a una de esas clínicas de inseminación artificial?

–No. El «donante» fue mi pareja de entonces. El tío tenía una buena carga genética: inteligente, sensible, buen cuerpo... Pero entre nosotros saltaban chispas todo el tiempo. Siempre estábamos separándonos y volviéndonos a juntar. En una de estas separaciones, supe que estaba embarazada. Decidí esfumarme y apañármelas sola.

—¿Y al padre no le dijiste nada?

—¿Para qué? Él no quería hijos. Si se lo hubiera dicho, se habría sentido obligado a hacerse cargo y todo habría sido mucho más difícil para los tres. Tenía eso que llaman sentido del deber. Así ha salido mi Gen, que tiene doce años (tenía ya trece largos, mi madre nunca lleva bien la cuenta) y a veces parece mi hermano mayor. En eso, como en otras muchas cosas, se nota que viene de un espermatozoide rigurosamente seleccionado.

Vuelta a reír. Cerré los ojos, temiendo lo que vendría a continuación. Acerté: mi madre se largó a contar a la otra mujer la anécdota del tomate frito.

¿Que cuál es la anécdota del tomate frito? Pues te la voy a contar, aunque malditas las ganas que tengo. A ver por qué la va a conocer la gordi llorona y en cambio tú, que llevas varios capítulos aguantándome, te vas a quedar con la curiosidad.

Pues es que, la primera vez que pregunté a mi madre por mi padre, siendo todavía un renacuajo, estaban dando por la tele un anuncio de tomate frito. Un señor con bata blanca y pinta de tipo en el que se puede confiar salía escogiendo tomates de una mata y decía:

—Todos nuestros tomates han sido rigurosamente seleccionados.

Yo creo que fue el bigote. Además de parecer muy de fiar, el señor tenía un bigote como el del padre de mi amigo Tomás, que era mi padre favorito, y supongo que por eso me entraron ganas de tener un padre a mí también. Así que pregunté por él.

—Tú no tienes un padre —contestó mi madre—. Tú eres hijo mío y nada más que mío...

Me dio uno de sus achuchones apoteósicos, pero enseguida debió de acordarse de que la verdad por delante y al pan, pan, así que me explicó que en realidad hacían falta dos para que naciera un niño, y se puso a hablarme de óvulos y espermatozoides y de cómo se juntaban, que entonces no entendí ni patata, porque mi madre no es de las que simplifican la realidad para hacerse entender por un chavalín de cuatro años.

—... Así que tú naciste de mí, con la ayuda de un espermatozoide... —me dijo mi

madre—. Pero no cualquier espermatozoide, no te creas. Eres un niño muy especial, porque ese era un espermatozoide especial que yo había buscado con mucho cuidado. Un espermatozoide... «rigurosamente seleccionado», como los tomates del anuncio.

A mí lo del espermatozoide me sonó a película de ciencia ficción. De modo que, cuando en el colegio tocó pintar a nuestra familia, yo nos pinté a mi madre, a mí y a una especie de extraterrestre de color rojo (por aquello de los tomates, supongo) con antenas, orejas puntiagudas, capa y bigote.

—¿Es tu papá? —preguntó la profe.

Y, según cuenta la leyenda (yo no me acuerdo), le dije que no, que era un espermatozoide rigurosamente seleccionado. Así, con todas las letras. Por lo visto, ya de pequeño era un fenómeno memorizando palabrejas raras.

Cuando la profe, algo preocupada, comentó el asunto con mi madre, a ella le pareció genial, y aquello se convirtió en una de sus anécdotas favoritas. Mira que le he dicho veces que no la cuente, pero no hay manera: de vez en cuando vuelve a aparecer en mi vida el dichoso espermatozoide rigurosamente seleccionado. A mi madre le sigue haciendo mucha gracia. Una vez, de tanto reír, se le saltaron las lágrimas y terminó llorando a moco tendido, así es ella, que nunca sabes por dónde va a salir. Y a mí me dio por pensar que a lo mejor lloraba porque su rigurosa selección había sido un fracaso.

Sí, un fracaso. A ver si no por qué yo había salido así: un chaval esmirriado, que diría mi abuelo, tímido y más bien soso, con una imaginación catastrófica, un montón de manías y tendencia a los jamacucos. A mi madre me parecía menos que un higo a una castaña. De modo que toda la culpa de que yo fuera así debía de ser de los genes de aquel maldito espermatozoide. Eso pensaba esa noche mientras hervían los espaguetis y mi madre le contaba mis intimidades a la gordi en el salón. Eso, y que me gustaría seguir creyendo que mi padre era un extraterrestre que vendría algún día a verme desde su lejano planeta, en vez de saber que era un tipo normal y corriente (bueno, posiblemente tirando a rarillo, si hay que creer en la genética), que ni siquiera sabía que yo existía y que no vendría nunca.

—¡Gen! ¡Lola se queda a cenar! —voceó mi madre desde el salón.

Esa fue la primera gordi que se quedó a probar mis espaguetis con salsa de

tomate y anchoas. Y al final me vino bien haber echado por error todo el paquete de pasta. Pronto aprendería que las embarazadas suelen comer como limas.

6

Estábamos apiñados como sardinas en lata en ese dichoso autobús, y la cosa iba para largo, porque había un atasco de tres pares de narices. Pero cuando mi madre está en la cima de su montaña, no hay atasco ni apachurramiento que puedan con su buen humor. También es que ella iba sentada, y puede que a su vecino de asiento no le olieran tanto los sobacos como al chico que me estaba clavando el codo en los riñones.

—Si ya te decía yo que hacíamos bien en venirnos a Madrid —exclamó mi madre. Y varios pasajeros se volvieron a mirarla, porque hablaba muy alto (ella estaba del lado de la ventanilla y yo de pie en el pasillo) y supongo que también por ver quién era la graciosa—. El curro en la galería no está mal, estoy conociendo a un montón de gente rara, como a mí me gusta. Y lo de las clases va genial. Pronto voy a tener que rechazar alumnos. Claro que no me extraña, a ver quién no necesita un poco de yoga y relajación en esta ciudad de locos...

Si, era una ciudad de locos. En eso estábamos de acuerdo, ella, yo, y también el señor mayor sentado a su lado, que se puso a asentir con la cabeza. Como para darle aún más la razón, en ese momento los conductores atascados decidieron tocar todos a la vez sus bocinas. Mi madre se tapó los oídos, riendo, como si aquel follón fuera una bromita inocente dirigida a ella. Pero el viejo sentado a su lado no acababa de verle el chiste a la cosa.

—¡Sí! ¡Encima pitad, sinvergüenzas! —amenazó con un puño en dirección a la ventanilla—. ¡Vosotros sois los que tenéis la culpa de todo! Si dejarais el coche en casa, no estaríamos aquí parados.

—Déjelos que piten —intervino mi madre—. Trate de imaginarse que el estruendo es música y relájese, hombre.

—¡Que me relaje, dice! —gruñó él—. Diez minutos parados en un disco y quiere que me relaje. A este paso no llegamos a Velázquez ni en una hora. Y tengo cita con el podólogo a las seis.

–Bueno, o no se relaje, proteste y grite si eso lo ayuda. Cada uno se libera de sus tensiones como quiere... o como puede. Pero le advierto que la furia no es el camino hacia la armonía interna. Y usted tiene un problema de armonía interna, se lo he notado hace rato. Está enfadado, pero no solo por el atasco. Usted está descontento consigo mismo. No hay más que ver el estado de su aura, toda torcida...

Mi madre miró con pinta preocupada un poco por encima de la cabeza del señor, que empezó a agitarse en el asiento, muy molesto. Hice gestos a mi madre para que se callara, ¡como si fuera posible callarla cuando empieza!

–Ay, Genaro, ¿a qué vienen tantas muecas? ¿No ves que estoy hablando con este señor? A ver si logras verle el aura. No está fácil, con ese color tan desvaído que tiene.

–Oiga, señora, yo a usted no le he faltado al respeto –se mosqueó el hombre–. Yo no tengo ningún aura de esas, ni derecha ni torcida, y no necesito sus consejitos, ¿estamos?

Mi madre meneó la cabeza, como compadecida.

–Como usted quiera.

Pero siguió mirando de reojo por encima de la coronilla del señor, como si viera allí algo que le interesaba y le preocupaba mucho. El hombre acabó por levantarse, furioso, aunque estábamos todavía a varias paradas de Velázquez y su podólogo. Se abrió camino pasillo adelante entre gruñidos y se perdió de vista entre las demás sardinas, digo viajeros.

Mi madre se encogió de hombros y palmeó el asiento que había quedado vacío.

–Peor para él. Y mejor para ti, Gen, que mira qué asiento acabas de pillar. Ven a sentarte aquí a mi vera.

Mi madre me guiñó un ojo y de pronto no supe si había aconsejado de buena fe al señor o todo había sido una gran tomadura de pelo. Porque mi madre es muy aficionada a ayudar al prójimo (aunque el prójimo no quiera), pero además tiene una vena guasona bastante importante. Me senté evitando mirar a los otros pasajeros; fijo que a estas alturas todos estaban pendientes de nosotros. El asiento estaba muy caliente, casi tanto como mis orejas.

–¿Te importa no montar el numerito, mamá? –murmuré.

–Ay, Gen, si yo solo quiero ayudar. Estos días me siento con tantas energías positivas que podría recomponerle el aura... hasta a la Cibeles.

Señaló la fuente de la Cibeles, que llevaba un buen rato frente a nuestra ventanilla. Los conductores soltaron un nuevo concierto de pitidos. Mi madre soltó otra de sus carcajadas ruidosas.

–Lo que te decía, todos locos. Pero a mí en el fondo me va la marcha, la locura de Madrid, no sé cómo he aguantado tanto tiempo en Toledo, donde la gente vive tan tranquila que a veces parece que están disecados... ¡Nos ha venido de miedo este cambio! ¿Verdad, Gen?

Y yo no me molesté en contradecir a mi madre. ¿Para qué?

A mi madre siempre le vienen bien los cambios. A veces le basta con cambiar el color de su pelo. O la posición de nuestras camas, que por lo visto hay que orientarlas en función de no sé qué nodos de energía que hay en el espacio. Otras veces cambia de amiguete y, si la cosa se pone muy fea, de paisaje. Por eso la lista de sitios donde yo había vivido hasta entonces era bastante larga para un chaval de trece años: una comuna en las Alpujarras, Granada, el pueblo de los abuelos, Altea, Toledo... Y ahora, desde hacía un par de meses, Madrid.

–Cada vez que te vas de un sitio, resulta que es por huir de las mismas cosas que te hicieron mudarte a él.

Eso se lo dijo una vez Cuca. Me acuerdo porque lo estuve pensando y me pareció una verdad muy gorda. Pero, verdad o mentira, la cosa es que a mi madre los cambios le sientan bien. Lo malo es que a mí no me gustan nada; también en eso somos distintos. Vale, la rutina puede ser aburrida, pero al menos con ella sabes a qué atenerte, es como ponerte unas zapatillas de casa muy usadas, que da gustito. Pero nosotros siempre cambiábamos de sitio cuando yo apenas había logrado domar mis zapatillas.

En Toledo, estar a gusto me costó casi un año. Vivíamos en una casa un poco destartalada y bastante solitaria en las afueras, en un terreno lleno de chatarra y malas hierbas. Nada más entrar en el colegio me gané fama de pedante, porque

usaba palabras que los otros no entendían. Era sin querer, es que leo mucho y se me quedan grabadas enseguida las palabras rimbombantes. (¿Ves? Ya estamos. «Rimbombante» es una palabra muy rimbombante). Luego aprendí a aguantarme las ganas de decir «rimbombante», «atroz» o «escabroso», y en cambio empecé a decir bastante «qué pasada», «joder» y «mierda». Me hice un par de amigos decentes. Empecé a correr con el equipo de atletismo del cole. Hice un huerto en un rincón de nuestro terreno, y acababa de conseguir mi primera cosecha de zanahorias. Javier, el amiguete de turno de mi madre, nos iba a dar un cachorro de su perra cuando naciera la camada. Y entonces vino la cuesta abajo. Mi madre rompió con Javier (nos quedamos sin cachorro), empezó a estar a menudo de mal humor, y luego peor, de ninguno, como si todo le importase un pito. Empezó a faltar a su trabajo (daba clases de yoga y masajes en un gimnasio). Se pasaba horas tumbada en su cama hecha una bola. Yo entraba en su cuarto a cada ratito con una excusa, y cuando me oía, a veces sin abrir siquiera los ojos, murmuraba:

—Ya me voy a levantar, Gen, ya me voy a levantar.

Pero no se levantaba.

—¿Quieres que avise a los abuelos?

—No.

—¿A Cuca?

—No. No quiero ver a nadie. ¿No estamos bien así, los dos solos?

No, no estábamos nada bien, pero cuando decía eso, por un momento yo pensaba que sí. O que, por lo menos, era mejor estar mal juntos que pedir ayuda y arriesgarnos a que nos separaran. Porque eso harían, seguro, como la otra vez. La meterían en la «casa de reposo» esa, o en otra parecida, y a mí me mandarían con los abuelos al pueblo.

Durante varios días intenté que saliera de la cama, que comiera, que se animara. Como ella no hablaba, intentaba hablar yo, pero todo sonaba tan falso y sin gracia que muchas veces dejaba las cosas a medio contar. Ella ni siquiera me pedía el final. Probaba entonces a plantarle en la almohada mi cuaderno para que me ayudara con los deberes: «Nunca he sido buena para los números», se excusaba. Le llevaba un bocadillo de jamón: «Lo siento, Gen, no me pasa».

Al final me contagié. Siempre me contagia. Cuando está contenta, me basta estar un rato a su lado para sentirme bien y olvidar mis problemas. Y cuando está triste, acaba arrastrándome a su hoyo. Una mañana, en vez de ir al colegio, me tumbé a su lado en la cama. No sé cuánto tiempo nos pasamos sin hacer nada más que estar allí tumbados y sentirnos desgraciados. En algún momento, mis tripas empezaron a sonar, porque no había desayunado. Eso me hizo recordar que había dejado el tostador encendido. Ese tostador a veces se atasca y no se apaga solo, así que pensé que las tostadas habrían ardido, y que las llamas habrían alcanzado el mueble de madera que cuelga de la pared, y de allí se habrían extendido al resto de la cocina; ya sentía el olor a chamusquina y me picaban los ojos del humo que se colaba bajo la puerta... Total, que salté de la cama y corrí a la cocina, y naturalmente el tostador había saltado, o a lo mejor no lo había llegado a poner siquiera, porque las rebanadas de pan de molde que asomaban por él estaban totalmente blancas (con un poquito de moho verde en una esquina). No me preguntes por qué, pero esas rebanadas me dieron repugnancia y miedo. No me atreví ni a tocarlas, así que bajé la palanca del tostador para perderlas de vista. Era como si estuviera viviendo un sueño de esos que te angustian sin saber por qué, sin que haya en ellos nada amenazador. En la cocina hacía más frío que en Siberia, porque se nos había acabado el butano y no funcionaba la calefacción. Recuerdo que tenía los pies helados, pero no me animaba a moverme. Y eso es lo último que recuerdo, porque entonces me dio el jamacuco.

Pero ahora no tengo ganas de hablarte del jamacuco.

Pues anda que no he cambiado yo veces de colegio. Ya tengo mucha experiencia en el tema. Pero igual cada vez que empiezo en un colegio nuevo lo paso tan mal como en mi primer día de preescolar. Empecé a mitad de curso, cuando nos fuimos de las Alpujarras a Altea. Todavía me dan sudores cuando me acuerdo de esa mañana gloriosa. Cuando mi madre vio que no me atrevía a acercarme a los demás niños, compró a unos cuantos con barras de regaliz para que fueran mis amigos. Genial. Desde entonces, cada mañana, cuando mi madre aparecía con las barritas, había tortas por acompañarme a clase. Me convertí en «el del regaliz», y entraba en el cole rodeado por los matones de seis años, que ni siquiera dejaban acercarse a los de mi curso. Bah, ya estoy exagerando, cómo me gusta hacerme la víctima. Mi madre se dio cuenta enseguida de la movida y se acabó el regaliz. Y salvo los primeros días, lo pasé bien en ese colegio.

Hubo una cosa que empecé a sospechar desde el asunto del regaliz, y que comprobé todas las veces que cambié de colegio: lo mejor al principio es pasar inadvertido. Procurar que no se den cuenta de que existes. Sobre todo, que no noten demasiado pronto tus puntos débiles. Si notan tus rarezas cuando ya eres uno más, tampoco importa tanto. Pero si las notan cuando aún eres El Nuevo, vas de cráneo. «Mantener el perfil bajo», esa es la consigna. Manteniendo el perfil bajo es difícil hacer amigos, pero eso, dentro de todo, no importa tanto, quizá es incluso bueno. Así no me cuesta mucho cuando al cabo de un tiempo nos toca mudarnos otra vez.

Cuando llegué al nuevo colegio en Madrid, intenté con todas mis fuerzas ser uno más. Solo hablaba cuando me hablaban y procuraba utilizar siempre palabras normalitas. Nadie sospechaba que tenía ideas catastróficas, o que una vez me había dado un jamacuco. Nadie sabía los esfuerzos que tenía que hacer para no ponerme a colocar los abrigos en los percheros cada vez que pasaba por delante. Y si veía uno caído, lo esquivaba como todos los demás. Incluso una vez llegué a pisar una cazadora.

Pero entonces aquel yogur se cruzó en mi camino. Podía habérmelo dejado, claro, pero me gusta el yogur y todavía tenía hambre, la chuleta era toda hueso.

Me daban sudores solo de pensar en despegar esa tapita metalizada, que encima estaría toda manchada de marrón por el otro lado (era yogur de chocolate). Yo y mis manías. Entonces levanté la vista y ahí estaba Paula, y cuando se cruzaron nuestras miradas me sonrió un poco, y bajé la guardia y me perdí.

—¿Te... te importa abrirme el yogur? Es que me muerdo las uñas y no puedo —le enseñé como excusa mis dedos casi en carne viva.

—Yo también me las muerdo —me enseñó los suyos solo un instante, como avergonzada—. Pero igual puedo, dame.

Agarró mi yogur y arrancó la tapa con la misma decisión con que mi madre se arranca la cera cuando se depila las piernas. Mi salvadora. Por desgracia, luego me tendió el yogur de vuelta... y también la tapa. Extendí la mano, preparado para el suplicio, y creo que puse una cara de asco horrible, porque Paula preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta el de chocolate? Si quieres te lo cambio, el mío es de fresa.

Total que yo, ante tantas muestras de simpatía, decidí ser sincero.

—No... No es eso. Es una manía mía... La tapita... —arrugué la nariz—. La tapita me repugna.

—¡La tapita me repugna! —aulló Enrique a mi lado—. ¿Habéis oído? «La tapita me repugna». Y siguió repitiendo, aflautando la voz y cada vez más fuerte: «La tapita me repugna, la tapita me repugna». Hasta que todos los de mi mesa y la mesa de al lado se enteraron de que la tapita me repugnaba, y se echaron a reír, no sé si por la palabra tapita, por la palabra repugna, por la voz aflautada que ponía Enrique o porque era ridículo tener asco de una tapa de yogur.

Hasta a mí me acabó resultando ridícula la frase. Me maldije mil veces por haberla dicho. Podía haber dicho que la maldita tapa de yogur me daba yuyu, o asco, o grima... O mejor: que me tocaba las pelotas; fijo que Enrique no se habría reído si hubiera dicho eso. Pero no, tuve que decir que la tapita me repugnaba. Y de golpe me gané fama de amanerado y pedante, todo en uno. Empezaron a llamarme Tapita. Desde entonces, siempre había algún gracioso que decía delante de mí que le repugnaba esto y lo otro y lo de más allá. El siguiente día que tocó yogur en la comida, fue como una tortura de la Gestapo.

No sé cuántos tíos vinieron a pasarme bajo las narices las tapas, chupadas o sin chupar, de sus yogures, mientras repetían la dichosa frasecita. Y se creían muy ingeniosos. Otra vez, en matemáticas, a Enrique casi lo ovacionan cuando le contó al profesor que le repugnaba decir aquello, pero no había tenido tiempo de hacer sus problemitas en casa.

Paula, que se sienta delante de mí, se volvió y me dijo:

–No le hagas caso, es un imbécil.

Y yo me encogí de hombros y le dije que no me importaba.

Vaya trola. Pero es verdad que sé aguantar mecha sin poner cara de víctima, como si todo me resbalara. Supongo que eso ayudó a que se aburrieran de la tapita. Me volví todavía más callado, para que se olvidaran de mí. Me esforcé por que no notaran ninguna de mis otras manías y me fueron dejando tranquilo. Sé estar solo bastante bien entre los demás, pensando en mis cosas o leyendo un libro. O sea, que eres un soso y un parado, dirás tú. Y puede que tengas razón. Mi madre, que me mira con buenos ojos, prefiere decir que tengo mucha «vida interior», y en cierta forma es verdad porque, mientras escuchaba las bromas de Enrique sin mover una pestaña, en mi interior le estaba haciendo tragar una repugnante tapita de yogur, o lo estaba humillando de alguna manera refinadamente perversa delante de la clase. Luego me decía que, si el imaginar yo una cosa evitaba de verdad que sucediera, estaba impidiendo que Enrique sufriera en la realidad todas las venganzas que soñaba para él. Pero en el fondo sabía que igual no las iba a sufrir, así que me dejaba de bobadas y me daba el lujo de seguir imaginando.

8

Bueno, el primer trimestre de colegio en Madrid no fue para tirar cohetes, pero cuando llegaba a casa por la tarde no me costaba olvidarme de lo que había pasado en clase. Mi madre solía estar ya de vuelta del trabajo.

—¿Qué tal el cole? Cuéntame.

—Nada especial... ¿Qué tal la galería?

Ella, en cambio, siempre tenía algo que contar, es de esa gente a la que siempre le pasan cosas.

Su trabajo en la galería de arte se lo había conseguido su amiguísima Cuca, y también era suyo el piso donde vivíamos, cerca del Rastro. Mi madre y Cuca habían compartido ese piso de jóvenes, y también un puesto en el mercadillo del Rastro donde vendían ropa los domingos. Ahora el edificio estaba un pelín ruinoso, pero el piso tenía un salón muy grande, bueno para las clases de yoga, y Cuca nos lo alquilaba por tres perras gordas. Cuca era casi la única amiga que había sobrevivido a todas las mudanzas de mi madre. De vender ropa hippiosa cosida por ella había pasado a ser una tipa importante en el mundo del arte. Por eso consiguió trabajo para mi madre en la galería de León, que era su amiguete, como decía mi madre, aunque Cuca prefería llamarlo «mi compañero».

Si vieras la galería y conocieras, aunque solo fuera de vista, a León y a mi madre, sabrías que ella no era exactamente la persona que León habría elegido para el puesto.

—¡Tenías que haberlo visto cuando he contestado el teléfono! —me contó mi madre tras su primer día de trabajo—. Voy y digo con voz muy fina: «Galería Avantgarde, dígame», y al hombre se le descompone la cara. Luego me ha explicado que Avantgarde quiere decir «vanguardia» en francés, y se pronuncia «avangarrd», así, haciendo rodar la erre. Bueno, o no exactamente así. No he tenido mucha ocasión de practicar, porque solo han llamado dos personas en toda la mañana. Y han entrado otras dos. Un poco muermo. Espero que otros

días haya más movimiento.

Pronto empezó a haber más movimiento, incluso demasiado, porque hubo que preparar una exposición nueva. Mi madre no daba abasto. Que si los de la imprenta metían la pata en el catálogo, que si había que mandar las invitaciones, que si la furgoneta con los cuadros no llegaba, que si un pintor estaba muy enfadado porque había un cuadro colgado del revés, que si había que encargar ya mismo los canapés y el vino para el vernissage...

—¿El qué? —pregunté yo.

—El vernissage, cheri, la fiesta de inauguración —respondió mi madre, fingiendo acento francés—. Oh, là là, cómo me estoy poniendo de sofisticée desde que me codeo con la crème de la crème... ¿Se me nota?

—Very much —dije yo, por no quedarme atrás en lo de la sofisticación.

—Si no fuera tan sofisticada, te diría que en nuestra próxima exposición venderemos unos mamarrachos tremendos a un precio de escándalo. Pero como sí soy sofisticée, te diré que el arte figurativo está demodé, que hay que estimular la mente del espectador aunque sea shockándolo y que la instalación supera al cuadro tradicional como forma de expresión plástica. Y tiene la ventaja de que te ahorras un montón en pintura y pinceles y no te manchas la ropa.

—¿Qué instalación? ¿Qué es eso?

—Uf, una instalación es todo y nada. Lo que te dé la gana. Por ejemplo, coges un triciclo viejo, le plantas una lata de conservas oxidada en el sillín y lo titulas «autorretrato». Eso es lo que ha hecho uno de los artistas que van a exponer.

—O sea, que una instalación es una tomadura de pelo.

—¡Yo no he dicho eso! —exclamó mi madre haciéndose la escandalizada—. ¡Como te oiga León!

—Y en la galería esa lo que hacéis es como... —me mordí la lengua.

—¿... camelar a la gente? —completó mi madre.

—¡Yo no he dicho eso! —exclamé yo haciéndome el escandalizado.

—No es exactamente un engaño —dijo mi madre—. Los compradores entran en el juego. Todo es como un teatro... —y luego, más bajito—. O a lo mejor para los demás no lo es, y lo que pasa es que yo soy demasiado ignorante para apreciar el arte de vanguardia... Es un poco como el cuento del traje del emperador, que yo creo que está desnudo y a lo mejor los otros también, pero nadie se atreve a decirlo. Porque a lo mejor resulta que el hombre no está en bolas, y lo que pasa es que yo no entiendo nada de nada... —suspiró—. Sí, eso será, que no entiendo, que no sé mirar. El otro día, Cuca se pasó una hora intentando convencerme de lo bueno que era un cuadro hecho todo de brochazos rojos, y Cuca no es de las que se dejan engañar, y tampoco me engañaría a mí...

Mi madre estuvo callada un rato juntando en un montoncito las migas del bocata que se acababa de comer, porque había que ver los bocatas que se zampaba últimamente... Siempre que la veía morder el pan, me acordaba de cuando en Toledo «no le pasaban» y me parecía increíble que fuera la misma persona. Luego dijo que, de todas maneras, lo del autorretrato del triciclo le seguía pareciendo una mamarrachada, pero que en este mundo a veces había que apechugar y en vez de llamar al pan, pan, había que llamarlo deliciosa masa esponjosa en corteza crujiente horneada a la leña de roble, porque si no, te quedabas sin pan que llevarte a la boca, que a ver qué otro trabajo iba a encontrar en Madrid si no era en la galería de León el sofisticué.

—Además —dijo para terminar—, todos tenemos que aprender a vivir con nuestras contradicciones.

Ese es el lema que utiliza mi madre cuando, «por causa de fuerza mayor», tiene que hacer algo que va contra sus principios vitales número uno (al pan, pan, y al vino, vino), número dos (la verdad por delante, aunque espante), o cualquiera de los otros números.

9

Al menos el jamacuco que me dio en Toledo sirvió para algo: gracias a él, mi madre volvió a encontrar de golpe y porrazo sus razones de vivir. Según ella misma dijo, yo era su principal razón, y había sido gilipollas (dicho por ella, no por mí) al olvidarlo. Suerte que no iba a volver a pasar (también dicho por ella, yo no estaba del todo convencido).

Se levantó de la cama la mañana de mi jamacuco y no volvió a meterse en ella durante semanas, o eso me pareció a mí, porque siempre la encontraba levantada por las mañanas y la dejaba levantada por las noches al irme a dormir. Era como si hubiera estado hibernando y de pronto se hubiera despertado llena de energía y de ganas de recuperar el tiempo perdido. Volvió a salir, volvió a ver a gente, se apuntó al paro (los del gimnasio la habían despedido), empezó un cursillo de informática, otro de aromaterapia, otro de meditación... y aun así le daba tiempo a hacer cosas conmigo. En quince días hicimos más cosas juntos que en todo un año. Compró dos bicis de segunda mano para salir los fines de semana, me sacó un día del colegio para que fuéramos a esquiar, que no habíamos ido en nuestra vida, pintamos entre los dos mi habitación... No paraba ni un instante, como si estuviera pasada de rosca, y a mí, que soy como soy, de vez en cuando me daba por pensar que a ese ritmo pronto se le acabarían las pilas y a ver qué pasaba entonces. Por eso me di un susto morrocotudo el día en que me la encontré en el salón, tumbada en la oscuridad. Por un instante pensé que era la vuelta al hoyo. Pero no era eso.

—Estaba haciendo un poco de meditación —me dijo—. Para limpiar mis chakras.

Por lo visto, los chakras son como puntos de nuestro cuerpo donde se acumula la energía; tienen que ver con las emociones y el espíritu y la mente. Los chakras se te pueden atascar y entonces la energía no fluye bien por tu cuerpo y lo llevas chungo: te pones malo, o estás triste, o irritable... o no encuentras motivos para salir de la cama por la mañana. Para limpiar tus chakras debes juntar su energía con la energía del universo (no me preguntes cómo).

—Cuando llegas a una fase lo bastante avanzada de tu desarrollo espiritual —dijo

mi madre—, aprendes a abrir el chakra que tienes en la coronilla y por él tu energía se une con la energía del universo. Entonces te sientes en paz contigo mismo y con todas las cosas —suspiró—. Es de puta madre.

Me dijo que si no hubiera descuidado sus chakras, no le habría dado el bajón. Y que a mí tampoco me habría dado el jamacuco si me hubiera ocupado de los míos. Ahí entendí por qué de pronto me contaba todas esas cosas. Quería ocuparse de mi... «desarrollo espiritual» para que no volviera a darme un jamacuco.

Pero yo debo de ser tan espiritual como una lombriz, poco más o menos. No hubo manera. Mi madre ni siquiera logró enseñarme a respirar como es debido, que por lo visto es el primer paso para relajarte y ponerte en contacto con tu parte espiritual. Respirar como es debido es difícilísimo. Tienes que ser muy consciente de si estás inspirando o espirando, de si tu diafragma sube o baja, de si se te hincha el abdomen o no se te hincha... Peor: según mi madre, tienes que respirar con todo tu cuerpo, desde los pulmones hasta las pestañas. Cuando llegué a esa parte, era tan consciente de estar respirando que ya no podía hacerlo normalmente, y me empezó a dar agobio pensar que tenía que seguir respirando una y otra vez si quería seguir vivo. Ahí empecé a respirar tan deprisa que me mareé y tuvimos que dejarlo.

Después de ese y algunos intentos más, mi madre pareció darse cuenta de que yo no era capaz de desatascar mis chakras por mí mismo, así que un día trajo a casa a una señora que dijo que era sanadora, y que se encargó de hacerlo por mí. Me hizo tumbarme y me pasó una piedra de cuarzo por encima del cuerpo, pero sin tocarlo, que fue bastante curioso, porque yo tenía los ojos cerrados pero igual sentía dónde estaba la piedra porque me daba calorcito. No sé si me sanó o no. Es verdad que por entonces tuve una racha en que estaba bastante a gusto con la vida en general, y ningún jamacuco. Pero no sé si estaba bien por la sanación aquella o porque estaba contento de ver a mi madre tan contenta y con tantas ganas de hacer cosas, que de verdad parecía que se hubiera puesto en contacto con la energía universal.

Lo malo es que, al parecer, tanta energía universal resultaba excesiva para una ciudad tan tranquila como Toledo. A mi madre no tardó en entrarle el come-come del cambio. Empezamos a ir a Madrid casi todos los fines de semana. Y uno de ellos, cuando estábamos en casa de Cuca, mi madre soltó:

—¡En cuanto llego a esta ciudad, me siento llena de vibraciones positivas! Creo que deberíamos mudarnos a Madrid.

Supongo que las vibraciones positivas no le dejaron ver la cara de susto que se nos puso a Cuca y a mí.

—¡No seas loca, mujer! —intentó desanimarla Cuca—. Te será muy difícil encontrar tu sitio en Madrid. No es una ciudad nada acogedora para el que llega como tú, sin trabajo, con poco dinero y con un hijo adolescente...

—Si es que no te enteras, Cuca —la cortó mi madre, riendo—. ¿No te acabo de decir que estoy llena de vibraciones positivas? Lo que nos ocurre solo depende de nosotros, de nuestra disposición mental. Si desprendemos energía positiva, contagiamos con ella al mundo que nos rodea y lo obligamos a ser mejor. Por eso Madrid se va a portar bien con Gen y conmigo. ¿Verdad, Gen?

No dije nada. Si contaba con mi energía positiva, lo llevaba claro. Mi mundo funcionaba justo al revés que el suyo, con energía negativa. ¿Qué eran, si no, mis ideas catastróficas? Me dije que, para que uno de los dos tuviera razón, el otro debía estar muy equivocado.

Cuando mi madre está en vena, nada se le pone por delante: acabamos en Madrid. E, increíblemente, nos fue bastante bien. No sé si fue gracias a mis ideas catastróficas sobre lo mal que nos iría allí. O si fueron las vibraciones positivas de mi madre. O si fue porque Cuca nos allanó el camino. El caso es que enseguida las cosas se pusieron a rodar.

Bueno, mi madre les dio un buen empujón para que rodaran. Empezó a moverse por aquí y por allá, a hablar con todo el mundo. Al poco de llegar, se hizo amiga de la quiosquera de la plaza, una gitana que se sabía todos los tejemanejes del barrio. Fue ella quien nos mandó a su cuñado cuando se nos estropeó el grifo del fregadero. El cuñado, de grifos, ni idea (el nuestro todavía gotea), pero tocaba la guitarra de miedo y, después de quedarse a tomar una cerveza (tuve que bajar a comprarla porque no le gustaba el té de hierbas), nos invitó a oírlo en un club donde había una «noche flamenca». Allí conoció mi madre al tipo de manos interesantes del que te hablé antes, que le salió rana en todo menos en que tenía una hermana embarazada, que fue una de las primeras alumnas de yoga de mi madre y que la recomendó a todas sus compañeras de cursillo de preparación al

parto... Vale, no sigo. Pero ya ves que bastó que mi madre comprara un día El País para que la casa se nos llenara de gordis y tipos de manos más o menos interesantes.

Con ese ritmo, a los dos meses de llegar, mi madre conocía a medio Madrid. Estaba la gente del barrio, los sofisticados que le habían presentado Cuca y León, los espirituales con los que había coincidido en alguna meditación colectiva... No es que todos fueran amigos suyos, qué va, ni que cayera bien a todos, que siempre están los que se molestan porque llama al pan, pan, o porque les llama Manolo sin que se llamen Manolo, o porque dice las verdades que no hace falta decir, o porque lleva el pelo demasiado rojo, unas faldas muy raras y collares larguísimos hechos de botones. Pero el caso es que el teléfono empezó a sonar cada vez más a menudo, y la casa se fue llenando de gente que venía a hacer yoga, a tomar té de hierbas, a participar en una «rueda de energía por la paz del mundo», o a contarle su vida a mi madre. A mí todo eso me hinchaba un poco las narices, pero bueno, las clases de yoga nos ayudaban a llegar a fin de mes y, en cuanto a las visitas que venían gratis, yo sabía que a mi madre le encantaba recibirlas y que, si ellas no venían, nos tocaba salir a nosotros, que era mucho peor.

Digo nosotros porque mi madre solo salía si yo la acompañaba. En todas las demás cosas podía ser una viva la virgen, como decía el abuelo, pero eso lo llevaba a rajatabla: desde mi jamacuco, no quería que yo estuviera solo. Por eso, de vez en cuando me encontraba de plantón en una conferencia sobre el arte de la posmodernidad, o en un recital de música andina para recaudar fondos para no sé qué asociación de inmigrantes, o escuchando cómo la peluquera (la maldita que le había teñido el pelo) le hablaba en el bar de la esquina sobre los problemas con su hija adolescente. Lo peor fue el día en que tuve que tragarme cómo un tipo de manos interesantes le hablaba del poder curativo de la risa en un pub con muy poca luz y sofás plasticosos de esos llenos de botones (¿te he dicho que me dan grima los botones?). Le estuvo contando que la risa ayuda a superar el dolor físico, y que libera unas endorfinas que te hacen sentirte feliz, y que pone en movimiento cuatrocientos músculos de tu cuerpo y yo qué sé qué más. Después de la teoría pasaron a la práctica, y mi madre y el tipo acabaron riéndose a carcajadas de todo y de nada tan estruendosamente que todo el mundo los miraba. Algunos se pusieron a reír también porque mi madre tiene una risa muy contagiosa que suena un poco a relincho de caballo. Pero otros estaban molestos, y yo el que más, que no sabía dónde meterme y habría dado cualquier cosa porque se callaran. Ellos dos salieron del pub muy contentos y relajados,

pero a mí un rato después todavía me dolían las mandíbulas de tanto apretarlas.

Así que la siguiente vez que mi madre habló del tipo, me planté.

—Luis va a dar una sesión de sanación por la risa en su casa, vas a ver qué bien nos sienta.

—Ve tú sola, yo me quedo.

—No quiero que te quedes solo. Acuérdate de... del jamacuco.

—No me va a dar —gruñí, molesto.

—¡Pues claro que no te va a dar! Pero es igual. Solo no te quedas. ¿Por qué no te bajas donde doña Benita?

—Ni loco.

Doña Benita es la vecina de abajo. No para de hablar un momento y su casa apesta a pis de gato.

—Puedes llamar a quien quieras para que venga, un amigo de clase, por ejemplo.

—No tengo... —«amigos», iba a decir—, no tengo sus números de teléfono.

Suspiró.

—Bueno, pues solo no te quedas. Si tú no vienes, no salgo.

Se quitó las botas y se sentó en el sofá de brazos cruzados. Pero se notaba que tenía que hacer esfuerzos por no salir disparada. Dos veces miró de reojo su reloj, y al fin dijo:

—Carmen, la peluquera, tiene una sobrina jovencita que vive cerca y cuida niños en el barrio...

—Yo no soy un niño —gruñí.

—... Tengo anotado su teléfono por alguna parte... —me ignoró.

Y se fue derecha a la nevera, donde había un papelito pegado con un imán.

Estaba claro que había estado pensando en el tema, porque normalmente cuando «tiene anotado un teléfono por alguna parte», hay que poner la casa patas arriba para encontrarlo. Debía de tener muchas ganas de ver al de las manos interesantes, o de liberar las endorfinas esas. No tenía derecho a estropearle el plan. Así que me callé.

Susana se presentó en casa un rato más tarde. No sé si fue que mi madre tenía mucha prisa, o que quiso mencionar el asunto como tomándolo a broma (ya habrás visto que tiene un sentido del humor un poco especial), o un poco de cada. El caso es que le soltó en la puerta mismo:

–Acuérdate de lo que te dije por teléfono: si Gen no está contigo, ve a verlo de vez en cuando. No va a pasar, desde luego, pero si acaso de pronto se cayera al suelo tieso y le diera el tembleque, lo pones tumbado de lado y me llamas de inmediato al móvil.

En ese momento las odié a las dos, a mi madre por lo que acababa de decir y a Susana por escucharlo con esa cara de espanto. Creo que la pobre estuvo por salir corriendo, pero mi madre se le adelantó, y cerró la puerta de la calle tras ella mientras me enviaba un beso por el aire.

–Estoy de vuelta hacia las once. ¡Pasadlo bien!

–No hagas caso a mi madre –gruñí cuando recuperé el habla–. Eso que dice me pasó solo una vez, hace como año y medio. No tiene por qué pasar otra vez. Pero a ella le agobia dejarme solo.

–Ah –murmuró Susana.

Hasta entonces no me había atrevido a mirarla a la cara. Me alegré de que fuera más bien fea, y de que se moviera sin gracia. Me alegré de que se hubiera puesto colorada igual que yo y de que tartamudeara un poco al hablar. Si alguien tenía que conocer mi secreto, mejor que fuera alguien a quien no admirara mucho.

Creo que ahora sí ha llegado la hora de hablarte de mi jamacuco, aunque malditas las ganas que tengo. Mi madre lo llama jamacuco porque no le gusta decir «ataque epiléptico». Igual que no le gusta decir «depresión». A mí tampoco me gustan esas palabras, así que las evitamos y, si no hay más remedio, hablamos de mi jamacuco y de cuando mi madre está «en el hoyo». Lo que no es para nada llamar al pan, pan, pero eso es lo que hacemos y a la porra con las contradicciones.

Pues sí: tuve un episodio (así lo llaman, episodio, como si fuera de una serie de la tele) de epilepsia. Fue en Toledo, el día ese en que me quedé con mi madre en la cama y luego creí que se quemaba el tostador. Yo no me acuerdo de cómo pasó, pero debió de ser bastante feo. Recuerdo que fui corriendo a la cocina y vi que el tostador estaba apagado. Recuerdo que lo volví a encender, porque me dio como repugnancia mirar el pan tan blanco que salía por los agujeros (esa es una manía que nunca me había dado antes). Recuerdo que estaba descalzo y el suelo de la cocina estaba helado. Y luego no recuerdo nada más. Por lo visto perdí el sentido, y al caer me di con la esquina de un mueble y me hice una brecha. Mi madre me encontró en el suelo, temblando como un poseso, echando baba y con los ojos en blanco. Todo eso me lo contó ella después. También me contó que había sido nuestro tostador caprichoso quien le había avisado de que algo iba mal: esta vez sí que no saltó después de ponerlo yo, de modo que las tostadas empezaron a echar humo, y el humo llegó hasta la nariz de mi madre, y consiguió lo que yo no había conseguido: que se levantara.

Mi episodio debió de durar unos pocos minutos, pero cuando recuperé el sentido estaba molido. Enseguida me quedé dormido como un leño y me desperté en el hospital de Toledo, donde se pasaron varios días haciéndome pruebas. Mi sentido común me decía que buscaban algo malo, un tumor en el cerebro o algo así. Pero me resultaba difícil preocuparme por eso viendo a mi madre que, después de pasar varias semanas metida en su hoyo, de pronto parecía contenta, casi eufórica, como si estuviéramos en ese hospital por gusto pasando unas vacaciones. Creo que era una pose. Al final no me encontraron nada raro. Y solo cuando le dijeron que yo estaba bien, se puso a llorar a chorros, así es ella, que si

no la conociera sería como para mosquearse.

Un episodio de epilepsia sin más, dijo el neurólogo. ¿Las causas? Difíciles de determinar. ¿Se repetiría? Puede que sí, puede que no...

—¡Pues vaya! —saltó mi madre—. Para dar esas respuestas no hace falta ser neurólogo.

Y ahí mismo le dio al médico sus propias respuestas: mi jamacuco había sido como un grito de socorro, con el que yo le estaba pidiendo que reaccionara, que saliera del hoyo y que se ocupara de sí misma y de mí. En cuanto a si se iba a repetir, no iba a repetirse, porque ella había recibido el mensaje y no pensaba cometer dos veces el mismo error.

—Así que no se preocupe, que no volveremos por aquí a darle la tabarra, don Manolo —sacudió con mucha energía la mano del médico—. Hale, Gen, nos vamos a casa.

Nos fuimos a casa. Por el camino, mi madre me dio varios de sus achuchones y me comunicó que esos días en que había estado tan preocupada por mí, se había dado cuenta de que yo era su razón de vivir, y que ya no se le iba a olvidar más; lo que me pareció fenomenal, pero ya se podía haber esperado a que estuviéramos solos en lugar de decirlo delante del taxista.

En las semanas siguientes le dio ese ataque de energía vital del que te he hablado antes, que hizo que acabáramos mudándonos a Madrid. Se pasaba el día haciendo cosas, corriendo de aquí para allá con un taladro, una brocha, una bicicleta... y de pronto lo dejaba todo y se quedaba inmóvil un buen rato tumbada en el suelo, poniéndose en contacto con la energía del universo. Intentó que yo hiciera lo mismo, pero no resultó. Del yoga que me enseñó, lo único que me gustó fue que aprendí a aguantar un montón haciendo el pino con la cabeza. «Respirar» y «meditar» se me daba fatal. No conseguía ver el aura a nadie. Y cuando mi madre se ponía a hablarme de «cosas espirituales», la escuchaba un poco alucinado, sin entender mucho ni rechazar nada, porque para decir que algo es falso y rechazarlo, supongo que tienes que entender primero de qué va. Y yo, la verdad, me perdía cuando me hablaba de la energía cósmica que mueve el mundo, y de nuestra relación con esa energía, y de que esa energía cósmica es la «divinidad».

—¿Esa divinidad es el mismo Dios del que habla la abuela? —le pregunté una vez.

–Mmm... en cierto modo.

–¿Lo que tú llamas meditar se parece a rezar?

–Mmm... se parece a cierto tipo de oraciones.

¡Quién me lo iba a decir a mí! Cuando la abuela me llevaba de pequeño a rezar y a poner velas a la Virgen del manto azul, mi madre se enfadaba. Supersticiones, decía. Y ahora resultaba que las cosas en que creían una y otra no eran en el fondo tan distintas.

Otra cosa que nunca me ha quedado clara es si el tostador que dio el aviso a mi madre jugó un papel «espiritual» en ese episodio de nuestras vidas. Yo creo que se atascó sin más, pero si tengo el día raro, me da por pensar que quizá se atascó por influencia de mis poderes mentales inconscientes. O porque posee una especie de alma propia, aunque sea una pequeña alma electrodoméstica. Algo así debe de pensar mi madre, porque desde entonces le tomó tanto cariño al tostador, que nos lo llevamos a Madrid y todo a pesar de ser una carraca, y tenemos que vivir con la amenaza constante de un incendio.

Susana era la canguro ideal, siempre disponible. Apenas salía los fines de semana, así que solía venir aunque mi madre la avisara a última hora. Como era aún más tímida que yo, me sentía casi atrevido en su presencia. No tenía mucha conversación, que diría la abuela, y como yo tampoco soy muy charlatán, la mayor parte del tiempo no decíamos nada. Pero le gustaba jugar al ajedrez y echarme carreras de coches en el ordenador. Ese era el único rato en que se desmelenaba un poco, y hasta se le escapaba algún taco. No diré que lo pasábamos pipa, pero al menos dejó de molestarme que viniera.

Hasta que una tarde nos dio plantón a última hora. Y no cualquier tarde. Había inauguración en Avantgarde, y mi madre tenía que estar allí a toda costa. Ya se había puesto el sari indio de las ocasiones especiales, y hasta se había pintado un lunarón rojo en la frente, que no estaba yo muy seguro de que fuera a impresionar a León. Tuvimos la discusión de siempre, que me quedo solo, que solo no te quedas, que no me va a pasar nada, que por supuesto que no te va a pasar nada, pero aun así. Pues te acompaño, ni hablar con ese catarro que tienes, y además acabaremos a las tantas. Al final cedí, como siempre. Ya lo había dicho el médico, no tenía por qué darme otro ataque. Y mi madre había decretado que nunca más iba a darme un jamacuco. Pero aun así no se animaba a dejarme solo, ella que era una viva la virgen, y eso hacía que yo, que soy la persona más aprensiva que conozco, me volviera más aprensivo todavía. ¿Y si me daba el jamacuco? ¿Y si me caía al suelo y me abría la cabeza? ¿Y si me mordía la lengua durante el ataque? ¿Y si me ahogaba con mi propia sangre? (En mala hora había hecho una búsqueda intensiva en Google sobre la epilepsia). Mejor que viniera alguien, por mucho que me fastidiara.

Mi madre echó mano de su red de conocidos. Empezó a hacer llamadas y, a la cuarta o quinta, dio con Amalia.

Horror. En cuanto la vi en la puerta de casa, la reconocí. Iba a mi mismo colegio. Con un poco de mala suerte, el lunes todo el mundo sabría de mi nueva rareza, lo

que me faltaba. Me convertiría en Epi Tapita, o algo peor. La miré mejor. Se parecía mucho a una de cuarto, pero igual no era ella, no coincidimos mucho con los mayores y podía equivocarme... Pero no me equivocaba. En esta me había fijado bien porque era guapa y por el piercing en la nariz, pero, sobre todo, por el aura. Yo creo que era el aura lo que te hacía pensar que era tan guapa porque luego, cuando la mirabas más despacio quitando el aura de en medio, descubrías que tampoco era para tanto. Pero qué tonto soy, yo venga a hablar del aura y a lo mejor ni sabes lo que es. Es que mi madre saca a relucir el aura de la gente cada dos por tres, y ya me creo que es igual en todas partes. Te explico: por lo visto, el aura es un campo de energía que emite nuestro cuerpo y que lo rodea. Cuando tienes contacto con alguien, tu aura reacciona con la de esa persona. Si vuestras auras son compatibles, te sentirás atraído por ella; si no, la rechazarás. Las auras no se ven así, a simple vista, pero con un poco de entrenamiento puedes aprender a verlas. Son como un halo de luz de varios colores que rodea a la persona. Mi madre dice que ella sabe ver las auras de la gente y ha intentado enseñarme varias veces, pero yo debo de ser muy cazarro, porque nunca he visto ninguna así, con los ojos. En cambio me he acostumbrado a imaginarlas, es como un juego. En cuanto vi a Amalia, imaginé a su alrededor un aura brillante y naranja, que dice mi madre que es el color de la confianza en uno mismo y el optimismo. Porque las auras tienen distintos colores según la personalidad y el estado de ánimo de su dueño. Yo, esos días, cuando me miraba al espejo, me imaginaba rodeado por un aura un poco gris, aunque dice mi madre que no las hay de ese color.

Pero a lo que íbamos. Amalia entró en mi casa, acarreando un aura tan grande que casi no cabía por la puerta, con su arito colgando de la nariz, enseñando el ombligo y con unos vaqueros superapretados con cortes en las rodillas. Mi aura quedó toda espachurrada. Menos mal que enseguida apareció mi madre y le hizo un poco de sitio con su propia aura, que andaba por entonces muy gordita y también bastante anaranjada. Mi madre le dio a Amalia un par de besos muy efusivos, no sé si porque sus auras eran afines, o por lo aliviada que estaba de poder marcharse. Me dio un beso también a mí y, ya en la puerta, retrocedió para decir lo que yo tanto había temido:

—¡Ay, que tú eres nueva y aún no te he dicho lo de...! —su móvil sonó muy oportuno y la interrumpió—. ¡León! —miró la pantalla horrorizada—. Como se entere de que aún estoy en casa, me mata... ¡Me voy pitando! Explícale tú eso a Amelia... ¿Vale, mi vida?

La puerta se cerró y el aura de Amalia volvió a ocupar todo el salón.

—Es Amalia, no Amelia. ¿Qué tienes que explicarme? —preguntó.

Yo estuve unos instantes sopesando mis dos opciones: podía explicarle lo de las convulsiones, el babeo y los ojos en blanco, dejarla horrorizada y arriesgarme a convertirme en Epi Tapita. O podía dejarla que pensara que era un nene de mamá incapaz de quedarse solo en casa. Entre lo malo y lo peor, me quedé con lo malo.

—Nada —dije—. No importa.

Me miró ladeando un poco la cabeza, de modo que la melena, lisa y muy larga, le cayó sobre la cara.

—¿Quieres...? —se espantó el pelo de un cabezazo—. No sé... ¿Quieres jugar al parchís?

¡Al parchís! Claro, me tomaba por un nene. Para colmo, noté cómo se le hinchaban las aletas de la nariz, de contener el bostezo de aburrimiento que le causaba la idea de echar conmigo una partida de parchís.

—Estoy un poco crecidito para el parchís —dije muy digno—. También estoy un poco crecidito para tener una canguro, ya lo sé. Pero es que mi madre es una agonías. No se queda tranquila si me deja solo.

—A mí, mientras me paguen, me da lo mismo que tengas tres años o trece — Amalia se dejó caer en el sofá y miró su reloj—. Ya ha empezado Urgencias. ¿Te importa que ponga la tele? —y, antes siquiera de que contestara—: ¿Dónde está el mando?

Tuvimos que buscar el mando un buen rato, y eso que yo siempre lo dejo pegado a la tele, a la derecha, alineado con el borde del mueble, pero con mi madre no hay quien tenga las cosas en su sitio. Apareció bajo un cojín. Amalia buscó el canal que quería y pareció olvidarse de mí. Empujé la cortina de cuentas para irme a mi cuarto.

—¿No te quedas a verlo? —Amalia volvió la cabeza al oír el tintineo de la cortina—. Mola un montón.

—No sé qué es.

–Sí, hombre, es esa serie que trata de la sección de urgencias de un hospital... ¡Mira! Ya ha empezado.

Un niño con una pinta horrible, sin cejas, con toda la cara quemada, circulaba a todo trapo en una camilla, empujada por unos cuantos tipos que hablaban muy deprisa.

–¡... incendio en la calle 44!... ¡Llegan otros tres heridos!... ¡Niño de unos ocho años, consciente! ¡Quemaduras en el treinta por ciento del cuerpo!

–¿Cómo te llamas, tesoro? –preguntó una médica–. ¡Paul! Bonito nombre. No te preocupes, Paul, vas a ponerte bien. ¿Tu papá, dices?... Ya nos estamos ocupando de tu papá.

Y por la cara con que se miraron los que empujaban la camilla, ya sabías que el padre lo llevaba claro.

No sé en qué momento me senté en el sofá, ni para qué rayos me senté, porque la serie no me gustaba. El personal del hospital corría de un lado para otro y tan pronto llenaban de tubos al niño quemado como arreaban a un pobre viejo unas descargas eléctricas que lo hacían saltar por los aires, no sé si para reanimarlo o para matarlo del todo. Entre enfermo y enfermo, salían al pasillo y se peleaban, o ligaban, todo muy deprisa y sin dejar de decir cosas ingeniosas.

Decidí irme cuando el padre del niño quemado se murió («Hora del fallecimiento, 12:45», dijo el médico guapo), pero Amalia me retuvo sin mirarme siquiera.

–Sí, da pena, pero siempre es así. En cada programa hacen que se muera uno, para que sea como más de verdad, pero a cambio seguro que salvan al niño, qué te apuestas.

Me senté otro rato, pero antes de salvar al niño se dedicaron a hacerle perrerías a una pobre mujer.

–¡Puede ser una embolia de líquido amniótico! Cargad dopamina y dobutamina! ¡Coge otra vía!... El útero sangra demasiado... –¡Que si sangraba! Estaban todos chapoteando en sangre–. ¡Esto no me gusta nada! –A mí tampoco–. ¡Cuatro bolsas de concentrado de hematíes y seiscientos de plasma!... Creo que tendremos que hacer una histerectomía...

Amalia miraba la pantalla con una mezcla de asco y deleite, pero, en cuanto me levanté, atinó a retenerme por la manga sin despegar los ojos de la tele.

—¡Uf! Qué grima da cuando cortan con el bisturí, ¿verdad?

Total, que me encontré sentado de nuevo a su lado y ya no me moví de allí, y eso que, aparte de alguna exclamación cuando se veía sangre o alguna víscera, Amalia no me dirigió la palabra. Las tandas de anuncios las aprovechó para intercambiar mensajes de móvil con todo bicho viviente. Los anuncios me gustaron más que la película. Casi siempre me pasa.

Amalia se quedó dormida en el sofá al poco de empezar la serie policíaca que nos plantaron después. La tapé con la tela de los elefantes que, no sé si por ser de elefantes, me parece que tiene que abrigar más que las otras telas indias. Ahora que nadie me impedía irme a mi cuarto, no tenía ganas de marcharme, porque a Amalia dormida se le había quitado el aura y eso la hacía muy agradable de mirar, aunque le saliera un hilito de saliva por una esquina de la boca y ya no agitara su melena. Bajé la tele, pero no la quité, creo que por tener un pretexto para estar allí si se despertaba o llegaba mi madre. Amalia olía como si llevara un perfume fuerte y provocativo, de esos que usan las mujeres que se comen a los hombres crudos. Como el que acaban de anunciar en la tele (yo y mis anuncios). ¿Cómo se llamaba? Veneno... Obsesión... Pecado... Algo así, que sonaba malo pero tentador. Aunque bien pensado, creo que era más bien sudor.

12

Si es que soy bobo. Tonto de capirote, que diría la abuela. No sé qué me creía. Que Amalia y yo éramos íntimos porque habíamos visto juntos a unos carniceros en la tele hurgando los higadillos de la gente y me había tirado de la manga del jersey. El caso es que cuando nos cruzamos el lunes siguiente en el comedor del colegio, ni siquiera me reconoció. Ahí me quedé, con la mano alzada y una sonrisa boba en la boca, y ella pasó envuelta por su aura y la odié.

Así que no sé por qué demonios el viernes por la tarde hice aquello.

–Voy a llamar a Susana para mañana por la noche –me dijo mi madre.

Y yo le dije que mejor llamara a Amalia.

–A saber dónde está el número de Amalia –resopló mi madre.

–Yo te lo encuentro en un momento.

En un momento. ¡Ja! Tuve que revisar bolsillos, cajones, su monedero, y pasar revista a las docenas de papelitos que mi madre pega con imanes a la nevera. Había uno del tinte de un vestido que mi madre daba por perdido, y un reintegro de la lotería que se había olvidado de cobrar. Pero el número de Amalia no estaba allí. Apareció en el frutero, debajo de una pera pocha.

Mientras mi madre tecleaba los números, me puse a ordenar los imanes, que estaban puestos de cualquier forma. Puse cabeza arriba al pobre Bart Simpson y me imaginé rápidamente que Amalia no podía venir. Tenía una fiesta, iba a salir con amigos, celebraba el cumpleaños de su abuela... Sirvió. Poco después, mi madre se despedía:

–Estupendo. Hasta mañana entonces, Amelia... Amalia. A las nueve, ¿vale? ¡No me dejes colgada!

Cuando Amalia llegó esa noche, tenía el aura un poco maltrecha. Se lo noté enseguida, y mira que yo no soy nada bueno viendo auras. No traía cara de estar encantada de conocerse. Eso sí, cuando mi madre nos dejó solos, me miró con tan poco interés como la primera vez. Deseé con todas mis ganas que no me mencionara el parchís mientras le aleteaban los agujeros de la nariz. Y luego deseé que me pidiera jugar al parchís. Mejor jugar al parchís que verla ahí parada, abriendo cada vez más los ojos para impedir que se le rebosaran las lágrimas.

—¿Qué te pasa?

—¡A ti qué te importa! —respondió con un tono tan cortante como los bisturís de Urgencias.

—Es verdad, no es asunto mío —me excusé.

Entonces, las lágrimas le desbordaron los ojos y chorrearon por las mejillas, y se le corrió la raya negra que se había pintado, y yo no pude evitar pensar que era curioso que se hubiera pintado los ojos solo para venir a mi casa, y que a lo mejor yo no le importaba tan poco como parecía y se la había puesto por mí, y luego me dije que era un imbécil y que no debía pensar cosas así, primero porque eran absurdas y segundo porque si las pensaba acababa de golpe con las mínimas posibilidades que había de que fueran ciertas.

Aunque pensé todas esas cosas muy deprisa, cuando acabé de pensarlas, Amalia ya estaba en otra. Se había secado las lágrimas, se había sentado en el sofá y tecleaba un mensaje en su móvil con la fiereza con que lo haría una mujer que usa Obsesión, o Pecado o como se llame. Aunque, con los churretes negros, el efecto no era el mismo.

No es que yo sea un fisgón, pero como estaba sentada y me daba la espalda, lo tuve a huevo para ver que su mensaje decía:

Vete a la mierda.

Luego apagó el móvil y lo metió dentro de ese bolso canijo todo lleno de lentejuelas que parecía de la Barbie, y escondió el bolso debajo de un cojín, como si no quisiera acordarse de él. Pero vaya si se acordaba. Se pasó el resto de la noche levantando el cojín, sacando el móvil del bolso, encendiéndolo y apagándolo, y consultando la lista de mensajes y llamadas. Me dio la impresión

de que no recibir nada era para ella peor que el peor de los insultos.

Pero eso fue más tarde, por ahora la noche no había hecho más que empezar, y estábamos los dos frente a frente, ella en el sofá cruzada de brazos mirando la tele apagada, y yo de pie sin saber si debía dejarla tranquila o ayudarla un poco a pasar el mal trago.

—¿Quieres poner la tele? —no se me ocurrió nada mejor por mucho que le di vueltas—. A lo mejor ponen la serie esa que te gusta... Carniceros —me atreví a bromear.

—Urgencias —corrigió secamente—. No es hoy, es los viernes.

Igual hice un zapping por todos los canales, mirando su cara en vez de la pantalla, por si me hacía un signo de que le gustaba algún programa. Pero no hubo signo. Creo que llevaba dos pasadas con el mando cuando dijo, por fin:

—Lo único que me salvaba hoy es una película de horror. Lo mínimo, de asesinos psicópatas.

—Parece que de eso no hay... —objeté yo.

—En el videoclub de la plaza tienen —apuntó ella como quien no quiere la cosa.

—¿Quieres alquilarla?

—¡Pues sí que sería un negocio redondo! —exclamó—. Yo estoy aquí para sacarme unas pelás, no para gastarlas.

No sé por qué, ahí me tuve que poner colorado. Creo que me molestaba que me recordara que estaba conmigo por dinero.

—Si es que, si te pones a pensarlo, la cosa tendría hasta gracia —soltó una risa sarcástica, con agitado de melena incluido—. Estoy aquí porque quiero la pasta para salir con mi chico. Pero como estoy aquí, no puedo salir con él. Cuando se lo he dicho, se ha cabreado, ha dicho que pasaba de mí, fijo que ha llamado a otra. Así que yo, para que se me pase el disgusto, ahora voy a ir y voy a alquilar una película usando las pelás que quería para divertirme con mi chico. Genial, ¿verdad?

Me miró como si yo tuviera la culpa de sus problemas sentimentales. La verdad, yo mismo me sentí como si tuviera la culpa. Dime por qué, si no, acabé proponiendo:

–No te preocupes, yo alquilo la película si quieres.

–Pues vale –dijo ella. Y se quedó tan ancha.

De modo que fui y alquilé una película, que me tuve que hacer socio y todo porque mi madre y yo nunca pisamos un videoclub. Como yo no sé nada de películas de miedo, le pedí al chico que me aconsejase una buena de asesinos psicópatas.

–Llévate esta. Es un clásico –me dijo.

–El resplandor –Amalia dio un suspiro de decepción al verla–. Es más vieja que la tos. Y la he visto por lo menos tres veces.

Debí de poner una cara de disgusto muy gorda, porque enseguida dijo:

–Pero no te preocupes, igual me vale; hale, ponla. Jack Nicholson me daría miedo aunque lo viera todos los días. ¿Tienes palomitas? Y apaga la luz. Es mejor verla a oscuras.

Nos tragamos El resplandor enterito, y dos latas de aceitunas rellenas de anchoas, porque palomitas no había. Bueno, las aceitunas se las comió casi todas ella, porque se puso el plato sobre las piernas y a mí me daba vergüenza estirar la mano para cogerlas. Se notaba que Amalia había visto la peli, porque cuando iba a pasar algo truculento, se pegaba a mí y me daba unos pellizcos en el brazo que ni mi abuelo. En cierto modo me vino bien, porque así el hachazo o la mujer que de pronto se convertía en un cadáver medio descompuesto no me pillaban tan desprevenido. Y cuando Amalia se apartaba un poco para mirar si tenía mensajes en el móvil, sabía que no iba a pasar nada malo y respiraba tranquilo unos minutos. En esa escena en que se ve cómo sale sangre por las rendijas del ascensor, dijo que tenía que ir al baño y oí que llegaban de allí unos ruidos bastante feos, como si vomitara. Por un momento pensé que se había descompuesto de ver tanta sangre, pero debía de ser más bien un entripado de aceitunas porque a la vuelta me hizo poner otra vez la parte que se había perdido.

La película no me gustó nada, te daba claustrofobia y era una pasada de

truculenta. Pero en los días siguientes, cada vez que me imaginaba a Jack Nicholson sacando esa cara de bestia por la puerta que acababa de romper con el hacha, me entraba un calorcito por dentro que, la verdad, no venía muy a cuento. Acabé pensando si yo mismo no sería un poco psicópata.

Empecé a desear que mi madre saliera, porque así veía a Amalia, y de paso sabía que Amalia no veía al tío ese. Es que a mí me daba cien patadas, aunque nunca lo había visto. No me hacía falta verlo para saber que era un cerdo. Lo sospeché el primer día que hizo llorar a Amalia (que no sería el último) y lo comprobé cuando, sin querer queriendo, leí unos cuantos de esos mensajes que intercambiaba todo el rato con Amalia. Ese día ella llevaba un buen rato tecleando, inclinada sobre su móvil, con la cortina de pelo echada ocultándole la cara.

—¿Es que no utilizas el diccionario? —le pregunté.

—¿Qué diccionario? —sacó la nariz por la cortina.

—Seguro que tu móvil tiene un diccionario. Si lo activas, te basta darle una sola vez a cada tecla para escribir una palabra, porque el diccionario te reconoce por la secuencia de teclas la palabra a la que te refieres.

—No entiendo...

—Déjame.

Buscando el diccionario de su móvil fue como, sin querer queriendo, entré en su lista de mensajes recibidos. Me quedé turulato. Por lo visto, el tipo era de la escuela de mi madre: al pan, pan, y al vino, vino. Tan pronto le quería morder una oreja y otras cosas que me puse colorado de solo leerlas, como la llamaba hortera o pesada o le decía que no se pusiera los pantalones que le hacían el culo gordo. Me pareció increíble que una chica como ella, digna de usar perfume Obsesión (o Pecado, o Tentación), aguantara a un cretino como aquel. Y no me extrañó nada que el aura se le viera cada día más pequeña.

—¿Qué? ¿Lo encuentras? —se impacientó Amalia.

—Sí, sí, aquí está. Vas a ver...

Le enseñé cómo se usaba el diccionario. Y cuando estábamos así bien cerca, con las cabezas juntas sobre la pantalla del teléfono, se quedó mirándome, yo creí que a los ojos, y soltó:

–Oye, ¿quieres que te explote ese grano?

Entonces me di cuenta de que me miraba la nariz, y una espinilla que tenía allí desde hacía un par de días.

Me ardió la cara.

–Está a puntito para explotar –insistió.

–No, gracias... –murmuré yo.

Y ella se echó a reír.

–Si es que me encanta explotar granos –dijo–. Y de pequeña, que siempre tenía heridas en las rodillas, me encantaba arrancarme las costras. Aunque me hiciera daño. Que soy un poco morbosilla, vaya. Una vez me corté con una cuchilla de afeitar de mi padre solo por ver la sangre. No fue mucho, pero aún tengo aquí la cicatriz –me mostró una línea blanca en un brazo–. Supongo que por eso será lo de las películas de horror. Me horrorizan y me encantan, todo a la vez. Yo soy de las que, si hay un accidente, se ponen en primera fila para no perderse nada...

Me debía de haber quedado mirándola con cara de espanto, porque se interrumpió para decir:

–Tampoco me mires así, oyes, que no soy un monstruo. La gente que sufre me da tanta pena como a la que más. Además, cada uno tiene sus manías, seguro que tú también tienes las tuyas, ¿no? ¡Confiesa!

«Confiesa». Era la primera vez que se interesaba directamente por algo que tuviera que ver conmigo. Mi sangre, que apenas había tenido tiempo de volver a su sitio después de lo del grano, subió otra vez a mi cabeza, pero más que de gusto fue de vergüenza. Porque me había puesto a pensar en todas las manías y rarezas que podría confesarle a Amalia. Uno: que tenía la cabeza llena de ideas catastróficas. Dos: que algunas noches me levantaba cuatro y cinco veces a comprobar que todo estaba en orden en la casa: las velas apagadas, el gas cerrado, el tostador desenchufado, mi madre durmiendo en el sofá boca arriba y

roncando un poquito. Tres: que en cualquier momento podía caerme al suelo tieso y tener convulsiones... Aunque, quién sabe, a lo mejor eso hasta le gustaba.

Igual tampoco llegué a contarle nada porque en esas su teléfono soltó un pipip y, mientras ella leía en la pantalla la última cerdada de su chico, pensé que lo mejor era callar mis puntos flacos. Estaba claro que a Amalia le gustaban los tipos duros como el cretino, que seguramente no habría tenido una sola idea catastrófica ni una convulsión en toda su triunfal existencia.

Ese día, Amalia volvió a venir con el aura tocada, así que le alquilé Alien, que el chico del videoclub me dijo que aunque no salían asesinos psicópatas, te cagabas de miedo y era otro clásico. Amalia había visto Alien III o IV, o XIV, o no sé qué número, pero no había visto esta, así que nos pegamos el susto los dos juntos cuando a uno de los astronautas se le desgarró de pronto el pecho y le salió de dentro el monstruo asqueroso ese. Por un momento, Amalia dejó de comer patatas fritas (se me había olvidado comprar palomitas) para agarrarse a mi brazo, y tardó un buen rato en volver a su ritmo normal de papeo. Claro que luego recuperó el tiempo perdido y logró vaciar la bolsa hacia la mitad de la película. La estrujó, se limpió la grasilla en los pantalones y dijo que iba al baño. Llevaba allí un buen rato cuando sonó su móvil, que estaba en algún sitio bajo los almohadones. Apenas me había dado tiempo a encender la luz para buscarlo cuando apareció ella corriendo y lo contestó. Tenía los ojos rojos y gotitas de sudor en la frente, y estaba muy blanca; me prometí a mí mismo no sacar nada de picar la próxima vez que viniera.

Era él, lo supe enseguida porque Amalia echó la cortina de pelo y empezó a hablar en un tono bajo y meloso que no le conocía.

—Sí... Hasta las once como pronto no salgo, y después directa a casa, se lo he prometido a mi ma... ¿Qué? No, ni hablar. Qué cosas se te ocurren... —Risitas—. No, no puedo. No me parece... —Yo había vuelto a apagar la luz, pero me parecía que me dirigía miraditas de reojo—. Bueno, mira, no sé, le voy a preguntar... Ahora te llamo. Sí, chao.

Para cuando colgó, solo quedaban tres astronautas vivos en la nave, o quizá menos, porque la comandante Ripley, que estaba sola, acababa de oír unos alaridos estremecedores que llegaban de alguna parte de la nave, y ya sabes lo que pasa cuando hay alaridos estremecedores en este tipo de películas. Pero Amalia no parecía muy interesada. Bajó el volumen de los gritos con el mando y empezó a decirme que si estuviera en otra casa no se atrevería a pedirlo, pero que en la mía era distinto porque yo era un tío tan majo y mi madre tan así, tan enrollada, pues que pensaba que no nos parecería mal que su chico, que por

casualidad estaba justo abajo, pues que subiera un ratito a verla.

La comandante Ripley descubrió los cuerpos masacrados de sus dos compañeros... Y yo... ¿qué le iba a contestar a Amalia, si cuando estábamos en la misma habitación me espachurraba el aura y me dejaba sin voluntad? Pues que sí, que subiera. Y subió.

—¿Qué pasa, chaval? —cruzó la puerta casi sin mirarme. Llegó hasta Amalia y le aplicó un beso de tornillo, que se terminó solo porque ella se apartó; fue la primera vez que la vi cortada.

Me lo había imaginado mil veces, poniéndome en lo peor, como hago siempre: un guaperas cachas, de voz ronca, de esos que hacen snowboard en invierno y surf en verano y están siempre morenos, y que fuman rubio y les sientan bien las camisetas. En lo único que acerté fue en que fumaba.

Por lo demás, era mucho peor de lo que había imaginado, pero peor tirando en la dirección contraria. Se comportaba como un chulito de barrio aunque tenía el cuerpo de un espárrago. De músculo nada, y apenas me sacaba media cabeza. Tenía la cara chupada y los ojos guiñados en una expresión como de malo de película de segunda fila. De espinillas andaba todavía mejor servido que yo, aunque supongo que eso para Amalia era más una cualidad que un defecto.

Tendría que haberme alegrado. Con un rival así, mis posibilidades con Amalia pasaban de nulas a simplemente escasas. En cambio lo sentí por ella, y en ese momento casi la quise un poco menos por haber ido a escoger a ese tío lamentable. ¿Qué le veía? ¿Dónde estaba su aura? Debía de ser enorme porque, nada más entrar, había hecho desaparecer la de Amalia. Pero yo no la veía por ninguna parte. Solo veía a un cretino que se dejaba caer sobre el sofá, arrastrando con él a Amalia, mientras me decía:

—¿Tendrás un par de birritas por ahí?

—¿Eh?

—Que si tienes unas cervezas, chaval.

—No... Nunca tenemos alcohol en casa.

Dio un resoplido despectivo, pero igual se tuvo que contentar con una coca-cola, que bebió a morro sin darme las gracias, durante mucho rato seguido, hasta que le rebosó por la barbilla y fue a caer en la tela de los elefantes. Y, no sé, a lo mejor pensé eso por la rabia que le tenía, pero me pareció que estaba imitando algo que había visto en un anuncio o una película de tipos duros. Luego se secó la boca con la mano y se me quedó mirando. Me había sentado en un cojín en el suelo, para dejarles a ellos el sofá.

—Ahora te abres un rato, ¿vale, chaval?

Le iba a decir que se abriera él, que esa era mi casa, porque a mí pueden darme miedo las ideas catastróficas, pero no los chulitos de cuarta. Pero Amalia me lanzó una mirada suplicante y volví a hacer, como siempre hacía, lo que ella quería, pero esta vez no por el poder de seducción de su aura, o lo que fuera, sino porque me daba pena.

Ya en mi cuarto, me quité el jersey; estaba sudando. Al ir a guardarlo, vi que el estante de los jerséis estaba desordenado; los esparcí de un manotazo por el suelo y los ordené, y cuando acabé ordené las camisetas, y luego los calzoncillos y los calcetines, todo para no pensar en lo que podía estar pasando en ese salón. Luego pensé que debería pensarlo para conjurarlo y que no pasara en realidad, e ideas no me faltaban, que solo tenía que acordarme de los mensajitos del cretino en el móvil de Amalia. Me entró el morbo, como a Amalia cuando veía un accidente, y estuve a punto de salir a espiarlos.

Al final me contuve y no salí, aunque mejor que hubiera salido. Y, naturalmente, las cosas ocurrieron de una manera diferente a como yo las estaba imaginando, aunque igualmente catastrófica.

Ya había ordenado todo mi armario, y esos dos seguían en el salón. Me puse a hacer flexiones de brazos, solo por hacer algo, por cansarme, porque las flexiones en sí ya no tenían sentido. Esa es otra de esas cosas que no te contaría si nos conociéramos: desde que conocía a Amalia, había empezado a hacer flexiones todos los días en mi cuarto, para tener unos brazos de tío en vez de esos huesos de pollo que yo tengo. Llevaba ya veinte flexiones, que era mi récord, y aunque resoplaba como una locomotora, no tenía intención de parar, y eso que ya, ¿para qué? Ahora sabía que a Amalia le gustaba uno con los brazos tan escuálidos como los míos.

Sentí el olorcillo dulzón, pero pensé que Amalia y el cretino habrían encendido una barrita de incienso de las de mi madre. La puerta de la calle no la oí, supongo que por mis resoplidos. En cambio, los gritos de mi madre los escuché enseguida, ¡como para no oírlos!

—¿Y este quién es?... Pero ¿qué os habéis creído?... ¡Yo no te pago para que te fumes porros en mi casa con tu novio! ¡Te pago para que vigiles a mi hijo! ¿Dónde está?... ¡Gen!... Encima no te creas que soy tonta, nena. ¡Si apesta a marihuana desde el portal!... ¡Si eso no es un porro, yo soy santa Teresa de Jesús!

En el salón estaba todo el mundo tan ocupado por sus propios asuntos, que nadie se sorprendió al verme aparecer descamisado, colorado y sudando a chorros. Amalia tartamudeaba excusas, mi madre agitaba en el aire el cuerpo del delito, que echaba humo como el botafumeiro de la catedral de Santiago, y el cretino iba reculando hacia la puerta con una sonrisilla en los labios que pretendía hacer menos humillante su retirada, pero que resultaba un poco lela, a lo mejor por los efectos de la marihuana.

—Joder, cómo se ha puesto la vieja por un porrito —dijo antes de desaparecer. Y si te crees que esperó a Amalia, es que todavía no te has dado cuenta del mal bicho que era aquel.

A mí también me extrañó que mi madre se cabreara tanto por un porrito. Yo la había sorprendido varias veces fumando cigarrillos que olían parecido en nuestro jardín de Toledo. Tampoco era de las que se escandalizan porque una pareja se dé el lote en su sofá. Y sin embargo, ahí seguía, echándole a la pobre Amalia una bronca monumental:

—... Pero lo que de verdad me enfada es tu irresponsabilidad —decía ahora—. Si a Gen le llega a dar el jamacuco, ni siquiera te habrías enterado.

Conque era eso. Debería haberle aclarado a mi madre que Amalia no sabía nada de mi jamacuco. Pero me callé para que siguiera sin saberlo.

—¡No quiero volver a verte por aquí! —continuó mi madre—. En cuanto a lo de tu ligue y el porro, tendré que contárselo a tus padres.

Amalia se echó a llorar:

—¡A mis padres no, por favor! Ya sé que he hecho una tontería muy gorda, pero ¿tú no hacías tonterías a mi edad? Tú eres una tía enrollada, pero mis padres... mis padres son otra cosa, no entienden nada. Si se enteran de que he estado fumando, me... me meten en una clínica de desintoxicación. Y si saben que sigo viendo a Carlos, peor. ¡Igual me mandan a un convento!

Cuando oyó lo del convento, mi madre dejó de gritar y por un momento hasta pensé que iba a sonreír, pero enseguida se puso seria de nuevo.

—Mira, Amelia, yo tengo el deber de informar a tus padres. Si no lo hago, estoy ocultándoles la verdad.

—¿Y eso qué tiene de malo? ¡Si es lo mejor para ellos y para mí! Yo me paso la vida ocultándoles la verdad. Y estoy segura de que ellos prefieren no saberla. Si supieran la mitad de las cosas que hago, les daría un síncope. Y a mí otro si tuviera que vivir como ellos quieren.

Mi madre guardó silencio unos momentos, y supongo que eso sirvió para dar más efecto a sus palabras:

—Pues eso es muy triste —dijo.

—Puede que sí —repuso Amalia—, pero si les cuentas lo de esta noche, se va a

volver trágico.

En vez de contestar, mi madre se sentó en la alfombra en la postura del loto, cerró los ojos y empezó a respirar hondo y despacio, como si estuviera sola.

Amalia la miró alucinada unos momentos y luego me preguntó en voz baja:

—¿Qué le pasa?

Yo le dije que hacía eso siempre que perdía los nervios, para calmarse.

—¿Va a estar mucho tiempo así? —susurró.

Yo le dije que seguramente once minutos, porque el once es el número de la luna en numerología y por eso es el más adecuado para estimular el aura.

Amalia empezó a retroceder hacia la puerta, pensando seguramente que yo estaba igual de pirado que mi madre.

—Bueno, pues... me voy. De verdad que siento todo esto... lo siento mucho, joé... Bueno... adiós.

Se fue.

Mientras mi madre seguía desconectada del mundo, me acerqué a la ventana, para ver si el cretino había esperado a Amalia. Me gustó ver que se iba sola, pero enseguida me preocupé, porque era tarde y ya no había nadie por la calle. La acompañé mentalmente hasta su casa, que estaba en la siguiente manzana, y me imaginé que la asaltaban, para estar seguro así de que llegaría sana y salva.

A mi madre le ahorré el dilema. No digo que lo hiciera por eso, pero igual le hice un favor. Ya sabía que iba a estar dándole vueltas a si debía o no llamar a los padres de Amalia. Así que hice desaparecer de su sitio (bajo el imán de Bart Simpson enseñando el culo) el papelito con su teléfono.

Cuando preguntó por el número, yo dije que no lo había visto, hasta hice como que lo buscaba un rato y ahí quedó todo. Me sentí un poco mal, la verdad. Se supone que mi madre y yo no nos mentimos o, como diría ella, solo nos mentimos en caso de fuerza mayor. Pensé que me iba a notar la mentira con ese sexto sentido que dice que tiene para captar lo que no está a la vista. Pero no notó nada.

Me hice el encontradizo en el colegio. Me planté en un extremo del pasillo por donde tenía que pasar Amalia y, cuando la vi aparecer por el lado opuesto, eché a andar hacia ella. Habría preferido que estuviera sola, pero eso era pedir peras al olmo, claro. Ella nunca va sola. Solo la había visto ir sola dos noches atrás, cuando la espiaba desde mi ventana. Entonces iba más que sola. Abandonada. Pero ahora la rodeaban dos chicos, y se ve que llevaba el aura puesta, porque los dos competían por llamar su atención, por hacerla reír. Parecían dos perritos haciendo cabriolas alrededor de su ama. Me vio perfectamente, pero apartó la mirada y se echó a reír demasiado fuerte del chiste de uno de sus perrillos, de modo que la melena le tapaba la cara cuando nos cruzamos.

—¡Amalia!

No tuvo más narices que mirarme, porque sus dos compañeros se habían vuelto al oír mi voz, casi un grito.

—Nada, que no te preocupes por la llamada. Mi madre no va a llamar a tu casa.

Seguí de largo sin esperar su reacción, me pareció que quedaba como más digno,

después de que ella me había hecho el vacío. O a lo mejor tuve la esperanza de que me llamara para retenerme, no sé. Si era eso, me quedé con las ganas.

«No entiendo qué le ves a esa tía, no vale nada». Seguro que eso es lo que estás pensando. Seguro que eso es lo que me habría dicho un amigo, si yo hubiera tenido por entonces amigos en Madrid. O mi madre, si le hubiera hablado de este asunto a mi madre. Pero no tenía malditas ganas de decirle a mi madre que estaba colgado por Amalia, la única persona a la que había echado de casa en su vida, así que pasé de esa norma suya que dice que tenemos que contárnoslo todo.

Por eso, aquella tarde, cuando me tumbé en la cama a la vuelta del cole, solo me tenía a mí mismo para convencerme de lo poco que valía Amalia. Para empezar, la recordé con el aura por los suelos, dejándose manejar por ese cretino, llorándole a mi madre. Pero no por eso me gustaba menos, qué cosa absurda es el amor. Empecé una lista mental de todos sus defectos: morbosa era un rato morbosa; se lo tenía muy creído; se vestía como una fulana; usaba bolsitos de la Barbie, y si ahora no tenía el culo gordo, como opinaba el cretino, seguro que en unos cuantos años lo tendría, y a ver entonces quién reía el último. Además, lo que era mucho más grave que todo lo anterior: era ingrata, ingrata, ingrata, ingrata... hasta decir basta. La había librado de entrar en un convento, o poco menos, y me lo había agradecido escondiéndose de mí tras su cortina de pelo... Me imaginé que apartaba la cortina, que era muy suave y olía a Obsesión, o Tentación, o Pecado... y detrás estaban sus ojos de tigresa sonriéndome. Ahí toda la lista se me desbarató y tuve que hacer treinta flexiones de brazos.

Al día siguiente fui yo quien la ignoró cuando coincidimos en mesas cercanas en el comedor. Pero como no tengo cortina de pelo, ni dignidad, ni nada, bastó con que insistiera un poco con sus ojos de tigresa para que al final levantara los míos (de borrego). Entonces me sonrió y me saludó con la mano. Eso bastó para que se derritiera mi capa de tipo duro y pasota y se me alegrara el día. Más tarde, cuando se me pasaron los efectos idiotizantes de su sonrisa, me dije que no significaba nada. Que le había picado que la ignorase y había querido poner a prueba conmigo su poder de seducción.

En los siguientes días hubo de todo. A veces pasábamos muy cerca y no me veía; otras, en cambio, se fijaba en mí en medio de un montón de gente y me sonreía. Alguna vez incluso me dedicó una frase completa: «¿Qué pasa, Gen?». Más de

uno de la clase se quedó admirado de que conociera mi nombre una de cuarto.
Mi humor del día completo dependía de si me había mirado o no, de si me había
sonreído o no.

Viernes por la noche. A las diez en punto me planté frente a la tele para ver Urgencias. Seguía sin gustarme, tampoco me había vuelto tarumba del todo, pero pensaba que Amalia lo estaría viendo y, si lo veíamos a la vez, se establecería una especie de lazo entre los dos (aunque estuviese hecho con los intestinos del paciente de turno).

Acababa de empezar cuando llamó por teléfono Cuca, hecha polvo. Se acababa de pelear con León, a lo bestia. Que si podía venir y pasar la noche en nuestra casa. O sea, en su casa, porque el piso era suyo. En un primer momento me dio más rabia que pena, la verdad por delante. Si Cuca se plantaba en nuestro (su) salón con sus penas, adiós Urgencias.

—Pobre —suspiró mi madre cuando colgó—. Está destrozada. Y eso que no sabe de la misa la media. Menudo pájaro es el León. Pase que se dedique a vender mamarrachadas a precio de oro, pase que esté de pelotera con Cuca un día sí y otro también...

En la tele, un cirujano sostenía un corazón en la mano, me imaginé la cara de Amalia en su casa.

—... Pero lo que ella no sabe es que el tío anda ahora por ahí con una chiquilina que podría ser su hija... Y no la trata precisamente como a una hija. Debería decírselo a Cuca, pero le va a doler tanto...

Claro que ¿qué iba a hacer Amalia en casa un viernes por la noche? Fijo que estaba con su cretino, y no viendo la tele.

—... Además, que si lo manda al cuerno, ya puedo decir adiós a mi curro —seguía mi madre—. No me hago ilusiones. Ya sé que León no me ha contratado por mis conocimientos del arte de vanguardia, sino por tener contenta a Cuca... ¡Y el piso! Si se separan, igual Cuca quiere volver a vivir aquí, y nos tocará ir a dormir bajo un puente... ¡Ay, qué dilema! ¿Qué hago, Gen? ¿Aplico mis principios o intento vivir con mis contradicciones?

—¡Y yo qué sé, joé! —salté—. No soy un psicólogo, ni un cura, y tengo trece años. ¿Te enteras?

Hasta yo me sorprendí de mi arranque de genio. Yo no soy así.

Mi madre me miró como a un bicho raro y al cabo de unos momentos declaró, no sé si en serio o en broma:

—Deberías tomarte en serio lo del yoga, Gen.

Y entonces llamó a la puerta Cuca. La verdad es que tenía muy mala cara. Ahí sí sentí pena por ella, y por mí y, ya puestos, por los millones de desgraciados que en ese momento sufríamos mal de amores en el mundo.

El cirujano metió el corazón en una caja, creo que era una neverita, y cortaron para los anuncios.

Me encerré en mi cuarto y me hice unas cuantas flexiones de brazos. Luego me tumbé en la cama y oí a medias cómo en el salón mi madre decidía vivir según sus principios y, ya sé que no suena muy solidario, pero, arrullado por el murmullo de su voz, me quedé medio dormido.

—¡Cuca, sal de ahí! Cuca, ¿qué haces? Sal, mujer, que ese fresco no se lo merece...

Los gritos de mi madre me espabilaron de golpe. La encontré golpeando la puerta del baño.

—¡Mira que echo la puerta abajo! ¡Contéstame! ¡Di algo!

Ya me vas conociendo. Me puse catastrófico. Empecé a buscar algo con que forzar la puerta mientras, como medida de precaución, me imaginaba a Cuca ahogada en la bañera con las venas abiertas, que me había dicho la morbosilla de Amalia días atrás, no sé muy bien a santo de qué, que era la manera más dulce de suicidarse: te metes en un baño de agua caliente y te haces unos cortecitos, apenas mayores que el que se hizo ella con la cuchilla de su padre, pero en las

muñecas, y la sangre va fluyendo poco a poco y tiñendo el agua de rosa, pero tú apenas te enteras porque te está entrando un sopor dulce, y te dejas ir al fondo de la bañera, gluglú gluglú, y se acabó.

Me quedé horrorizado. De mí mismo y de Cuca. De mí, porque me estaba volviendo tan morboso como Amalia. Y de Cuca, porque parecía mentira que una mujer inteligente como ella fuera capaz de matarse por un cretino. Un suicidio, que es una de las cosas más trágicas que existen, se volvía casi ridículo si el motivo era un payaso como León.

Por suerte, cuando estaba a punto de desbarrar del todo, me acordé de que nada de eso había ocurrido más que en mi imaginación. Además encontré un destornillador en la estantería del salón y, cuando lo empuñaba para forzar no sabía cómo la puerta del baño, esta se abrió sola y salió Cuca, con los ojos todos gordos a fuerza de llorar, pero peinada, pintada y hasta perfumada, con un perfume que olía empalagoso y, si eso es posible, un poco triste, y que se habría podido llamar Nostalgia, Otoño o algo parecido.

–Me muero de hambre –dijo Cuca con una sonrisa toda roja–. ¿Encargamos una pizza?

Se empeñó en pedir la de peperoni picante, no sé para qué, si luego ni la probó.

«Los caminos del Señor son indescifrables», que diría mi abuela. O «nada ocurre porque sí», que diría mi madre: hizo falta que Cuca rompiera con León para que mis abuelos se fueran finalmente de vacaciones. Te explico: a la mañana siguiente, mi madre se pasó por el ático que compartían León y Cuca, porque Cuca necesitaba ropa y algunas otras cosas y no quería poner los pies allí.

Mucho ático de lujo y mucho rollo, pero el ascensor era una carraca. Cuando mi madre bajaba con las cosas de Cuca, se quedó atascado entre dos pisos.

—¡Casi media hora nos han tenido! Si llego a estar sola, me da algo —me contó luego—. Pero el algo le ha dado a una pobre señora que iba conmigo, y eso me ha tenido tan ocupada que me he olvidado del resto. Estaba totalmente histérica, venga a gritar y a dar golpes y a decir que le faltaba el aire. Pero al final he logrado que se tranquilizara con unos cuantos ejercicios de respiración y le he dado un masajito en la espalda que la ha dejado como nueva. Cuando nos han sacado, me ha invitado a un café con un pincho de tortilla, de una cosa hemos pasado a otra y... ¡adivina qué!

—¿Qué?

—Que voy a mandar a los abuelos de vacaciones.

—¿Quéeee?

—Sí. Leonor se va a ocupar de todo.

—¿Quién es Leonor?

—Pues la del ascensor, quién va a ser. Resulta que lleva lo de los viajes para mayores en el ministerio, y le he hablado de los abuelos, y dice que me los va a colar en algún viaje. El viernes cuando venga a yoga... porque se ha apuntado a yoga, ¿sabes?, me va a decir para dónde quedan plazas y me trae los formularios, y los mandamos a la playa de cabeza.

–¡Pero si dicen que no quieren ir!

–Eso es lo que pasa cuando la gente no dice abiertamente lo que piensa, ¿ves? Que los demás lo tenemos que adivinar. La abuela se muere de ganas, eso está claro. Y al abuelo le sentará de miedo, por mucho que él no quiera reconocerlo. Se lo voy a dar todo hecho y no podrán negarse.

–¿No deberías preguntarles antes?

–Mira, Gen, en este mundo, las cosas no ocurren por casualidad. Si te quedas encerrada en un ascensor con una mandamás del Imverso, eso quiere decir algo. Quiere decir que el destino te está ofreciendo una oportunidad, y las oportunidades hay que agarrarlas por los pelos. El destino ha puesto a Leonor en mi camino para que mande a los abuelos de vacaciones, y me ha puesto a mí en el camino de Leonor para que la enseñe a relajarse, que esa mujer vive tan tensa que da calambre tocarla. Lo que se dice un encuentro aprovechado.

–¿Y si es verdad que el abuelo prefiere quedarse cuidando de sus uvas y que la abuela prefiere estar en su casa cocinando y limpiando?

–¿Cómo pueden saberlo si nunca han hecho otra cosa en su vida? –replicó ella–. Además, si es así, a la vuelta del viaje se sentirán más felices todavía, porque habrán comprobado que en ningún sitio se está mejor que en su propia casa, ¿no?

Cuando a mi madre se le mete algo en la cabeza, no vale la pena discutir.

Así fue como los abuelos acabaron yendo a Mallorca.

Al principio, el abuelo se puso como una fiera y dijo que ni hablar, que si sus responsabilidades, que si las viñas, que si la helada, que si los conejos, que si las gallinas, que si el canario. Pero su vecino Teófilo, con el que está siempre regañando, se ofreció a ocuparse de todo durante la semana de vacaciones. Ahí mi abuelo se enfadó más todavía y dijo que Teófilo lo hacía para fastidiarlo y que no tuviera más remedio que irse a Mallorca.

–¡Esto es un complot! –gruñó–. Que conste que voy contra mi voluntad. Pero eso sí: no pienso hacer el ridículo poniéndome una gorra de visera y

pantaloncitos cortos.

—Me parece muy sensato —dijo la abuela.

El viaje era en enero.

El abuelo hizo prometer a mi madre que iríamos al pueblo una vez durante su ausencia, el fin de semana, para supervisar, porque no se fiaba un pelo de Teófilo. Y luego me hizo prometer a mí que supervisaría a mi madre, porque no se fiaba un pelo de ella. Los abuelos salieron un miércoles. El viernes, nada más terminar la clase de yoga, mi madre y yo nos iríamos al pueblo.

Pero, cómo no, surgieron imprevistos. Con mi madre siempre surgen imprevistos. Yo no digo que sea del todo culpa suya, pero con ella nada se puede hacer como estaba planeado. Vale, no fue cosa de mi madre que a Lola le diera por romper aguas en el salón durante la clase de yoga. Y entiendo hasta cierto punto que se ofreciera a acompañarla al hospital. Pero no veo por qué tuvimos que esperar a que llegara la hermana, que vivía en San Sebastián de los Reyes, ahí es nada, y debió de venir andando, porque para cuando apareció ya había nacido el bebé (9:55 de la noche, 3,550 kilos de peso), y mi madre, que fue la que acompañó a Lola en el paritorio, lo tenía en brazos y se la veía tan contenta como si lo hubiera parido ella.

—¡Ha sido un parto precioso! —exclamó mi madre.

Y yo, que estaba agotado, furioso y muerto de hambre, me tragué lo que pensaba de tanta belleza, porque ya tengo mucha experiencia en imprevistos de este tipo con mi madre. El mal ya estaba hecho (cinco horas de plantón en el hospital) y, si me ponía a quejarme, acabaría sintiéndome como un cerdo egoísta. De modo que solo gruñí:

—¿Podemos irnos ya a casa?

—Sí... Digo, ¡no! Como teníamos pensado salir para el pueblo, se la he prestado a unos amigos para el fin de semana...

—¿Qué amigos?

—Pues... no los conozco. En realidad son amigos de unos amigos —miró la hora—. Ya deben de estar allí. Será mejor que nos vayamos directamente a casa de los

abuelos.

–¡Si son las diez y pico!

–Mejor, así no habrá tráfico –dijo mi madre, que es única mirando el lado bueno de las cosas.

¡Qué cabreo tenía! Después del plantón en el hospital, ahora no podía dormir en mi propia casa porque mi madre se la había prestado a unos... amigos de unos amigos. Siempre igual. Estaba harto de que mi madre fuera generosa con los extraños a costa mía.

Me puse el cinturón, me crucé de brazos y bajé la cabeza. Mi madre llama a eso mi posición de embestir. Intentó congraciarse conmigo comprándome una bolsa de bocabits y una fanta en una gasolinera de la autopista, pero ni por esas. Llevábamos más de medio camino y yo no había abierto la boca más que para comer. Si hablé al final fue porque sonó el móvil de mi madre. Lo saqué de su bolso y eché un vistazo.

—León —gruñí.

—Dile... No, espera, pásamelo.

Iba a regañarla por hablar al volante, ya le habían puesto una multa una vez, pero estaba demasiado enfadado para ir dando consejitos. Que le pusieran otra, así aprendería.

—León... Estoy en la carretera, no sé si ahora es el mejor momento...

Volví a mi posición de embestir y me dediqué a vivir mi cabreo a fondo. Por eso tardé en prestar atención a la conversación, y solo lo hice porque el tono de mi madre se había vuelto irónico y más cortante que un cutter. Raro, teniendo en cuenta que estaba hablando con su jefe.

—No, ya que has llamado, dilo, no quiero quedarme con la incertidumbre... Bueno, incertidumbre por llamarlo de alguna manera, que ya me sé yo por dónde van los tiros... Ajá... El mes que viene. Muy amable de tu parte avisarme con tiempo... —Eso dicho con mucho desprecio—. No, si no me pilla de sorpresa, ya te digo... Oh, no te preocupes por mí, yo siempre me apaño, ya encontraré algo. Si es lo que yo digo, todo tiene solución menos la muerte... —Vi que sacaba la punta

de la lengua. Malo, malo—. Bueno, menos la muerte y algunos hombres, que son canallas por naturaleza y no tienen arreglo...

Ya te lo decía: cuando mi madre saca la punta de la lengua, es que va a disparar con la artillería pesada.

—¿Me oyes, León?... ¿Estás ahí?... ¿Qué le pasa a este cacharro? ¡Mierda! Otra vez la dichosa batería.

Mi madre sacudió el teléfono con rabia y lo tiró por encima del hombro hacia el asiento trasero.

—Lástima que no me haya oído... —murmuró.

—¿Qué pasa?

—Nada. Nada que no tenga solución —mi madre apretó los labios y pisó el acelerador—. Todo tiene solución menos la...

—Vale, vale —la corté. Me daba mal rollo cuando mi madre hablaba con tanta naturalidad de la muerte. Así que decidí recurrir a La Bamba inmediatamente. Mientras rebobinaba en busca de la canción, mi madre me comunicó que León no necesitaba más sus servicios a partir del mes de febrero.

—Por teléfono, el tío cobarde. No tuvo las pelotas de aparecer por la galería a decírmelo...

Se necesita una poca de gracia,

una poca de gracia y otra cosita...

Encontré la canción justo a tiempo, cuando entrábamos en el tramo de curvas que no me gustaba, a más velocidad de la que me gustaba. Me imaginé nuestro catastrófico accidente, sin querer entrar mucho en los detalles.

... Ahí arriba ahí arriba...

Ahí arriba ahí arriba ahí arriba iré.

Yo no soy marinero...

La curva me hizo inclinarme hacia mi madre. La miré de reojo. Su cabreo había acabado con el mío de golpe. Durante unos instantes, en lo más cerrado de la curva, los faros alumbraron la espesura que crecía al borde de la carretera. Cuando volvieron a iluminar el asfalto, se me escapó un grito:

—¡Cuidado!

El zorro había surgido de pronto de las matas y se lanzaba al encuentro de nuestro coche como un suicida. La luz de los faros pareció inmovilizarlo, y sus ojos lanzaron un destello verde.

Mi madre soltó un taco y pisó el freno a tope. Los neumáticos chirriaron y el coche dio un bandazo, y luego otro en dirección contraria. Cuando chocamos, sentí un latigazo en la espalda y un apretón en las costillas. La música se apagó al mismo tiempo que el ruido del motor, y todo quedó a oscuras.

—Mamá... —susurré cuando me volvió la voz.

Mi madre no contestó.

—¡Mamá! —grité.

Silencio.

Mi madre estaba echada de bruces sobre el volante. Lo vi cuando abrí la puerta para buscar ayuda y se encendió la lucecita interior del coche.

—¡Socorro! —grité.

Qué estupidez. Conocía de memoria esa parte del camino, como todas. Sabía que no había una sola casa en varios kilómetros. Tampoco era probable que pasara un coche por aquella carretera comarcal a esa hora, más de medianoche. Tanteé en el asiento trasero hasta encontrar el móvil de mi madre, tercera bobada. La batería no se había recargado milagrosamente por la pura fuerza de mi deseo. Toda la sangre de mi cuerpo se me agolpó en el pecho y empezó a hervir allí a borbotones. Las manos y los pies, en cambio, los tenía helados. Me costaba respirar.

«Reacciona, imbécil, haz algo». Creo que me hablé en voz alta.

Solo había una cosa que podía hacer, y hasta un imbécil como yo no tardó en darse cuenta. Para eso, lo primero era mover del asiento a mi madre. Abrí su puerta y fui a tocarla.

«Nunca se debe mover a un herido», me advirtió una voz en mi cabeza. No sé de dónde había sacado esa consigna, quizá de una película, o de un manual de primeros auxilios. Las personas con ideas catastróficas tendemos a recordar ese tipo de cosas.

Me quedé paralizado con las manos en sus hombros.

«... A menos que sea estrictamente necesario», admitió la voz.

Intenté desplazarla con cuidado. No se movió.

«El cinturón, imbécil, quítaselo».

Corrí a mi asiento y desde allí me puse a toquetear sin ton ni son en busca del

cinturón. Me temblaban tanto las manos que me costó descubrir que no lo llevaba puesto. La rodeé entonces con los brazos y luché por moverla hacia mí. No me atrevía ni a mirarla, te lo juro. Fue por casualidad que en algún momento sentí el latir de su corazón contra mi oreja, y yo creo que de ahí saqué las fuerzas que me faltaban. Ya estaba sentada en mi asiento. La apoyé contra el respaldo y la miré por primera vez, pero sin querer mirarla del todo. Me pareció que tenía una mancha oscura sobre una ceja, y que otra le salía de la boca y se extendía barbilla abajo. Aparté la vista.

«Mientras el enfermo esté inconsciente, hay que colocarlo de lado, para evitar que se ahogue con algún cuerpo extraño que pueda tener en la boca, o incluso con su propia saliva, vómito o sangre, si se ha producido una herida en la lengua». Eso era de un folleto que le habían dado a mi madre en el hospital cuando mi jamacuco. Convivir con la epilepsia, se llamaba, o algo parecido. Sí, así estaba mejor, con la cabeza ladeada apoyada en la ventanilla y mi anorak de almohada; un poco acurrucada, como si durmiera.

Las dos primeras veces que intenté arrancar, el motor soltó una especie de estornudo y se paró. Entonces oí a mi abuelo recordándome de mala uva que existía una cosa llamada punto muerto. Puse la palanca de cambios en punto muerto, di media vuelta a la llave y el motor se encendió. «Embrague y primera», repitió mi abuelo. Pero ¿qué pedal era el embrague? Intenté no pensar con la cabeza, y dejar que mi cuerpo repitiera mecánicamente los movimientos que había hecho en el tractor de mi abuelo. No digo que al primer intento, pero al tercero o cuarto di con la secuencia adecuada... y empotré el coche un poco más en el árbol contra el que nos habíamos chocado. Del susto solté todos los pedales y el motor volvió a calarse. «¡La marcha atrás, pasmado!». A saber cómo se metía la marcha atrás, eso era para nota... Recordé que en el pomo de la palanca decía dónde está cada marcha. Pero no se veía nada y no daba con la luz. Tuve que abrir otra vez la puerta para que se encendiera. Sí, en el pomo había un diagrama con números del 1 al 5 y una R, que no tenía más remedio que ser la marcha atrás: palanca hacia mí y luego para abajo; esa vez funcionó y el coche retrocedió hasta el asfalto berreando, como si en vez de un inútil yo fuera un conductor macarra. Por suerte, el faro de la derecha se había salvado del choque, así que podía ver más o menos por dónde iba. El motor seguía chillando, creo que no tenía muy controlado eso del cambio de marchas; pero lo importante era que andábamos. Y seguimos andando durante un rato que se me hizo muy largo pero debió de ser muy corto. En algún momento me di cuenta de que la música estaba sonando. Se había acabado La Bamba y los de Queen atacaban el

estribillo triunfal de We are the champions:

No time for losers

'cause we are the champions...

Of the world...

(No hay tiempo para los perdedores...

Somos los campeones del mundo...)

Entonces apareció frente a mí la visión más bonita que he tenido y que probablemente tendré en toda mi vida: en medio de la oscuridad, resplandecían los neones amarillos y rojos de la estación de servicio.

No sé si logré frenar a tiempo o fue el coche que se caló. La cosa es que estábamos parados, ya no berreaba el motor ni sonaba la música. A dos dedos del capó, el gasolinero, que era el mismo que nos había servido la última vez, meneaba la cabeza con el mismo gesto como de sorpresa disgustada de entonces. Ahora no le faltaban razones, al tío. Había estado a punto de ser atropellado por un chaval de trece años.

—¡Una ambulancia! —salté del coche—. ¡Rápido! ¡Llame a una ambulancia!

Y cuando el hombre se fue corriendo a llamar, sentí que las piernas no me sujetaban. Me apoyé en un surtidor y vomité los bocabits.

Fuimos a parar al hospital de Toledo, el mismo de cuando mi jamacuco, que era el que pillaba más cerca. Mi madre ya estaba consciente, pero un poco aturdida. Se la llevaron en una camilla que desapareció tras unas puertas de esas de vaivén, igualito que en un episodio de Urgencias. Ella me saludaba animosa con la mano. No te preocupes, se va a poner bien, me habían dicho los de la ambulancia. Pero yo, como soy yo, me imaginé lo peor, y no de cualquier manera, como habría hecho antes de conocer a Amalia. Ahora que era un seguidor de Urgencias, podía ver el interior del quirófano, escuchar la jerga de los médicos que atendían a mi madre e imaginar la cara de hecho polvo del médico guapo al quitarse la mascarilla y decir: «Hora del fallecimiento... 4:25 de la madrugada...». Lo peor era que ahora sabía que mis ideas catastróficas sí que podían cumplirse.

Estuve un montón de rato imaginando la escena con todas sus variantes, sentado en la sala de espera, con un collarín ridículo que se había empeñado en ponerme un médico al que le salían pelos por el cuello de pico de su bata verde. De vez en cuando hacía una escapadita al servicio. La imaginación catastrófica da cagalera.

—Tú eres el héroe, ¿no? —a la salida de la tercera visita, una enfermera gorda me esperaba en la puerta—. Ven conmigo si quieres ver a tu madre.

Tenía los ojos cerrados. Le habían tapado el golpe de la frente, pero la inflamación había crecido y ahora el ojo derecho, que antes parecía normal, estaba casi enterrado en un bulto rojizo.

—¿Qué tiene? —pregunté en un susurro.

—¡Bah, poca cosa!

Mi madre abrió los ojos al oírnos. O, mejor dicho, un ojo, porque el del bulto siguió cerrado. También tenía la boca hinchada. Sonrió con solo la mitad,

extendió un brazo hacia mí y murmuró algo que sonaba como una pregunta.

—No debe usted hablar —le dijo la enfermera; y a mí—: Tu madre tenía un corte en la lengua y ha habido que darle puntos.

Mi madre señalaba ahora mi collarín con gesto preocupado.

—No es nada —dije—. Solo me lo han puesto para que no mueva el cuello durante unos días.

Llegué al borde de la cama. Mi madre intentó incorporarse, pero no pudo. Hizo una mueca de dolor.

—No debe moverse —dijo la enfermera—. Acuérdesse de que tiene dos costillas rotas.

Mi madre se contentó con apretarme la mano. Señaló el collarín y murmuró algo como:

—Pa'ece fipe'undo...

Eso, me enteraría bastante más tarde, quería decir que me parecía a Felipe II. Se echó a reír flojito de su broma que nadie entendió, pero enseguida apretó los ojos y paró.

—¡Estese tranquila, mujer! ¡No se ría tampoco! —la riñó la enfermera—. ¿Qué le ha dicho el doctor? Acuérdesse de que tiene la pleura perforada.

—¿La pleura perforada? —me horroricé yo. Eso sonaba fatal.

—No te preocupes, majo. Eso no es grave si se trata a tiempo —dijo la enfermera—. Tu madre estará en observación hasta mañana para ver cómo evoluciona el neumotórax.

¡Jobar! Cada vez que esa enfermera abría la boca, la cosa parecía más fea.

—¡No pongas esa cara, majo! Tu madre se va a poner bien enseguida. La verdad es que ha tenido mucha suerte. ¡Sin cinturón que iba! Otros en un caso así no lo cuentan. Se puede decir que hoy ha nacido otra vez... ¡Pero mujer! ¿No le he dicho que se esté tranquila?

A mi madre le salían lágrimas de los dos ojos, el abierto y el cerrado. Los hombros se le agitaban y sin duda eso le dolía, aunque al mismo tiempo le reían el ojo abierto y la mitad de la boca. Muy raro.

–Hale, hale, no llore –la enfermera chasqueó la lengua–. O no se ría... ¡O lo que sea! Estese quieta, jolines, que no le conviene tanto meneo. Ahora a descansar, y mañana será otro día... Le voy a dar algo que la ayudará a dormir.

Mi madre intentó protestar. Desde que estuvo en la «casa de reposo», les tiene mucha manía a los calmantes. Pero la enfermera fingió no enterarse, y le puso una inyección que la dejó grogui en dos minutos.

–Va a dormir de un tirón hasta mañana –la enfermera se volvió hacia mí–. Tú también deberías descansar. ¿Han avisado ya a tu padre para que venga a buscarte?

Intenté menear la cabeza, pero el collarín no me dejó.

–No tengo padre.

–¿No hay nadie de tu familia que pueda venir y hacerse cargo de ti?

Esta vez me acordé de mantener la cabeza quieta.

–No.

–¿Tíos, abuelos...? –insistió.

–Mi tío vive en Ámsterdam... Mis abuelos están de vacaciones en Mallorca. No tengo un número de teléfono donde llamarlos... y aunque lo tuviera... Si dice que mi madre va a estar bien, mejor que no los preocupemos, ¿no?

–¿Algún amigo de la familia?

Cuca se había ido a pasar el fin de semana a un piso que tiene en la playa, esa tiene pisos por todas partes. Y en cuanto a los nuevos amigos de mi madre en Madrid, ¿cuántos de ellos vendrían hasta Toledo a las cinco de la mañana? Desde luego, era el momento ideal para probar la calidad de su amistad. Por suerte para ellos, sus números de teléfono estaban en un móvil sin batería.

—¿No me puedo quedar aquí? —supliqué, y señalé el sillón junto a la cama de mi madre.

La enfermera pareció pensar un momento, luego abrió una cortina que separaba la cama de mi madre del resto de la habitación y me mostró una cama vacía. Se puso un dedo en los labios.

—Esto no se debe hacer. Que no se entere nadie —susurró.

La enfermera gordota y gruñona de corazoncito de oro que se salta las reglas por ayudar al pobre niño desvalido. Creo que en Urgencias también hay una así, pero negra.

El domingo le dieron el alta a mi madre. Nunca adivinarías quién vino a buscarnos: León, el que era o estaba a punto de ser su ex jefe. Me contestó el teléfono cuando llamé a casa de Cuca por ver si había vuelto y, cuando se enteró del asunto, se ofreció a venir. Yo acepté, a ver qué iba a hacer si no. Era eso o un taxi de Toledo a Madrid.

Creo que fue uno de los viajes más silenciosos de la historia del automovilismo. Mi madre no podía hablar, y León y yo no teníamos nada que decirnos. Pero se portó bien, el tío. Me ayudó a subir a mi madre hasta casa y, al despedirse, le dijo:

—Ahora descansa. Tómate el tiempo que quieras antes de volver a la galería.

—¿Vové? —murmuró mi madre y, aun con lo maltrecha que estaba, le alcanzó para hacer un gesto irónico.

—Yo nunca despido a un trabajador mientras está de baja —dijo León, muy digno.

Entonces a mi madre se le borró de golpe toda la ironía de la cara y, por un momento, pensé que iba a volver a abrir el grifo de las lágrimas.

Instalé a mi madre en el sofá, con montones de almohadones por todas partes, una campanilla para llamarme y un cuaderno para comunicarse conmigo. Estaba haciéndole un puré para la cena cuando llamó la abuela. Que por qué no estábamos en el pueblo como habíamos quedado. Y yo, que un imprevisto, que qué tal lo estaban pasando. Y ella que muy bien, que ayer hasta había bailado un pasodoble con el abuelo, que hacía treinta años que no bailaba, y que se pusiera mi madre. Y yo, que ahora no podía. Y ella, que el abuelo preguntaba por los conejos, que si nos acordábamos de que había que limpiarles la jaula sin falta. Y yo, que no se preocupara por los conejos, que qué tal el abuelo. Y ella, que en ese momento estaba desplumando a los otros abueletes al mus. Eso dijo,

desplumando, y abueletes, que son palabras que no suenan para nada a la abuela. Me pareció muy animada. No le dije nada del accidente.

El lunes me fumé el cole y me quedé cuidando a mi madre, que no podía levantarse de la cama, o sea, del sofá. Me tenía un poco mosca, la verdad, porque estaba rara. No decía que le doliera nada, no volvió a llorar como en el hospital, pero no era ella del todo. Para empezar, no me gustaba no oírla hablar. Cuando mi madre deja de hablar, es que está bajando al hoyo. Claro que esta vez no hablaba porque no podía, pero a mí me agobiaba igual tanto silencio, así que me puse a llenarlo diciendo un montón de tonterías, y fíjate si serían tontas que al final mi madre me escribió:

No hables tanto. Estoy pensando.

Y hasta eso se me hizo raro, porque mi madre normalmente no piensa, ella medita. Y tú me dirás que qué diferencia hay. Pues mucha. Lo sé porque ella misma me lo ha explicado. Cuando alguien medita, está tratando de no pensar. O por lo menos, está tratando de no pensar en cosas concretas. Es como que «se hace uno con el cosmos», eso dice, y entonces sus problemas desaparecen porque, por ejemplo, que te vayas a quedar sin trabajo, o que hayas chocado el coche, no tiene ninguna importancia en el orden general del universo. En cambio, cuando piensas, piensas en cosas concretas, en cómo vas a vivir sin un sueldo, o en que deberías mirar si has pagado la póliza del seguro del coche.

—¿Habías pagado el seguro del coche? —interrumpí sin darme cuenta los pensamientos de mi madre.

Y ella me miró un poco fastidiada y escribió:

No. Pero eso no tiene ninguna importancia.

Después de todo, quizá sí que estaba meditando y no pensando.

Creo que ese mismo lunes, todo Madrid se enteró del accidente. Empezaron las llamadas y las visitas. Pero mi madre no podía hablar y no tenía ganas de ver a nadie. Cuando los primeros visitantes pidieron detalles del accidente, les respondió escribiendo desganada en su cuaderno. A los siguientes les mostró directamente esas respuestas, que se convirtieron en su «comunicado oficial».

Decía más o menos así:

Me salí de la carretera por no atropellar a un zorro.

No llevaba cinturón.

Solo me duele cuando me río.

Estoy muy contenta de estar viva, y se lo debo a Gen, que condujo el coche él solo para buscar ayuda.

No sé si el zorro se salvó.

Ahora voy a descansar un poco.

Después cerraba los ojos hasta que las visitas se sentían incómodas y se iban. Se lo hizo hasta a Cuca cuando, ese lunes por la tarde, se coló en casa como un vendaval, habla que te habla. Sentía tanto no haber estado cuando hacía falta..., decía. ¿Cómo había sido? Teníamos que contarle todo, pero todo, todo... ¿Y León? ¿En serio había ido a buscarnos? ¿Qué había hecho? ¿Qué había dicho? ¿Había hablado de ella?

Dio un abrazo a mi madre que creo que le rompió otra costilla. Cuando la soltó, mi madre pasó la hoja del cuaderno donde estaba escrito el comunicado oficial y se puso a escribir. Pensé que era una versión más personal del accidente para Cuca. Si se trataba de eso, era una versión muy resumida: apenas escribió unas palabras antes de tenderle el cuaderno.

—¿Que si me gustaría tener un hijo? —Cuca levantó la vista de la página—. ¿Y esto a qué viene, mujer? ¿Te ha afectado el golpe en la cabeza?

Pensé que era una de las bromas raras de mi madre, pero no. Miraba a Cuca muy seria, con el único ojo que tenía disponible.

—... Además, que ya estoy un poco talludita para ser mamá, ¿no? —Cuca soltó una risita confusa.

Mi madre siguió mirándola fijamente, esperando.

—No sé a qué viene esto ahora, guapa, pero ya lo hemos hablado otras veces —

siguió Cuca—. Con tener un par de sobrinos y a Gen como ahijado, están cubiertas de sobra mis necesidades maternas. Me gusta mimar a los hijos de otros, y luego devolvérselos a sus padres para que se encarguen de las partes difíciles.

Mi madre asintió muy flojito con la cabeza, recuperó el cuaderno y escribió:

Voy a descansar un poco.

Cerró el ojo. No lo abrió hasta que no se fue Cuca.

La cosa era para mosquearse, la verdad. Mi madre, que siempre quiere estar rodeada de gente, mandaba a paseo a la propia Cuca.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Y ella escribió:

De puta madre.

—¿Quieres ver la tele? ¿Leer? ¿Que te ponga música?

Y ella:

No. Estoy pensando.

—¿Pensando o meditando?

Pensando.

—¿En qué?

En la muerte.

Se me paró unos segundos el corazón.

—¡Joé, mamá! ¡Qué cosas dices! ¿Por qué te pones a pensar en la muerte ahora? ¡Estamos los dos muy vivos!

Mi madre meneó la cabeza sonriendo y se apresuró a escribir:

No te preocupes, tonto. Pienso en la muerte en plan bien.

—¿Cómo se piensa en la muerte en plan bien?

Sin miedo. Solo pienso en lo fácil que es morir. Que le puede pasar a cualquiera en cualquier momento. Es bueno tenerlo presente.

Mi madre pasó todo ese día y el siguiente tumbada en el sofá sin hacer nada. No quería ver a nadie, ni ver la tele, ni leer, ni que le leyera. No parecía especialmente triste, pero tampoco contenta. Solo muy pensativa. Yo me decía que estaría pensando en la muerte y eso, por mucho que fuera «en plan bien», me daba un mal rollo tremendo. Pero pronto vi que también pensaba en otras cosas. De vez en cuando se ponía a escribir muy deprisa y luego me tendía su cuaderno con una pregunta inesperada:

¿Cuántos años tiene la abuela?

¿Te gustaría aprender holandés?

¿Has notado que al abuelo se le va un poco la cabeza?

¿Tienes amigos en el pueblo?

¿Te gustaría ir a la universidad?

Y yo volvía a mosquearme. Esas no sonaban a preguntas de mi madre, ni venían a cuento, ni tenían que ver unas con otras. Desde luego, mi madre estaba muy rara. No sabía si era porque estaba cayendo otra vez en el hoyo o porque el golpe le había afectado a la cabeza, como decía Cuca. Pero estaba un rato preocupado. Por eso, cuando el miércoles me sugirió que volviera al colegio, le dije que ni hablar.

—No quiero que te quedes sola.

El mundo al revés. Se habían cambiado nuestros papeles. Me puse tan cabezota, que al final aceptó que Lola viniera a acompañarla cuando yo no estuviera, con bebé incluido. De modo que el jueves no tuve ninguna excusa para faltar al colegio.

Vamos a llamar al pan, pan. Si había intentado retrasar el momento de volver a clase, no era solo de puro buen hijo que soy. Es que, además, no me apetecía un cuerno aparecer con ese collarín ridículo que me habían puesto. Parecerme a Felipe II, como decía mi madre, no era la forma ideal de pasar inadvertido. Mientras bajaba en el ascensor medité un poco, hasta que el collarín ocupó el puesto insignificante que merecía en el orden de las cosas en el universo. Que me hubiera roto el cuello, eso sí que habría sido grave para mí, y aun así, no habría hecho ni dar un respingo al universo.

Pero en cuanto salí a la calle y noté las miradas de la gente, el collarín empezó a avanzar posiciones en mi universo particular. Ya estaba oyendo las bromitas en clase, un collarín da mucho juego. Por eso me paré en el entrante del escaparate de la zapatería, para intentar quitármelo y esconderlo en la mochila.

—¡Gen!

¡Qué rabia! Todo el tiempo me olvidaba de que no se puede volver la cabeza con ese trasto puesto. Giré sobre mis talones y allí estaba Amalia.

—Ya me han contado lo del accidente. ¡Qué pasada!

Me llevé la mano al cuello, para cerrar el anorak y que se viera menos el collarín. Error: Amalia siguió mi mano con la vista y señaló el artefacto.

—¿Te duele mucho?

—Pst.

—¿Cómo está tu madre?

Por lo visto, la quiosquera había esparcido la noticia por el barrio junto con El Mundo, El País y el Marca. Amalia, por lo menos, la conocía con pelos y señales, pero se ve que no eran suficientes para satisfacer su curiosidad morbosa.

En todo el camino al colegio, no dejó de hacerme preguntas.

–Pero cuéntame, ¿es verdad que llevaste tú solo el coche?.. Y tu madre, ¿qué hacía?... ¿Estaba desmayada?... ¿No te mareaste al ver la sangre?... ¿Qué habría pasado si no la hubieras llevado a tiempo al hospital?

Al principio me daba cosa hablar del accidente. Si llega a ser otra persona, igual la mando a la mierda. Pero no era otra persona, era ella, y no veas cómo parecía de interesada. Y la cara con que me miraba, como si yo fuera Superman. Total, que me fui animando, y hasta acabé adornando la historia con ciertos detalles que me pareció que podrían gustarle a una doña morbosilla como ella. Sí, ya sé que es rastroso intentar impresionar a una chica contando que a tu madre le sangraba la boca y utilizando expresiones como «neumotórax».

–¿Qué es eso? –preguntó Amalia, impresionada.

–Que te entra aire en la pleura, que es una membrana que te protege los órganos internos. El aire te comprime los pulmones y, si es mucho y no lo hacen salir enseguida, puede ser fatal.

–O sea, que si no hubieras conseguido ayuda a tiempo, igual tu madre no lo cuenta.

–Bueno, tanto como eso, no sé –dije yo, con bastante falsa modestia–. Parece que el caso de mi madre fue bastante suave.

Tan interesada estaba Amalia en mi historia, que me acompañó hasta la puerta de mi clase, que ni siquiera le pillaba de camino. Y en cuanto el imbécil de Enrique señaló mi collarín y soltó la carcajada, Amalia lo cortó en seco:

–Cállate, gilipollas. Ha tenido un accidente de tráfico. Un poco más y no lo cuenta.

Desde ese momento, mi collarín se convirtió en un motivo de respeto y no de burla. La verdad es que lo sentí cuando, diez días después, el médico me dijo que podía quitármelo. Durante un par de días más, lo llevé en la mochila y me lo ponía en el portal. Cuando por fin decidí dejarlo en casa, me sentí como desnudo otra vez. Pero de alguna manera, el efecto collarín permaneció después de que el collarín desapareciera. Amalia se había encargado de contarle a todo el mundo mi accidente, y cómo había conducido yo solo el coche hasta la gasolinera, y

cómo prácticamente había salvado la vida a mi madre. A lo mejor era solo imaginación mía, pero me parecía que mis compañeros me miraban de una manera diferente ahora. Hizo falta que mi madre y yo estuviéramos a punto de matarnos para que dejara de ser Tapita entre mis compañeros y me convirtiera en Gen por derecho propio.

Aún hubo otra cosa que cambió con el accidente: me di cuenta de que mi método de conjura de catástrofes no era infalible. Aquella noche yo había puesto La Bamba. Había imaginado que el coche se salía de la curva. Y eso era exactamente lo que había ocurrido. Claro que la catástrofe real se había quedado en un susto y me había convertido casi, casi en héroe, pero igual aquello hacía tambalearse de golpe toda mi teoría catastrófica. Y a ver, me decía yo: ¿por qué la catástrofe no había sido del todo catastrófica? Pues porque YO lo había evitado. No con pensamientos ni cancioncitas, sino con acciones. Yo era un tío grande, al menos la gente lo decía, así que... ¡a mí las catástrofes! Que vinieran. Pensaba esperarlas arremangado y dispuesto a luchar.

Mi ataque de autoestima duró solo unos días. Luego volví a ser más o menos el de antes. Aunque no del todo. Mis ideas catastróficas, que habían desaparecido durante ese tiempo, reaparecieron. Pero eran menos y más borrosas, y en vez de repensarlas para conjurar la desgracia, intentaba no tenerlas en cuenta. Hasta pensé en cambiarme al bando de mi madre, e intentar utilizar las vibraciones positivas para cambiar el mundo. Solo que no pude, porque no se me da nada bien pensar en cosas buenas.

Pero bueno, volvamos a los primeros días después del accidente, cuando yo todavía llevaba collarín, y mi madre no podía moverse del sofá, ni hablar, y cada día se le ponía el ojo de un color, mientras se dedicaba a pensar en la muerte «en plan bien». Al principio siempre había alguien con ella mientras yo estaba en el colegio, pero luego cada uno volvió a lo suyo y se empezó a quedar sola casi todo el tiempo, y eso no me gustaba nada. Suerte que entonces volvieron los abuelos de Mallorca, se enteraron del asunto y se plantaron en casa.

—¡Madre del amor hermoso! —la abuela se tapó la cara con las manos—. Estás hecha un ecce homo, hija mía —ese día, el ojo de mi madre tocaba amarillo—. Nunca te voy a perdonar que no nos hayas avisado antes. ¡Y tú, Gen! —se volvió hacia mí—. Pensé que tú eras un chico sensato, mira que no decirnos nada... Bueno, lo hecho, hecho está, pero estoy muy disgustada con los dos, muy disgustada... ¡Si es que no puede faltar una de casa...! A ver, ¿dónde están las ensaimadas? Claro que tú, qué ensaimadas vas a comer, hija... Y los chorizos, ni hablar, ni el lomo... —la abuela se había puesto a sacar provisiones de una bolsa enorme de El Corte Inglés—. Este cocido, sí... Lo pasamos por la turmix y listo. Y lo mismo las lentejas... Y un pedacito de ensaimada sí puedes tomar, mojadito en café con leche. Si casi se deshacen en la boca... Que te lo diga tu padre, que se ha puesto morado a ensaimadas estos días... ¡Genaro! ¿Has subido las ensaimadas?

Solo entonces me fijé en el abuelo, al que ni siquiera había visto todavía. Estaba junto a la puerta abierta de la calle, con tres cajas enormes de ensaimadas en las manos. Parecía un repartidor de pizzas demasiado viejo y algo pasmado. Miraba a mi madre meneando un poco la cabeza, como si estuviera sorprendido y disgustado a la vez.

—¡Ay, niña, niña! ¡Podías haberte matado! —explotó al fin—. ¡Si es que siempre vas como loca! Apuesto a que no llevabas el cinturón...

Estaba tan enfadado que se diría que mi madre se había chocado solo para fastidiarle a él.

El abuelo cundía mucho en nuestro piso tan pequeño. No hacía más que vagar de un sitio a otro, chocarse con los muebles y protestar del olor a incienso. Que aquello era peor que la iglesia del pueblo, decía, y que a ver cómo La Niña se iba a poner buena con ese olor a difunto. La Niña, así llamaba de pronto a mi madre. Por lo demás, seguía siendo el mismo cascarrabias de siempre y, cuando se le pasó la impresión, empezó a meterse con Madrid, con nuestro piso y con nuestra manera de vivir. Mi madre lo dejaba hablar sin alterarse, lo nunca visto. Una vez se puso a escribir en su cuaderno y se lo tendió al abuelo y yo pensé: «Ahora sí, esta vez se ha enfadado, se va a armar la gorda». Pero en el cuaderno ponía:

¿Cuánto cobras de pensión, padre?

¿Has acabado de pagar la hipoteca de la casa?

Lo sé porque se lo tuve que leer al abuelo, que no encontraba las gafas.

A los dos días escasos, la abuela mandó al abuelo de vuelta al pueblo y tomó el poder, y no exagero, que parecía que había un ejército en casa. A todas horas sonaba la licuadora (la turmix, que dice ella), porque convertía en puré todo lo que caía en sus manos, desde el cocido hasta las albóndigas. Si no, se dedicaba a poner más mantas en nuestras camas, a limpiar la campana extractora de la cocina o a lavar todas las telas indias de la casa. Un día que vino Lola, le enseñó a hacer infusiones de hinojo para combatir los cólicos del bebé, y cuando estuvo Cuca le hizo llevarse un tupper con albóndigas y le dijo que parecía un palo de escoba y que se anduviera con ojo, porque en el fondo a los hombres les gustaban las mujeres con carnes.

Al final de la semana se tuvo que ir, porque el abuelo es de los que no se saben freír un huevo y decía que no le gustaban las lentejas de la mujer del Teófilo. Me dio un poco de alivio y un poco de pena. La casa se quedó muy callada, con eso de que mi madre no hablaba. Y me daba flojera estar otra vez encargado de todo. Bueno, de la comida no me tuve que ocupar en una temporada: la abuela había dejado provisiones para un batallón. Durante varios días, la casa estuvo oliendo a ajo, laurel, cebolla y cera para muebles.

Desde ese primer día que me vio con el collarín, empecé a coincidir con Amalia muchas mañanas de camino a clase. Demasiada casualidad. En los meses anteriores solo la había visto dos o tres veces, y las tres me había ignorado olímpicamente. Si no fuera porque era impensable, habría dicho que Amalia se hacía la encontradiza para recorrer conmigo ese trayecto de quince minutos. A lo mejor la atraía el collarín, como todo lo que hacía pensar en accidentes. (Eso me dio un motivo más para seguir llevándolo más allá de lo que dijo el médico.) O a lo mejor no había satisfecho del todo su curiosidad morbosa.

—Pero ¿qué sentiste? ¿Creíste en algún momento que te matabas? ¿Viste eso que dicen de que te pasa toda la vida en imágenes por la cabeza?

Yo intentaba sacarle todo el jugo que podía al accidente y me pasó que, de tanto repasar los detalles desagradables, de tanto contarlos, sobarlos y analizarlos, al final como que se les fueron limando los bordes, y ya no me dolía hablar de ellos, ni a veces sabía si eran la verdad verdadera o había en ellos alguna pequeña exageración que había inventado para no defraudar a Amalia.

También, algunos días que estaba especialmente optimista, me atrevía a pensar que Amalia no iba conmigo por mi collarín ni por mis batallitas, sino por mí mismo. Pero era algo que no me atrevía a pensar con mucha fuerza. Ya había visto que mis ideas no bastaban para conjurar la realidad, pero por si acaso.

Un día ocurrió lo que llevaba tiempo temiendo: a Amalia pareció acabársele la curiosidad por mi accidente y, de pronto, a mitad de camino, nos quedamos callados.

—¿Viste Urgencias ayer? —pregunté, en un intento desesperado de atraer su atención.

Pero noté que ni siquiera me escuchaba. Se paró un instante, me agarró el brazo y miró con disimulo por encima de su hombro.

–¡Ahí está otra vez! –se mordió los labios.

–¿Quién?

–Ese, el del periódico... No, mejor no lo mires. Sigue andando, disimula...

–¿Qué pasa?

–Ese hombre... Hace días que lo veo merodeando. Muchas mañanas está ahí, esperando a que pase, y a veces me sigue hasta el colegio. Seguro que es un perverso. Si no fuera contigo, me moriría de miedo.

Por fin comprendí por qué Amalia me esperaba todos los días para ir al colegio. De momento me llevé un buen chasco, pero luego encontré un motivo de orgullo nuevo: de acuerdo, Amalia no me buscaba por mis encantos personales ni por mi aura de héroe de la carretera. Lo hacía por una razón más increíble todavía: yo, Gen el esmirriado, me había convertido en su guardaespaldas. Así que me metí enseguida en mi papel y exclamé:

–Quién es el cerdo ese. Enséñamelo y le digo tres cosas...

Amalia pareció asustada.

–No, déjalo así. A lo mejor son películas mías. Si no desaparece en un par de días, se lo cuento a mis padres... Además... –se volvió de nuevo—. Ya no está.

Mucho mejor, porque en realidad no sabía qué tres cosas le podía decir al cerdo ese.

–Si quieres paso por tu casa y te acompaño todos los días –ofrecí.

–Si no te importa... Eso estaría muy bien –dijo Amalia.

A la mañana siguiente, ya no llevé el collarín.

Hacía mi trabajo como un profesional, menudo soy yo. Miraba a todos lados y hacía caminar a Amalia por el lado de dentro de la acera, no fuera a parar un coche y secuestrarla. Unas cuantas veces, ella me señaló al hombre sospechoso,

y la verdad es que parecía sospechoso de verdad, porque iba con un periódico, y una vez hasta con gabardina, aunque también es verdad que ese día llovía. Siempre que lo miraba, tenía la cara medio tapada por las páginas, o estaba medio de espaldas, así que no era muy fácil saber si era el mismo de otras veces, o eran distintos hombres con calvas parecidas, que la calva era lo único que siempre se veía bien.

Uno se acostumbra a todo. De tanto ir al colegio con Amalia, dejó de parecerme un milagro y empezó a parecerme casi normal. Ya no me sentía tan cortado a su lado y hablábamos de esto y de lo otro sin que tuviera que mencionar el dichoso accidente ni estrujarme las meninges buscando temas de conversación, porque salían solos y, si no salían, pues tampoco pasaba nada. Un día hasta me atreví a preguntarle qué había sido del cretino.

—¿Ese? Lo largué al día siguiente del follón con tu madre. ¿No viste cómo me dejó comiéndome todo el marrón? No se lo perdono.

Me dieron ganas de aullar de triunfo en medio de la calle, pero no tuve tiempo y, aunque lo hubiera tenido, tampoco es mi estilo. Digo que no tuve tiempo porque, en esas, Amalia me agarró del brazo y susurró:

—¡Mira! Ahí está otra vez.

—¿Dónde?

—Sabe que lo estamos mirando. Por eso se ha metido en la cabina de teléfonos... ¡Oh, qué harta estoy de todo esto! A veces me gustaría ser fea, y que los tíos no se fijaran en mí. Porque no te creas que ese es el primer tío que me sigue. En el colegio hay un moscón que me tiene frita, pero es distinto, es un pitufo, no me da miedo como ese...

En eso se cruzó con nosotros un tío joven, y sacó la punta de la lengua mientras miraba fijamente a Amalia.

—Mmmm... —murmuró—, me comería ese cuerpo serrano.

—¡Imbécil! —respondió Amalia. Y luego se volvió hacia mí casi llorando de rabia—. ¿Ves? Así es todo el rato. Ese cerdo que me sigue, y cualquiera en la calle que se cree con derecho a decirme estupideces. ¡No soy una muñeca! Soy una persona, y me gusta que la gente vea más allá de mi cara bonita, que me

valore por lo que soy. Por eso me gusta estar contigo... Porque tú me ves de otra manera, y actúas normal cuando estás conmigo.

A cualquier cosa llamaba esa chica «normal». A lo mejor consideraba normal que de pronto hubiese enrojecido como un cangrejo, pensando en que yo, pese a lo que ella creía, la miraba más o menos igual que esos tíos guarros, y si la quería, probablemente era más por su melena, y sus cacho ojos, y su cuerpo serrano, que por su afición a la sangre y las películas de terror. Intenté imaginármela fea, con el aspecto de Susana, por ejemplo. No, si fuera fea no me haría sufrir como sufría. Ojalá fuera fea. Si fuera fea, mi vida sería más fácil. No tendría que hacer de guardaespaldas. No estaría en ese momento sintiéndome fatal, como un niño superficial que no sabe ver más allá de una cara bonita.

Menos mal. Al poco de irse mi abuela, mi madre se levantó por fin del sofá y volvió a parecerse a la que era antes. Empezó a moverse por la casa, a pensar menos y a dejarse por todas partes su libreta. Como nunca la tenía a mano cuando quería decirme algo, se las apañaba con su lengua de trapo y con gestos. No era un sistema muy rápido, ni tampoco eficaz, pero a cambio a veces resultaba divertido.

–Voiza’í...

–¿Qué bonsái?

–Que... voi... a... za’í.

Se señaló a sí misma, luego señaló la puerta de la calle e hizo avanzar una mano, como si caminara sobre dos dedos.

–¿Vas a salir?

–Zíi.

–¿Ahora?

–Manana po ‘a no’e. Tú dama Zuzana.

–No hace falta que venga nadie. Puedo cuidarme solo.

Mi madre suspiró.

–¿Vamompezatavé? Zo’o no te de’o...

No me molesté en buscar la libreta, esa discusión nos la sabíamos de memoria. Ahora mi madre diría: «Si no quieres que venga Susana, díselo a un amigo». Y yo diría: «No tengo am... No tengo sus números de teléfono». Y ella diría: «Pues si no viene Susana, no salgo». Y yo cedería. Y vendría Susana.

Pero no, esta vez no. Algo había cambiado en mí, que me hacía insoportable la idea de que alguien viniera a «cuidarme». El Gen de antes pasaba por el aro porque, en el fondo, le daba canguelo quedarse solo y que le diera de verdad ese jamacuco. Pero el Gen nuevo era distinto.

Mi madre había llegado ya a esa fase en que se sentaba de brazos cruzados en el sofá:

–Puez ‘olo no te de’o.

Y de pronto caí en que tenía otra posibilidad. Lo que se dice una posibilidad nueva y excitante.

–Prefiero llamar a una... amiga.

–Tupendo... –dijo mi madre, mirándome muy complacida y un poco guasona–. Damalá.

Ella había dicho que estaba bien conmigo. Eso era una forma de ser amigos, ¿no? El corazón me empezó a latir a toda pastilla mientras buscaba su número. No, el de su casa no valía, tenía que ser el de su móvil; si no, tendría que preguntar por ella y mi madre sabría que estaba llamando a Amalia, quizá la única persona de este mundo que no estaba dispuesta a admitir en su casa.

–Hola... Soy yo, Gen.

–Ah, hola, Gen. ¿Qué pasa?

–Nada... Que si... que si quieres venir a casa mañana... Mi madre va a salir. Iba a alquilar una película. Y a encargar una pizza.

–Pero tu madre no quiere que yo...

–Ya está olvidado.

Silencio.

–Pues... bueno, vale... ¿A qué hora voy?

Amalia se quedó en la puerta y miró un poco cortada a su alrededor.

Me alegró que estuviera cortada. Yo también lo estaba. Era la primera vez que entraba en mi casa como amiga.

—¿Está tu madre?

—No. Ya se ha ido.

Se le notó el alivio. Así que el corte era por eso.

—He... he alquilado Masacre. Me han dicho que es una pasada... —dije, como si la cosa me entusiasmara—. Y es supernueva, fijo que no la has visto.

—Ah, vale —dijo, y se sentó en el sofá como se sienta ella, que parece que toma posesión de un reino.

—¿Quieres que encarguemos una pizza? —propuse. Y aun antes de que respondiera—: Por alguna parte debe de estar el papelito con el teléfono... ¡Oh, mira, aquí está! —qué casualidad, en la mesita baja, donde yo mismo lo había puesto hacía diez minutos—. Elige la que quieras y así la vamos pidiendo, que no sé lo que tardarán —como treinta minutos en sábado, que ya había llamado para preguntarlo—. Y mientras la traen, pues... ¡Ya sé! ¿Qué tal si hacemos unas palomitas? —oh, qué estupenda, qué espontánea idea, el paquete estaba hacía rato preparado en el microondas, como muy bien vio Amalia, que me había seguido sin que me diera cuenta a la cocina. Enterré la cabeza en la nevera y saqué una mano con una cerveza que había comprado especialmente para ella.

—¿Una birrita?

¿Por qué tuve que decir birrita? ¿Por qué? ¿Por qué? Tuve ganas de abofetearme.

Amalia tardó unos segundos en contestar.

—Yo casi prefiero una coca-cola. ¿Tienes light?

¡Qué imbécil! ¿Es que no podía dejar de comportarme como un aturullado? Pues no. Quedó claro cuando puse en marcha el microondas. La bandeja giraba, pero la bolsa, al hincharse, chocaba con una de las paredes y no giraba con ella, de modo que la mitad de las palomitas se quemaron y las otras no llegaron a

explotar.

Cuando abrí la bolsa, debí de poner tal cara de hecho polvo que a Amalia le dio la risa.

—Casi me alegro, que son todo hidratos de carbono, y se me ponen en el culo —dijo—. ¡Venga, hombre! Que son solo palomitas, no cadáveres calcinados.

Yo me reí también y por un momento me sentí menos tenso, hasta que lo de los cadáveres me hizo pensar en la película, que la teníamos que poner enseguida, porque duraba exactamente ciento quince minutos y no quería que mi madre, a la vuelta, encontrara a Amalia todavía en casa. Corrí al salón mientras improvisaba una explicación sin pies ni cabeza sobre por qué teníamos que terminar de verla antes de medianoche.

Por suerte, Amalia no me dejó terminar.

—Pero ¿qué te pasa hoy, que parece que te han dado cuerda? Además, déjate de tanta película, que hoy no tengo el cuerpo para masacres. ¿Es que tú nunca te cansas de ver esas cosas?

Me quedé paralizado con el mando en la mano.

—Yo creía que a ti te gustaban... Por eso la he cogido.

—Hombre, de vez en cuando, una sí que me gusta... Pero así, por necesidad... Hay días que prefiero algo más ligerito. Algo de risa, o romántico... Oye, ya que has carbonizado las palomitas, ¿tienes alguna otra cosa de comer? Pero no porquerías... Una manzana, o algo así...

Romántico, había dicho romántico, no me lo había imaginado yo. Y solo era morbosa algunos días. Y tenía sentido del humor. Y me había pedido una manzana, la fruta de Eva... O sea, que estaba mirando más allá de su cara bonita y veía cosas que me gustaban, sí señor, ya no era uno de esos cerdos que siempre están pensando en lo mismo. Ni siquiera pensaba en «lo mismo». Era feliz estando allí con ella, compartiendo una lata de aceitunas rellenas, o una manzana, si hacía falta, y echando unas risas. No necesitaba nada más. Bueno, a lo mejor estaría bien devolver Masacre y sacar una película más a tono, por ejemplo, esa en que Kevin Costner hace de guardaespaldas de una cantante negra y se enamoran. Se lo propuse a Amalia.

—¿Cambiar de película ahora? ¡Tú qué dices! Además, si tienes el día de reírte, te ríes con cualquier cosa, y si tienes el día romántico, hasta una rodaja de mortadela te parece romántica. Y si tienes el día depre... ¡Bueno! No te digo yo qué película me ha hecho llorar más que ninguna. ¿Has visto Shrek, que se supone que es tan graciosa? Pues un día, viéndola, me dio por llorar, y que no podía parar, oyes, y si hubiera estado en el cine con la luz apagada, pase, pero es que estaba en el salón de mi casa.

—¿Y por qué llorabas?

—Tonterías mías.

Amalia se encogió de hombros y señaló la pantalla. Hacía un rato que yo había puesto la película, pero sin el sonido, y ya estaba allí el primer fiambre.

—La cantidad de ketchup que tienen que haber gastado en esa escena, ¿verdad? —se rió—. ¿Ves? Hasta eso te puede dar risa si tienes el día de reír. Te pones a imaginar cómo han rodado la escena. Si le quitas el sonido, los gritos y la música de suspense, impresiona la mitad. Y si te pones a inventarte tú los diálogos, ya da más risa que miedo. Mira, ahora viene una escena romántica. Yo soy el tío.

Ya no estaba el muerto, y en cambio había una pareja muy acaramelada sentada en un sofá. Amalia puso una voz ronquísima, que no sé de dónde sacó:

—Muñeca, me parece que tienes un problema de olor corporal. ¿Has pensado en usar Rexona Plus? —me dio un codazo—. Venga. Ahora tú eres la chica.

—Pues a ti te cantan los pinreles que da gusto —dije con voz chillona—. No voy a tener más remedio que liquidarte.

Y la chica, que parecía una mosquita muerta, sacó de pronto una navaja y, ¡toma!, se la hundió al tío en toda la tripa, pero es que yo ya me lo sabía porque me había visto la película antes, para estar seguro de que era del tipo de Amalia.

Supongo que gracias a eso tenía ventaja, y mis diálogos me salieron más o menos divertidos. Al menos, a Amalia se lo parecían, se retorció de risa en el sofá, así que me fui relajando y se me fue la pizza al cielo. Cuando noté que tenía hambre, eran las once y media.

—Por mí no te preocupes —dijo Amalia—. Ya me he llenado con la manzana y la

coca-cola.

Pero lo que más me preocupaba por entonces era la hora. Mi madre había dicho que llegaría sobre las doce, y no quería que encontrase a Amalia en casa. En primer lugar, porque le dolería mucho saber que yo la había engañado, y en segundo, porque se enfadaría con ella. Claro que no podía echar a Amalia así como así... Volví a aturullarme y traté de inventarme un motivo para que saliera de casa.

—... y por eso le dije al chico de la tienda que le devolvía el DVD antes de las doce, sin falta, y ya que bajamos, pues luego te acompaño a casa, no vaya a ser que esté el tipo de por las mañanas merodeando...

—No sé qué rollo es ese que me estás soltando —repuso Amalia—. Pero no hace ninguna falta que me acompañes a casa. Ya he quedado en llamar cuando fuera a salir para que vengan a buscarme. Además, no creo que a tu madre le haga ninguna gracia. Me paga para que cuide de ti, no para que tú cuides de mí.

Si la mosquita muerta de Masacre me hubiera atacado con su navaja, no me habría hecho más daño. Hasta sentí un frío en el corazón, como si alguien me hubiese clavado la hoja de un cuchillo que llevara un rato en la nevera. Y por la raja se me fue de golpe toda la felicidad que había sentido esa noche. Todo había sido un malentendido ridículo. Yo la había llamado como amiga, ella había venido como canguro. Claro, qué memo por haber pensado otra cosa.

—Voy... voy a buscar tu dinero.

Era solo una excusa para irme del salón y que no notara que estaba acuchillado. Todo el dinero que tenía estaba en mi bolsillo, no necesitaba ir a ningún lado a buscarlo. Qué suerte que no hubiéramos encargado la pizza, después de todo. Si no, no me habría alcanzado para pagarle. Y si algo tenía claro es que no quería que ella supiera nada del malentendido. Me recompuse un poco y volví a entrar con el dinero en la mano. Amalia estaba hablando por el móvil. Colgó al verme.

—Vienen a buscarme en cinco minutos. ¿Habrá vuelto ya tu madre?

—¿Eh? Sí, seguro que sí. Puedes irte cuando quieras.

Guardamos silencio.

—¿Quieres que te acompañe antes al videoclub?

—No, no hace falta. Creo que lo voy a dejar. Que se joda el del videoclub —dije con rabia.

Amalia se encogió de hombros, algo sorprendida de oírme hablar así. Nos volvimos a callar.

—Hacía tiempo que no me reía tanto —dijo ella al rato—. Lo hemos pasado bien, ¿verdad?

Dije que sí con la cabeza.

—Da gusto cuando te pagan por divertirme —añadió.

Más silencio. Una cantidad enorme de silencio.

—Esto... Voy a ver si han venido ya... —se asomó a la ventana—. No se ve bien desde aquí... Casi voy a esperar en el portal.

El verme tan callado y tan serio la cortaba. Por eso de pronto quería irse cuanto antes. La acompañé a la puerta y, cuando ya había salido, se volvió y me dio dos besos. Nunca nos dábamos besos.

No quería hacerlo, pero al final me planté detrás del visillo para verla marcharse. Al cabo de un rato que se me hizo muy largo, una moto paró frente a mi portal. El conductor se quitó el casco. Era el cretino.

Supongo que tú también habrás visto más de una vez esta escena de película. El bueno recibe una paliza monumental. Los matones lo dejan tumbado en el suelo hecho un guiñapo y se disponen a marcharse. Parece que todo ha terminado. Y entonces, uno de ellos se lo piensa mejor y le da una patada en la boca, no especialmente fuerte, pero que a ti mismo te duele más que todo lo de antes. Bueno, pues esa fue mi patada en la boca.

El lunes no fui a mi cita como guardaespaldas. Salí de casa muy tarde, para estar seguro de que Amalia se habría cansado de esperarme en su portal y se habría marchado sola al colegio. Andaba deprisa para recuperar el tiempo perdido, con la mirada baja y las manos en los bolsillos.

—¡Si me toca, chillo!

Amalia y el hombre calvo estaban del otro lado del semáforo de la plaza, pero la voz de Amalia sonaba tan fuerte y alterada que la oí claramente. Quise correr a defenderla, pero en eso la luz se puso roja y un chorro de coches me impidió el paso. Igual tuve la impresión de que Amalia no estaba precisamente indefensa. Sus gritos habían alertado a unos cuantos peatones. Desde mi orilla del mar Rojo vi cómo se ponían del lado de Amalia y amenazaban al señor calvo. Pero sus palabras y las del señor no lograban cruzar la calle con la misma facilidad que los gritos agudos de Amalia.

—¡No es la primera vez! ¡Hace días que me sigue!

La quiosquera amiga de mi madre, que se había unido al barullo, dio un paso hacia el señor hablando y manoteando mucho, y él retrocedió negando con la cabeza.

—¡Lo que pasa es que siempre me acompaña un amigo, y hoy, en cuanto me ha visto sola...! —gritaba Amalia.

—¡Debería darle vergüenza! ¡Andar persiguiendo jovencitas!

—Ya le he dicho que se equivoca... Yo solo quería preguntarle una cosa.

Ya se oían las voces de todos, el muñequito del semáforo se había puesto verde. Me acerqué andando todo lo despacio que pude. Malditas las ganas que tenía de entrar en aquel corro de energúmenos.

—¿Y qué cosa me quería preguntar, eh? ¿Qué cosa? —gritaba Amalia.

—El chico que te acompañaba los otros días...

¿Se refería a mí? En vez de avanzar y hacerme ver por Amalia, me quedé parado de la sorpresa.

—¡Ja! ¿Lo ven? Los otros días, ha dicho —exclamó Amalia—. ¡Ya les decía que hace tiempo que me sigue!

El círculo en torno al señor se hizo más estrecho y amenazador.

—Solo quería saber si ese chico... —empezó el hombre con un hilo de voz.

—No, si a lo mejor, además de perseguir jovencitas, persigue jovencitos —exclamó alguien en el corro—. ¡Menudo perverso!

—¿Qué es lo que quería saber de mí? —di un paso adelante.

—¡Gen! —Amalia corrió hacia mí y se me aferró al brazo.

—¿Conoces a este señor? —me preguntó la quiosquera.

Negué con la cabeza.

—Entonces, ya se está usted largando con viento fresco, venga... —un tipo gordo dio un empujoncito al hombre, que se puso todo tenso.

—Haga el favor de no tocarme —hablaba con los dientes apretados—. Los motivos para hacer lo que hago son muy lícitos, pero no les incumben a ustedes —así dijo exactamente: «lícitos» e «incumben». Ese tipo de palabras no se me olvidan. Luego se volvió hacia mí—: Tú no me conoces, pero yo sé quién eres. Conozco a tu madre.

—Y a ver, ¿quién es su madre? —la quiosquera otra vez.

El señor dio en voz baja y lenta el nombre y apellidos de mi madre, y su dirección. Eso acalló a la quiosquera, y a mí me mosqueó cantidad. Un tipo al que yo no conocía de nada, con esa pinta sospechosa, que sabía todo sobre mi madre... Me puse en lo peor, como siempre: era un policía, mi madre había

hecho algo malo. No, qué tontería. Pues sería un acreedor, o un cobrador. Desde el accidente andábamos fatal de pelas, entre el arreglo del coche y las clases de yoga que se estaba perdiendo mi madre. Ese tipo me buscaba para reclamarme algún préstamo. ¿A mí? No. Si fuera eso, habría ido a ver a mi madre... Bueno, fuera lo que fuera lo que quería, yo estaba seguro de que era algo malo y no tenía ganas de que lo soltara delante de tanto público.

—¡Ah! Ahora lo reconozco —exclamé—. Sí que es un conocido de mi madre. No pasa nada, ya pueden marcharse... ¿Me oyen? No hace falta que se queden, en serio...

—Pero Gen...

—Vete al colegio, Amalia. Yo hoy voy a llegar un poco tarde.

Los curiosos deshicieron el corro de mala gana, menos la quiosquera, que se quedó a nuestro lado de brazos cruzados, firme como una columna. El cobrador, policía o lo que fuera la miró molesto y luego me miró a mí.

—¿Te parece si entramos ahí a tomar algo? —señaló la cafetería de la plaza—. Hay algunas cosas de las que tenemos que hablar.

Dije que bueno y entramos en Rocky's.

—¡Ojito, que le voy a estar mirando! —exclamó a nuestras espaldas la quiosquera.

—¡Buenos días, caballero! ¿Le pongo lo de siempre?

—Sí, pero hoy me lo lleva a una mesa, haga el favor.

—A mandar... ¡Marchando una tostada! Y al chico, ¿qué le pongo?

—Nada, gracias...

—¿Nada? Pero hazme un poco de gasto, chaval... Un vasito de leche por lo menos, que tiés que crecer, y una tostada como la de tu padre.

Ni el merodeador ni yo nos molestamos en sacarle de su error, y yo tampoco le

dije que no quería leche ni tostada.

—¿Es verdad que me conoces? —preguntó cuando nos sentamos a la mesa.

—No.

—Gracias por mentir, entonces. Me has salvado de un linchamiento seguro.

—De nada.

—Café con leche en vaso... vaso de leche... —el camarero apareció con su pedido... y mi no-pedido—, tostada a palo seco, y tostada con mantequilla y mermelada que, diga lo que diga el doctor, está mucho más rica, chaval...

En vez de mirarme o hablar, el... «doctor» se concentró en su tostada y la partió en dos partes exactamente iguales con el cuchillo, y cada mitad la dividió en otras dos, y cada dos en otras dos, y yo, sin darme cuenta, empecé a imitarlo, como si estuviera allí con él para recibir una lección de disección de tostadas.

Cuando los trozos de tostada se hicieron indivisibles, se puso a reordenar su plato, su vaso y sus cubiertos hasta ponerlos simétricos con los míos, y entonces los dos nos fijamos en el platillo con la mantequilla y la mermelada, que era lo único que rompía el equilibrio. Eran porciones de esas individuales con una tapa metalizada que hay que abrir tirando de una esquina y que a mí me resultan tan... ahora que nadie nos oye, repugnantes. El señor me pasó el platito.

—La mantequilla y la mermelada son para ti. Yo la tomo sola.

Me quedé mirándolas, sin reaccionar.

—¿No te gustan? —preguntó él.

—Sí, sí... Es que no puedo abrir las tapas, porque no tengo uñas.

Volvimos a mirar el plato, como si lo de mis uñas fuera un obstáculo insalvable. Al fin, él se ofreció con poquísimo entusiasmo:

—¿Quieres que las abra yo?

—Vale.

Apretó las mandíbulas y, con un gesto asqueado que solo supo disimular a medias, se puso a abrir el envase de la mantequilla.

—Tiene razón el camarero, ¿verdad? —dije yo.

—¿En que está mejor con mantequilla y mermelada? —preguntó él.

—No, en lo otro que ha dicho —insistí yo—. En que tú eres...

Entonces mi padre, por primera vez, me miró de frente y dijo:

—Sí, tiene razón.

Fue un desayuno bien raro.

Mi padre no llegó a abrirme la mantequilla y nos olvidamos de las tostadas y a la leche le salió nata, que es otra cosa que me repugna, pero entonces no me importó.

A su café no le salió nata porque se puso a removerlo con la cucharilla, no sé cuántas vueltas le dio mientras yo lo miraba de reojo, pero intentando verlo de forma distinta, con una mirada de hijo, como si dijéramos. Y con esa mirada vi enseguida lo que seguramente había visto el camarero: tenía mi misma nariz, y las orejas un poco puntiagudas como yo, y cuando notó que le estaba pasando revista, se le puso la misma cara de sentirse incómodo con que yo salgo en las fotos.

—¿Sabes? Ni siquiera sabía que existías —habló al fin—. Tu madre y yo dejamos de vernos hace catorce años, y no había vuelto a saber de ella... —vuelta a remover con la cucharilla—. Pero ella algo sabía de mí, digo yo, porque hace quince días me llegó una carta suya al hospital donde trabajo. Hablaba de ti.

—¿Qué decía?

—No gran cosa. Algo así como... «Querido Juan, dos puntos, creo que ya va siendo hora de que conozcas a tu hijo. Es un chico cojonudo y se parece mucho a ti. Escribe a este apartado de correos para decirme si quieres o no conocerlo. No me busques, ya me pongo en contacto contigo cuando estemos listos para el encuentro. Besitos, Sagra».

El tono de voz era resentido e irónico, supongo que la carta no era exactamente así, aunque es cierto que mi madre a veces no es muy sutil diciendo las cosas, y que no le gusta enrollarse por escrito.

—Yo tampoco sabía que tú existías —murmuré.

—Todo el mundo tiene un padre, ¿no?

Me sentí un poco estúpido.

—Quiero decir que... mi madre nunca habla de ti. Siempre me ha hecho pensar que no tenía importancia quién fueras. La verdad es que no esperaba conocerte nunca.

—Entonces, ¿cómo me has reconocido tan pronto?

—Por las cosas que haces...

—¿Qué cosas?

—No sé... La manera en que has colocado las cosas del desayuno... La cara de asco que has puesto al intentar abrir la mantequilla... A mí también me dan asco las tapitas de mantequilla. Además tienes la nariz larga y muy recta, como yo, y las orejas un poco puntiagudas.

—¡Vaya! No es una gran herencia genética. Lo siento.

Parecía hecho polvo. Intenté arreglarlo.

—No, si supongo que también habré heredado cosas buenas, aunque no se note así a la primera. Mi madre siempre presume de que te seleccionó con mucho cuidado.

—¿Que me seleccionó? —casi gritó él—. ¿Para qué seleccionar un padre si no lo vas a dejar ejercer como tal?

—Bueno, ella no estaba seleccionando exactamente un padre, estaba seleccionando más bien... un espermatozoide...

Me miró horrorizado. Para acabar de estropearlo, intenté explicarle la teoría de mi madre sobre el espermatozoide rigurosamente seleccionado. Ahora estaba horrorizado y furioso.

—¡Así que el embarazo fue premeditado! —gritó—. ¡Me... robó un espermato... —un par de personas se volvieron a mirarlo desde la barra y enseguida se interrumpió. Se pasó una mano por la cara y, al quitarla, había recuperado el control—. En fin —murmuró—. Eso son cosas que tendré que hablar con tu madre cuando la vea. No tienen nada que ver contigo y conmigo. Lo importante es que estamos los

dos aquí... cara a cara... –intentó sonreír–, tomando el desayuno... –señaló mi tostada petrificada y mi vaso lleno de nata–. Y ahora...

–Y ahora, ¿qué? –pregunté yo.

–Pues no sé, la verdad –mi padre soltó una risita nerviosa y dio un codazo a su café, que se derramó sobre la mesa.

Miró el líquido marrón casi con espanto y se puso a controlar la inundación con un montón de servilletas, concentradísimo, como si fuera la tarea más importante del mundo. Me dio un poco de vergüenza ajena y un poco de ternura, de tan bien que lo comprendía.

Cuando acabó y me sorprendió mirándolo, se encogió de hombros, avergonzado.

–Manías mías... No soporto las manchas...

–Yo tampoco.

Consultó su reloj, creo que por hacer algo, pero al ver la hora se asustó de verdad.

–No sabía que era tan tarde –se puso de pie–. Tengo que irme, tengo una operación. ¿Te parece que quedemos aquí otra vez mañana, a la misma hora? Así desayunamos juntos y nos vamos conociendo un poco.

Dudé un poco antes de decir:

–Vale.

Puso unas monedas en la mesa, se levantó y, al pasar a mi lado, levantó el brazo, no sé si para estrecharme la mano o acariciarme la cabeza o qué. Al final se limitó a hacer una especie de saludo un poco raro.

–Hasta mañana entonces... –vaciló–. ¿Cómo te llamas?

–Gen.

–¿Gen? –hizo una mueca de disgusto–. Tu madre siempre tan original. No sospechaba que estuviera tan obsesionada por la genética.

–No, no es por los genes de los cromosomas, es Gen por Genaro, como mi abuelo.

–Ah –pareció aliviado–. Pues... hasta mañana, Gen... Yo me llamo Juan.

Así empecé mis desayunos clandestinos con Juan. A mi madre, ni palabra. Estaba enfadado con ella por no haberme dicho ni siquiera que se había puesto en contacto con mi padre. Secreto por secreto, esta era mi revancha.

La verdad verdadera es que los dos primeros días fui a desayunar con Juan más por rebeldía hacia mi madre que por ganas. Ganas no tenía ningunas. En todo caso, curiosidad y mucha vergüenza. A él también le daba vergüenza, no nos sentíamos nada a gusto el uno con el otro. Yo juraría que se preparaba las preguntas que quería hacerme la noche anterior, y yo las contestaba con el menor número posible de palabras. Vale, era halagador tener de pronto un padre que se interesaba por mis cosas. Pero, por el momento, lo sentía más como un señor desconocido empeñado en hurgar en mi vida. En hurgar y juzgar. Además de preguntar, me miraba mucho. Se fijaba en todo, el tío.

Un día me vio metiendo los dedos gordos por dos agujeros que tenía en los puños del jersey. Lo hago siempre que me pongo nervioso.

—¿Andáis mal de dinero? —preguntó de pronto.

—No.

Me puse colorado. Miré mis pulgares, asomando cada uno por una manga como gusanitos.

—Hago eso con todos mis jerséis —saqué los dedos—. Es una manía que tengo. Mi madre ya no se molesta en cosérmelos.

Cuando le conté de todas nuestras mudanzas, chasqueó los labios, como disgustado.

—Tanto cambio... no debe de haber sido nada fácil para ti, ¿no?

Supongo que me gustó sentirme compadecido, y por eso empecé a contarle los

motivos del último traslado, con más detalle del que solía. En cierto momento, Juan suspiró:

—Veo que Sagra sigue con sus crisis: de la depresión a la euforia sin escalas. No es lo mejor para criar a un niño.

Ahí salté como un tigre. ¿Quién era él para juzgar a mi madre como madre?

—¡Mi madre me ha criado perfectamente! —grité—. Y no vengo aquí a escondidas para que te metas con ella.

Se quedó flipado. Cuando por fin habló, sonaba de lo más humilde.

—Lo siento, Gen —se disculpó—. No es mi intención malmeterte con tu madre, no volverá a pasar.

Nos quedamos callados y evitamos mirarnos, y los ruidos de la cafetería llenaron el espacio entre los dos. La máquina del café silbaba, tocó premio en la tragaperras, alguien descargaba el lavaplatos, el camarero que nos servía todos los días intercambiaba bromas con el cliente de la mesa vecina. Mi padre lo llamó levantando la mano.

—¿Se cobra, Manolo?

Miré a Juan alucinado.

—¿A ti también te da por llamar Manolo a la gente?

—Es que se llama Manolo —repuso mi padre, y luego exclamó—: ¡No me digas que tu madre sigue con la manía de los manolos!

Dije que sí con la cabeza, y mi padre se echó a reír. Era la primera vez que lo oía reír.

—¿Te ha contado alguna vez cómo empezó eso? —me preguntó.

—No.

—Pues fue estando ella y yo juntos. Una noche, cuando volvíamos de una fiesta por una calle desierta, se nos acercó por detrás un tipo. Agarró a tu madre, le

puso una botella rota al cuello y me dijo que si no le daba mi cartera, la rajaba. Yo se la iba a dar, claro, no soy un héroe y el chico estaba tan nervioso que era capaz de cualquier cosa, creo que era un drogadicto en pleno mono. Pero entonces va tu madre y le dice: «A ver, Manolo, tranquilo. Piensa lo que estás haciendo».

Y el chico: «¿Cómo sabes mi nombre? ¿Me conoces?».

Y Sagra: «Es como si te conociera. Y por eso sé que ahora no estás siendo tú, y que luego te vas a arrepentir».

Y el chico: «¡Pues claro que no soy yo, pero necesito la pasta, joder!».

Yo le tendí la cartera al momento, temiendo lo peor. Pero Sagra va y dice: «No la cojas, Manolo. Esta no es forma de hacer las cosas. Si quieres dinero pídelo, pero déjate de amenazas. Porque, a ver, ¿vas a matarme por una dosis de caballo?».

No sé qué más le dijo, te confieso que estaba demasiado nervioso para escuchar. Cuando me quise dar cuenta, el tal Manolo había bajado la botella. Sagra me cogió la cartera, le dio las cinco mil pesetas que llevaba dentro y le soltó: «Que conste que no nos las robas tú: te las damos nosotros».

El Manolo las cogió, y creo que hasta dio las gracias. Pero cuando ya se iba a ir, se lo pensó mejor y me pidió el reloj. Yo se lo habría dado, claro, pero Sagra le soltó: «¡No te pases, Manolo!».

Sonaba como si estuviera riñendo a un amigo un poco gorrón. Así lo debió de tomar el Manolo, porque se encogió de hombros y se fue sin rechistar. Increíble... –mi padre meneó la cabeza y sonrió–: «No te pases, Manolo...» –repitió–. Todo un personaje, tu madre –me miró–. Gracias a ella, aquel encontronazo, que podía haber sido trágico, o por lo menos muy desagradable, nos dejó riendo a carcajadas en medio de la calle. Supongo que era una risa nerviosa, una forma de liberar la tensión del mal rato, pero igual nos reímos como locos.

Claro que la cosa se le subió un poco a la cabeza. Desde esa noche se empeñó en que tenía un sexto sentido para detectar a los hombres que se llamaban Manolo. Íbamos por la calle y decía: «Ese es un manolo, qué te apuestas». Y si me apostaba algo, se acercaba y le decía: «¿Qué pasa, Manolo?», y el manolo de

turno se quedaba tan sorprendido que no decía nada, no sé si porque se llamaba Manolo o simplemente porque no conocía de nada a tu madre y no le daba tiempo a reaccionar. En cualquier caso, me tocaba pagar la apuesta... ¿También a ti te toca pagar las apuestas?

—Nosotros no apostamos, pero a lo mejor me convenía, porque casi siempre se equivoca.

—También se equivocaba entonces, qué te crees. Una vez nos paró un guardia por exceso de velocidad, tu madre lo trató de manolo para ganárselo y casi acabamos en el cuartelillo, por faltar al respeto a la autoridad. En general, las gracias de Sagra caían bien a la gente, pero a veces rayaban en la provocación, no sé si queriendo o sin querer... —se interrumpió, cauteloso—. No me entiendas mal, no me estoy metiendo con ella... Solo digo que había que saber entender su sentido del humor...

—Sigue siendo igual —admití.

Y le conté lo de cuando echó de su sitio en el autobús al tipo con el aura torcida.

A partir de ahí, nos pusimos a intercambiar anécdotas de mi madre como quien cambia cromos. Después de unas cuantas, el hielo se rompió un poco. Esa es una cosa alucinante de mi madre, que es capaz de romper el hielo hasta sin estar delante. Fíjate que Juan y yo, que en esos días le guardábamos bastante rencor, solo nos soltamos a hablar normalmente, y hasta a reírnos, cuando hablamos de ella. Aunque, bien mirado, tampoco era tan raro: hasta entonces mi madre era la única cosa que las vidas de mi padre y la mía tenían en común.

Desde ese día, Juan dejó de preguntarme cosas y hablábamos de lo que salía, que no solían ser cosas muy personales, pero sí bastante curiosas. Juan era como una enciclopedia. Miraba su taza de café, y ya te estaba diciendo la cantidad de cafeína que hace falta para matar a un ratón de laboratorio. Veía a un cliente sacar un paquete de Marlboro de la máquina de tabaco, y te soltaba unas estadísticas sobre el cáncer de pulmón. Entre lo bien que hablaba, las cosas que decía y lo planchado que iba, parecía el locutor de un programa divulgativo de la tele.

A los dos días de desayunar juntos, me empecé a peinar un poco por las mañanas, y hasta una noche pregunté a mi madre por la plancha. Mi madre no sabía dónde estaba, ya ves lo mucho que planchamos en casa, y en vez de hacer

memoria se empezó a burlar y a preguntar que cómo se llamaba la chica. Me cabree con ella, pero sobre todo conmigo por tener tan poco carácter, que a ver por qué tenía que cambiar para dar gusto a Juan. Decidí que al día siguiente iría más arrugado y despeinado que nunca. Pero al irme a acostar, ya se me había pasado un poco, yo siempre tan razonable. Me quedé en un punto medio y no planché la ropa, pero tampoco la llevé arrugada del todo: utilicé el método tradicional de dormir con la camiseta y los pantalones bien estirados debajo del colchón.

—¿Cómo está tu madre? —me preguntó Juan, como cada mañana—. ¿Puede hablar ya?

—Más o menos. Los demás no la entienden muy bien, pero yo sí. Si subes ahora a casa, podría hacerte de intérprete...

—Ni hablar. Estoy esperando a que ella se ponga en contacto conmigo, como me pidió. Soy un hombre de palabra.

—Solo a medias. Ella no quería que tú y yo nos viéramos aún, y mira.

—Sí, pero eso ha sido un... fallo técnico —se defendió riendo.

Mi madre y Juan no se habían visto todavía. En la carta, ella le pedía tiempo para recuperar el habla antes del encuentro. No daba señas ni manera de localizarnos. Si Juan y yo nos habíamos encontrado, era porque él se las había apañado para dar con nosotros.

—Se me ocurrió pasarme por tu casa porque cuando conocí a tu madre, vivía allí con una amiga. Encontré el nombre en el buzón y... decidí empezar a conocerte.

—¡Espíarme!

—Bueno, a espiarte. Tú ni cuenta, siempre estás en las nubes, pero esa amiga tuya me descubrió al tercer día. ¡Menudo elemento! ¡Qué gritos daba! ¿Es tu novia o algo?

—No —gruñí, y me puse tan ridículamente colorado, que mi padre hizo una mueca burlona.

—Vaya. Veo que has heredado mi afición a las mujeres de carácter fuerte. Lo

siento por ti.

En eso, Manolo trajo nuestros desayunos, y él miró con desaprobación mi chocolate con churros. Era lo que pedía ahora para evitar encuentros desagradables con tapitas de mantequilla y mermelada.

–Chocolate y churros de vez en cuando, pase, pero esto empieza a ser demasiado, Gen. No es comida sana –me riñó.

Y yo pensé que quién era aquel tío para andar regañándome como si fuera mi padre. Y luego me dije a mí mismo: «Es mi padre».

–¿De qué te ríes? –preguntó Juan entonces. Se ve que yo estaba sonriendo sin darme cuenta.

Y le dije que de nada, que cosas mías.

Al día siguiente pedí un zumo de naranja, un vaso de leche y una barrita de pan tostado con aceite y sal. Gran descubrimiento: sabía tan buena como los churros, venía sin tapitas repugnantes añadidas y estaba dentro de los límites de colesterol que Juan consideraba admisibles.

Pronto vi que Juan se preocupaba bastante por ese tipo de cosas: el colesterol, la grasa, las vitaminas... Bueno, parecía de los que se preocupan por todo en general, pero tratándose de lo que es sano y lo que no, tenía excusa, que por algo era médico. Cirujano, tenía que haberlo sospechado el día en que le vi diseccionar su tostada. Tenía pinta de mandar bastante, porque durante nuestros desayunos no era raro que lo llamaran al móvil desde el hospital, y entonces le salía una voz como de persona que sabe de qué habla y siempre tiene razón. No se parecía en nada a la que usaba al hablar conmigo, que estaba llena de pausas y de dudas y de eehs y aaahs.

—Ya me ocuparé de eso en cuanto llegue.

—No. Me parece inadmisibile.

—Dale el informe al doctor Muñoz y dile que vas de mi parte.

Me contó que estaba casado con una anestesista, y que estaban en trámites para adoptar una niña de la India.

—Lucía, mi mujer, no se quedaba embarazada, así que nos dimos por vencidos. Pensamos que no podíamos tener hijos propios, ya ves tú lo que son las cosas... hijo —me miró un momento sonriendo y pareció que iba a decir algo más, pero luego no dijo nada, miró su taza y se puso a remover el café. Aunque no tenía café. A mí me gusta pensar que iba a decirme que estaba contento de haberme conocido, o algo así.

Durante esas dos semanas, yo había ido acostumbrándome a Juan. Más que eso: había empezado a gustarme, a pesar de ser un poco demasiado serio y pedorro y

calvo e incapaz de llamarme hijo sin ponerse colorado. Parecía inteligente y buena gente, y un tipo de esos en los que se puede confiar. Y puede que tuviera hasta sentido del humor: a veces llevaba una corbata del pato Donald y una vez le hizo una broma a Manolo el del bar (sin gracia, pero broma al fin y al cabo). Por eso, lo de la anestesia y la niña que iba a venir de la India me sentó como una patada. Es que yo me había montado ya mi película: a lo mejor Juan seguía colgado por mi madre y por eso estaba tan dolido con ella, y se interesaba cada día por su salud, y se le alegraba la cara cuando se acordaba del drogata Manolo. Y a lo mejor mi madre seguía queriéndolo a él, que a ver si no por qué había escrito aquella carta después del accidente, en esos días en que le dio por pensar tanto. Yo lo sentía por la tal Lucía y por la niña india, pero, en mi película, de alguna manera, mis padres volvían a estar juntos. No entraba mucho en los detalles, no acababa de ver claro cómo vivirían juntas dos personas tan diferentes, pero me parecía que al lado de un hombre tan serio y tan sensato, mi madre tendría que encontrar para siempre ese equilibrio que a veces perdía. ¿Y a mí? ¿Me gustaría compartir a mi madre y mi casa con Juan? No estaba seguro del todo. ¿Cómo sería? Varias cosas estaban claras: la plancha no volvería a perderse y las llaves estarían siempre colgadas del gancho de la entrada y los imanes pegados simétricamente en la nevera. Dejaríamos de encargarnos de pizzas, porque son comida basura y porque la nevera nunca estaría vacía. No nos reclamarían facturas sin pagar porque nunca se traspapelarían y porque siempre tendríamos dinero para pagarlas, que esa era otra: mi padre era todo un señor cirujano y, con él, llegaríamos de sobra a fin de mes. Y eso sin tener que llenar de gordis nuestro salón. Mi padre no admitiría gordis en su salón. Así lo pensé: no las admitiría. Y me imaginé a mi padre entrando en el salón lleno de embarazadas y diciendo con autoridad:

—Esto es inadmisible.

Y a las gordis que desfilaban fuera de nuestra casa con las cabezas gachas.

—¿En qué piensas? —Juan acababa de terminar una de sus llamadas importantes y me miraba curioso.

Corté de golpe mi película. Porque me daba vergüenza pensar en ella y también porque todavía no había descartado del todo mi superstición de que las cosas no ocurren como imagino.

—En nada... —murmuré.

Pero Juan no me escuchaba. Miraba con los ojos redondos de susto algo situado a mis espaldas.

—Sa... Sagra...

Volví la cabeza y vi a mi madre, que se dirigía a nuestra mesa con los ojos inyectados en sangre y la melena roja ondeando al viento. Bueno, exagero; pero, desde luego, no parecía muy contenta.

La quiosquera meticona se había ido de la lengua. Esa mañana, después de pasar tres semanas absorbida por sus propios asuntos, mi madre se despertó con ganas de saber qué pasaba en el mundo y bajó a comprar el periódico. De lo primero que se enteró fue de que yo desayunaba todos los días en Rocky's con un tío muy sospechoso. La noticia no salía en el periódico, ni siquiera en las páginas de Madrid, pero a la del quiosco le faltó tiempo para contársela. Eso explicaba que mi madre estuviera en la puerta del bar, mirándonos a Juan y a mí con la boca y los ojos muy abiertos.

—¡'uan! ¿Ómo haz po'í'o hace'me ezto? —bramó.

—Dice que cómo has podido hacerle esto —me apresuré a traducir.

Juan bajó la cabeza como un niño pillado en falta.

—¡Y 'ú, 'en!

Mi madre se dirigía ahora a mí, entre incrédula y decepcionada. También bajé la cabeza y, con ella gacha, oí el móvil de Juan y su voz destemplada al responder:

—¡Ahora no puedo hablar!

Creo que esa llamada le vino muy bien, porque le sirvió para ponerse su voz autoritaria y, con ella ya puesta, en vez de achantarse con los gritos de mi madre, se dedicó a atacar:

—¿Quién le ha hecho qué a quién? ¿Quién tiene que explicar cosas aquí?

Su voz sonaba fuerte sin que tuviera que gritar. Mi madre se calló y se callaron los clientes del bar y Manolo dejó una broma a medias y se quedó mirándonos mientras se le desbordaba la caña que estaba sirviendo.

—Aquí no, mejor vamos a otro sitio —murmuró Juan—. ¿Podemos subir a tu casa?

Juan dijo que mejor me dejaban primero en el colegio, y yo dije que ni hablar, que yo también quería estar y además les hacía falta como intérprete, y mi padre dijo que tenían que tratar asuntos de mayores, y mi madre dijo: «Do no ocu'to a' coza' a mi i'o», y yo le dije a mi padre que eso quería decir que no ocultaba las cosas a su hijo, y mi padre dijo que ¡ja!, que no le hiciera reír. Total, que al final no fui al colegio, como quería mi padre, pero tampoco estuve en el salón con ellos mientras hablaban, como queríamos mi madre y yo, así que nadie se quedó contento y estuve por dar la razón a mi madre en eso de que es más fácil tener solo un padre o solo una madre que tener la parejita.

Tenía la esperanza de enterarme de todo desde mi cuarto, pero qué va. Juan me cerró la puerta casi en las narices, lo que me dio una rabia tremenda, porque a ver quién era él para encerrarme. «Mi padre», me respondí, pero esta vez la idea no me hizo gracia, y estuve pensando en si un hombre al que apenas conocía tenía derechos sobre mí solo porque había donado (o le habían robado) un espermatozoide para traerme al mundo.

Al cabo de un rato bastante largo, sonó la puerta de la calle. De un salto, me planté en el salón. Para entonces, estaba bastante confuso y muy furioso. Estaba furioso con Juan por haberme encerrado. Estaba furioso conmigo mismo por no haberle plantado cara. Y estaba furioso con mi madre por dos cosas que, pensándolo un poco, eran bastante contradictorias: por haberme dejado sin padre durante trece años y por hacerme apechugar con uno ahora de golpe y porrazo. Lo que te digo: estaba hecho un lío.

Mi madre estaba recostada en el sofá con los ojos cerrados. Por el suelo y sobre los almohadones había esparcidas hojas arrancadas de un cuaderno, todas llenas con su letra. Por lo visto, se había entendido con Juan por escrito. Si es que se habían entendido, porque, mirando la cara de mi madre, más bien parecía que no. Las esquinas de la boca le colgaban un poco; tenía los párpados gordos y con unas arrugas que no le había notado antes y que la hacían parecer un poco vieja. Para mí que había llorado.

Debió de notar que la miraba, porque abrió los ojos. Al instante cambió de cara y puso esa que pone siempre que quiere que le perdonen algo, que al primer

vistazo parece muy triste y arrepentida pero en el fondo tiene algo pillo, como la de un niño pequeño que ha hecho una trastada y te está diciendo sin palabras: «Pues sí, he roto el jarrón chino, pero no lo he hecho con mala intención, yo soy así, qué le vamos a hacer, si me quieres me tendrás que perdonar».

Y yo, claro, la perdoné. Creo que se dio cuenta al instante, con su sexto sentido o lo que fuera, porque se encogió de hombros, sonrió y me dijo:

–Beno, ‘en, ezto e’ o que hay... Ahoda cué’tame: ¿qué te pa’ece tu pad’e?

–Mmm... Tiene las manos interesantes.

Lo dije en broma, o más bien porque no sabía qué decir. Pero esta vez era verdad: supongo que las manos de un cirujano son interesantes a la fuerza.

A partir de ahí ya no hubo desayunos en Rocky's, claro. En cambio, un día, a la vuelta del cole, me encontré a Juan hablando con mi madre en el salón. Me bastó echarles un vistazo para saber que no estaban ensayando mi película de amor. Mi padre estaba sentado en el sofá y mi madre en el suelo, bien lejos de él, con el cojín grande abrazado contra la tripa, como si fuera un escudo. Mi madre ya tenía la lengua lo bastante bien para hacerse entender sin su cuaderno. En cuanto los dos me hubieron saludado, me soltó de sopetón:

–Me estaba diciendo Juan que querría verte de vez en cuando. ¿Te gustaría eso?

–Eh... Pues... supongo.

–Podíamos fijar un día a la semana para pasarlo juntos –propuso Juan.

–¿Por qué un día fijo? Yo creo que es mejor ir viendo sobre la marcha –empezó mi madre.

–Yo necesito planificar mi semana por adelantado –interrumpió Juan.

–Qué manía con cuadrricular la vida... –murmuró mi madre–. ¿Qué tal un poquito de espontaneidad de vez en cuando?

–Déjate de monsergas, Sagrario. Lo que tú llamas espontaneidad no es más que dejadez e irresponsabilidad...

Esta vez no hacía falta que Juan me mandara a mi habitación. Yo mismo no tenía ningunas ganas de estar allí. Empujé con la cabeza la cortina del pasillo. Las hileras de cuentas me abrieron paso y luego se cerraron tras de mí con un tintineo. Mis padres dejaron de discutir.

–No te vayas, Gen –me llamó Juan al cabo de unos instantes–. Esto tiene que ver contigo.

Volví y me quedé de pie, mirando el suelo.

–¿Qué tal... qué tal los domingos? –propuso mi madre después de un silencio bastante largo.

–Los domingos estaría bien –contestó mi padre–. ¿A ti qué te parece, Gen?

Me encogí de hombros.

Mi madre y yo cenamos espaguetis a palo seco, porque no encontramos nada que ponerles encima. Comíamos sin hablar. Antes siempre hablábamos en las comidas, ella sobre todo, pero desde lo de su herida en la lengua, nos habíamos acostumbrado a estar callados. Mi madre daba vueltas y vueltas con el tenedor a un montón de espaguetis, me recordó a Juan cuando le daba por revolver el café con la cuchara.

–En el fondo nos apreciamos, no creas –dijo de pronto.

–Sí, se nota. Hacéis una pareja estupenda –respondí, un poco borde. Y luego me quedé pensando–. ¿En serio que vivisteis juntos un año?

–Casi. Y no te creas que nos peleábamos todo el rato. También había muchos momentos buenos. Juan es un tío muy especial... ya te irás dando cuenta. Vivir con él tiene su gracia. Sí... Yo creo que llegaría a gustarte vivir con él...

Por fin levantó la vista de los espaguetis. Me miró de una manera un poco rara.

–Y eso, ¿a qué viene? –salté–. No voy a vivir con él.

–No, claro... Digo, si llegaras a vivir con él algún día...

Me quedé helado. Hacía un rato no había entendido nada. Creía que mi madre se peleaba con Juan por no renunciar a mí ni un solo día a la semana. Y era justamente lo contrario.

–Si quieres hago ya las maletas –solté de muy malos modos.

–¿Qué maletas? ¿De qué hablas?

Eso era, me dije: le había dado una de sus ventoleras y había decidido abandonarme por ir a la India a bañarse en el Ganges, o al Tíbet a meditar con unos monjes de esos vestidos de naranja. Por eso había avisado a Juan.

–Quieres que me vaya a vivir con Juan, ¿verdad? –grité.

–¡Pero qué dices! ¡Cómo voy a querer eso!

–Entonces, ¿a qué viene ahora eso de si me gustaría vivir con él?

–Solo quería saber si, en caso de que algún día tuviera que ocurrir, que yo no quiero, desde luego, pero digo, si fuera por causa de fuerza mayor... si crees que estarías a gusto viviendo con tu padre.

¡Por causa de fuerza mayor! Volví a quedarme helado, pero por una razón diferente a la que me había dejado helado antes.

–¿Qué te pasa? Hay algo del accidente que no me has dicho, ¿verdad? –murmuré—. Te pasa algo grave...

Eso era. Tenía alguna lesión de la que no me había hablado, que ponía en peligro su vida. Por eso últimamente le había dado por pensar en la muerte. Algo de la cabeza, sería. Eso explicaba lo rara que estaba últimamente, y esas preguntas sin sentido que hacía de vez en cuando.

–¿Te vas a... morir? –pregunté con un hilo de voz.

–Pues claro que me voy a morir, como todos, cuando llegue mi hora –mi madre soltó una risotada—. No tengo intención de hacerlo próximamente, pero nunca se sabe. ¡Es tan fácil! Un zorro atolondrao, un cinturón sin abrochar y, ¡hale!, igual te vas al otro barrio, dejando todos tus asuntos patas arriba... Pero no. Este accidente ha sido un aviso. Un poco más y me vuelvo una persona responsable. Si yo falto, mis asuntos no van a quedar patas arriba. Si la palmará...

–No digas eso –gruñí.

–Las cosas no dejan de existir por no hablar de ellas. Se pueden hablar una vez y dejarlas zanjadas, y a otra cosa. Si yo me muriera, ¿adónde irías?

–A vivir con los abuelos, supongo –murmuré.

–Están muy mayores y andan algo justos de dinero. ¿Cuántos años podrían ocuparse de ti? ¿Qué educación te iban a dar? ¿Acaso te gustaría vivir siempre en el pueblo?

Me quedé callado. Los abuelos eran mi única familia directa en España.

–Claro que está el tío Genaro –prosiguió mi madre–. Seguro que se haría cargo de ti. Lo malo es que no piensa volver a España, y tú mismo me has dicho que no te va mucho el holandés...

Seguí callado.

–Siempre nos queda Cuca –prosiguió mi madre–. Cuca te quiere mucho. Le gusta bromear contigo, hacerte un buen regalo en Navidad, llevarte al cine de vez en cuando. Pero quizá te querría menos si te tuviera de hijo a tiempo completo... –se paró a tomar aire–. En cambio, Juan...

Ahora lo comprendía todo: por qué de pronto mi madre había hecho entrar a Juan en escena, por qué le había dado por hacer esas preguntas incoherentes que no lo eran tanto.

–... Juan es el hombre más responsable que conozco –continuó–. Si a mí me pasara algo, te daría la mejor educación. Y valores morales sólidos –era difícil saber si hablaba en serio o de guasa–. Te tendría bien vestido, bien alimentado y vitaminado, no dejaría que te diera ni un catarro... En fin, que casi saldrías ganando si yo la palmara y te fueras a vivir con él.

–¡Deja ya de decir eso! –me enfadé. No me estaba haciendo gracia el humor macabro de mi madre.

–Pero os fastidiáis, porque no tengo ninguna intención de morirme –concluyó ella–. Como mucho, os dejo estar juntos los domingos. Y espero que Juan no aproveche para camelarte, que si toma estas zapatillas de marca, que si esta Play Station, que si este móvil para que puedas llamarme sin que se entere tu madre... ¿Te vas a dejar camelar?

Yo dije que no, que nunca en la vida, y que si podíamos hablar ya de otra cosa.

A la mañana siguiente coincidí con Amalia en la cola del comedor. Hacía mucho que no la veía o, por lo menos, que no reparaba en ella. Había estado bastante concentrado en el asunto de mi nuevo padre.

—¡Hombre, Gen! ¿Dónde te metes por las mañanas?

Me encogí de hombros.

—Hace un montón que no te veo. Desde el día del tipo ese. ¡Menudo bicho raro! Tenía toda la pinta de un psicópata. Por cierto, ¿quién era?

—¡Mi padre! —la voz me sonó áspera, no me gusta que llamen psicópata a Juan.

—¡Bueno, hombre! Si no me lo quieres decir, no me lo dices, pero tampoco tienes que ser tan borde.

Amalia cogió su bandeja y se fue en dirección contraria a la mía, haciendo una mueca de ofendida. Estuve por llamarla para decirle que hablaba en serio, que no estaba siendo borde. Pero luego pensé que no valía la pena.

Durante la comida me estuve fijando en ella, pero no la miraba como antes, con la baba colgando; la miraba más bien con curiosidad y un poco de preocupación, porque algo había cambiado en ella, y no precisamente para bien. Parecía distraída, y las cabezas de sus compañeros de mesa no se inclinaban todas hacia ella como antes. Estaba muy blancucha y con la cara chupada. Se dedicaba a jugar con la comida del plato, pero en ningún momento la vi comer. Eché en falta su aura. Y me dije, con un poco de alivio y un poco de pena, que a lo mejor se me había pasado la fiebre Amalia.

Desde ese día no he vuelto a ver a Amalia, y eso que han pasado más de dos meses. Lleva mucho tiempo faltando a clase. Siempre que paso cerca de su casa

pienso en subir, pero al final lo dejo para el día siguiente. Mañana voy sin falta.

Cuca ya no está con León y mi madre ya no trabaja en la galería, así que andamos bastante mal de pasta, pero a cambio tenemos lo que mi madre llama «grandes proyectos»: Cuca y ella están hablando de alquilar un local para montar un «centro de bienestar holístico» —¡chúpate esa!— donde habrá clases de yoga y pilates, masajes, aromaterapia, reflexología... y todas esas cosas que se supone que hace la gente para relajarse y estar a gusto consigo misma. Si Cuca se ocupa de los aspectos prácticos y mi madre le echa muchas, pero que muchas vibraciones positivas, puede que el asunto funcione.

Entre unas cosas y otras, ha llegado la primavera, de pronto y a lo bestia. Fue hace un par de semanas. De pronto, un día el aire se volvió distinto, caliente y como empalagoso. Las chicas se quitaron los jerséis y de pronto aparecieron brazos y escotes y ombligos y otras cosas que llevaban muchos meses ocultas. Paula, que se sienta delante de mí, empezó a venir con una coleta muy alta y una colección de camisetas de tirantes que he acabado por conocer de memoria. Bueno, la coleta a lo mejor la ha llevado siempre, pero yo antes no me fijaba demasiado en Paula. Ahora, en cambio, cada dos por tres tengo los ojos fijos en ella, y me dan ganas de inclinarme hacia delante y rozar con los labios los bultitos que le hacen las vértebras en el cogote y el principio de la espalda. Me pasa sobre todo después de comer, que entra el sol por la ventana y se ve a contraluz que tienen pelusilla dorada, como la piel de un melocotón. La miro con tanta energía mental, o lo que sea, que a veces lo nota: se rasca justo donde he puesto los ojos, o se da la vuelta y nos miramos un momento. Ese momento cada vez es un poquito más largo, como si jugáramos a ver quién baja antes la vista.

Yo pierdo más veces que ella y, para disimular, hago como que me interesa mucho lo que se ve por la ventana. Afuera, el sol brilla con ganas, el cielo está superazul, y hasta las malas hierbas del patio tienen un verde tan rabioso que me dan ganas de salir y darles un bocado. Es que últimamente quiero darle bocados a todo. Y como no puedo, me empiezo a poner muy nervioso y siento que la sangre se me alborota y tengo que contener las ganas de ponerme de pie y gritar: «¿Qué hacemos aquí perdiendo el tiempo? ¡El mundo está ahí fuera, esperándonos!». Porque parece que todo ese despliegue de primavera está allí para algo, y que hay que hacer cosas grandes y comerse el mundo, en vez de escuchar a La Sosa hablar de la fotosíntesis.

Pero cuando por fin se acaban las clases y nos dejan sueltos y puedo hacer lo que

quiero, no sé qué hacer. Unas veces me da como flojera, ganas de tumbarme y no hacer nada durante el resto de mi vida. Otras es lo contrario: tengo un cosquilleo por todo el cuerpo que solo se me quita con un poco de acción. Y tengo hambre. Como no puedo comerme el mundo ni el cogote de Paula, me zampo unas palmeras de chocolate de tamaño XXL que venden en la panadería de enfrente del colegio. Luego hago un poco de tiempo y, cuando todo el mundo se ha ido, echo a correr y no paro hasta llegar a casa. Los primeros días llegaba hecho polvo, aunque con la sangre más calmada, que de eso se trataba. Pero la segunda semana, la carrera hasta casa ya no bastaba para cansarme, así que le añadí una vuelta a la manzana, y luego dos vueltas al parque, y ahora hasta me hago allí, en un rincón donde no suele haber nadie, las flexiones de brazos que había seguido haciendo todo este tiempo en casa, aun después de que supe que con Amalia los bíceps no iban a ninguna parte.

Juan se ha enterado de mi nueva afición a correr, y este domingo hemos ido a correr al parque del Oeste. Claro que el plan con él es muy distinto. Apareció con un cuentakilómetros, un cuentapulsaciones y un cronómetro, porque dice que cada día tenemos que superar la marca del día anterior, y que vamos a correr la maratón de Madrid. Cuando se lo conté a mi madre a la vuelta, se partía de risa. «Para Juan, todas las cosas tienen que tener un propósito superior», se burló. «¿No basta con correr por correr?». A mí me basta con correr por correr, y me dio bastante corte cuando Juan empezó a enchufarme todos los trastos que había traído, que parecía un enfermo de Urgencias. Pero no se lo confesé a mi madre ni se lo dije a él para no chafarlo. Además, no está mal cuando corremos los dos. Es una forma de estar juntos sin tener que hablar mucho (a él no le da el fuelle), y a lo mejor lo de la maratón tiene su gracia.

El domingo corrimos un montón. A Juan casi le da algo, pero creo que habría preferido morirse a confesar que no podía más. Cuando vi que la lengua le colgaba hasta las rodillas, le propuse que parásemos. Nos tiramos en la hierba y nos bebimos cada uno una botella de Gatorade, porque dijo que teníamos que recuperar los minerales perdidos por el sudor. Estaba atardeciendo, y al ratito el sudor se me empezó a quedar frío y noté cómo los pelos de los brazos se me ponían de punta.

—Vámonos ya, que aquí quietos nos vamos a resfriar —dijo, cómo no, Juan. Y, cuando estuvimos levantados, me propuso—: ¡Te echo una carrera hasta el coche!

Eché a correr con todas sus fuerzas y, cuando reaccioné, me lancé tras él. Al

principio creí que no lo alcanzaría, pero enseguida le empezaron a fallar las pilas y lo pasé. Intentó ponerme una zancadilla, pero no pudo. Le oí jadear detrás de mí, entre risas:

—¡Ni se te ocurra ganarme! ¡Un respeto a tus mayores!

Le saqué un montón de ventaja. Me paré junto al coche respirando primero muy deprisa, y luego cada vez más despacio y más hondo. Me pareció que me cabía más aire que nunca en los pulmones, como si me hubieran crecido. En eso, me vi reflejado en la ventanilla del copiloto. O más bien vi mi silueta y, todo alrededor, un resplandor naranja intenso que parecía salir de mí. Y esta vez era un aura real, no una que yo imaginara con mi voluntad. Luego resultó que era el sol que se estaba poniendo y se reflejaba en el cristal. Pero igual fue un momento bastante especial.



TE CUENTO QUE PALOMA BORDONS...

... cuando era pequeña soñaba con ser una escritora famosa (y para mí que está camino de conseguirlo). También quería ser una gran pintora; pero ese asunto va algo más retrasado. De niña, y de no tan niña, se le ocurrían muchas ideas catastróficas, aunque no tantas como al protagonista de este libro. Ninguna llegó a hacerse realidad (menos mal). Por cierto, a su hijo le dan grima las pegatinas y las tapas de yogur.

Es madrileña de nacimiento y sedentaria de vocación, pero lleva muchos años vagando por el mundo, quién se lo iba a decir a ella. Mejor así. Dicen que ampliar horizontes es bueno para la inspiración.

Empezó escribiendo para niños más pequeños, pero, ahora que sus hijos se van haciendo mayores, en cuanto se descuida le crecen también los libros.

Paloma Bordons nació en Madrid en 1964 y ha vivido en Bolivia, Argentina, Suiza y Gran Bretaña. Es licenciada en Ingeniería Técnica Forestal y Filología Hispánica, y actualmente se dedica exclusivamente a la literatura. Ha recibido varios premios, como el Edebé de Literatura Infantil y El Barco de Vapor, ambos en 2004.

Contenido

[Portada](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

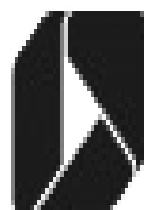
[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Te cuento que...](#)

[Créditos](#)



fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

© del texto: Paloma Bordons, 2009

© Ediciones SM, 2009

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

Coordinación técnica: Producto Digital SM

Digitalización: ab serveis

ISBN: 978-84-675-5296-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra.